

PQ7297

.F37

Q8

v.4



1020099373

1038

F
T1 E2

BIBLIOTECA CENTRAL
U. A. N. L.

5

LIBRARY OF THE
MUSEUM OF COMPARATIVE ZOOLOGY
HARVARD UNIVERSITY



a
e



D.^a Segrosina llevaba siempre el coro.

Tomo 4.^o

Pag.^a 92.

LA QUIJOTITA

Y

SU PRIMA.

HISTORIA MUY CIERTA
CON APARIENCIAS DE NOVELA.

ESCRITA

POR EL PENSADOR MEXICANO.

Fdz. de Lizardi, José Joaquín
SEGUNDA EDICION.

TOMO IV

BIBLIOTECA CENTRAL

UNIVERSITARIA

MEXICO: 1832.

Imprenta de Altamirano, á cargo de Daniel
Barquera, calle de las Escalerillas núm. 11.

Se espande en el despacho de ésta oficina.

18854

II-1-15

v. 4

Pa 7297

F37

Q 8

v. 4

Nota: Aunque en el prospecto de esta obra se dijo que saldria la edicion en tres tomos, habiendo parecido el manuscrito que dejó el autor donde concluye la obra; nos ha parecido conveniente no dejarla incompleta, por lo que nos ha sido necesario aumentar este tomo.

CAPITULO I.

En el que continúa el coronel instruyendo á su hija acerca del matrimonio.

ASI como el labrador arroja sobre la tierra fértil su semilla, complacido con la esperanza de recibir frutos sazonados y abundantes; asi el coronel no regateaba á su hija sus instrucciones, asegurado de que su dócil corazon las recibia con la misma bella dispocision que recibe el campo las primeras lluvias del verano. De suerte, que tanto gusto tenia el coronel en enseñar á su hija, como ésta en recibir sus instrucciones.

Un dia, estando todos conversando sobre mesa, se tocó el punto de la malicia de los hombres, que engañan con apariencias de verdad. Al momento se acordó Pudenciana de una promesa que le habia hecho su padre y le dijo: papá, el dia que nos convidaron para las honrras de Pamela me dijiste que me darías algunas reglas para conocer á los hombres, las que me serian muy útiles en el discurso de mi vida. Se han pasado ya algunos dias y no me has dicho nada: sin duda que se te

ha olvidado; pero ahora te lo acuerdo por que no quiero quedarme sin saber esas reglas.

Haces muy bien de querer saberlas, le contestó su padre, y ahora mismo te cumpliré mi promesa; pero ya te acuerdas que te he dicho que es empresa muy dificultosa el señalar estas reglas por el estudio que los hombres ponen en disfrazarse, y que solo un largo trato con ellos puede quitarles las máscaras y manifestarnoslos tales como ellos son, pero esta prueba, aunque es la mejor, no es la mas segura para una niña recatada, que debe huir todo trato y familiaridad con los hombres, mientras no salga de la patria potestad para el estado del matrimonio.

En esta inteligencia. las reglas que te daré serán comunes y sencillas, y por lo mismo faciles de aplicarlas cuando quieras. Atiende: en cuatro clases puedes dividir á los hombres, y en efecto me parece que no se dividen en mas ni en menos, sino que cualquier hombre entra en alguna de ellas precisamente.

1^a Clase. *Hombres de buen corazon y mala cabeza.*

2^a *Hombres de buena cabeza y mal corazon.*

3^a *Hombres de mal corazon y mala cabeza.*

4^a *Hombres de buena cabeza y buen corazon.*

Analizarémos estas clases dandote algunas señales de cada una, para que conozcas los hombres, segun á la que pertenecan.

Primera clase.

Hombres de buen corazon y mala cabeza.

A esta clase pertenecen aquellos, cuyo corazon está dispuesto á hacer bien; pero muchas veces hacen mal por ignorancia, creyendo que obran con arreglo á la justicia. Su corazon está animado de deseos de aceptar; pero su entendimiento atolondrado ó falto de la instruccion necesaria, concibe el mal como bien, y de aqui se sigue que á cada paso incurren en los errores que quieren evitar. Esta clase de hombres son malos para superiores, porque como se encaprichan, siguen el error, y apenas alguna vez y con mucha dificultad se logra que varien de dictamen, sujetándose a un consejo prudente. Son ma-

los estos hombres, como he dicho; pero son malos sin voluntad de serlo, sino por ignorancia, y por lo mismo merecen alguna disculpa. Peores son los de la

Segunda clase.

Hombres de buena cabeza y mal corazón.

Estos son aquellos que tienen bastante talento é instruccion; pero al mismo tiempo un corazón emponzoñado, y muy á propósito para cometer un delito, siempre que conciben que de él les puede resultar alguna satisfacción ó conveniencia. Por lo general estos hombres son egoistas, intrigantes, interesables y perversos. Ninguna disculpa merecen, ni en el Tribunal de su conciencia misma, que incesantemente los acusa y les reprehende su proceder inicuo. Estos son malos para superiores, para compañeros, para amigos y para todo.

Tercera clase.

Hombres de mal corazón y mala cabeza.

Estos son los monstruos mas intolerables de la especie humana. Necios y con pésimas inclinaciones, apenas harán

un bien por accidente: siendo lo peor la gran dificultad que tienen de enmendarse, pues ciegos y contentos con su torpe ignorancia, están casi físicamente impedidos de conocer su triste situación. Dije *casi*, para escusarles la disculpa moral, si la quisieran alegar. El hombre, siempre tiene el camino abierto para salir de el error, como quiera; pero los que están bien hallados con él, jamás preguntan si aciertan ó yerran, por mas que les remuerda su conciencia; y he aquí la ignorancia que no tiene disculpa por que se puede vencer si se quiere. Mas estos necios y perversos de que hablo, no tienen ni quieren tener otro maestro que su capricho. De consiguiente, como necios adoptan las mas detestables ideas, y como perversos las ejecutan siempre que pueden, y Dios nos libre de estar sujetos á esta clase de malvados con poder.

Cuarta clase.

Hombres de buen corazón y buena cabeza.

Ningunas alabanzas serán desmedidas para alabar á los que corresponden á esta clase. Por el contrario de los ante-

riores, siempre piensan bien y obran mejor. Su entendimiento dócil é ilustrado les hace conocer la maldad y la virtud, y su voluntad bien dirigida, los incita á detestar á aquella y abrazar esta: y quien dudará que semejantes hombres son buenos para todo: amigos verdaderos, vasallos fieles, esposos amantes, padres tiernos, y ciudadanos útiles á cuantos tienen la dicha de tratarlos? Estos hombres dignos siempre de la memoria de los buenos, ni se envanecen con las honrras, ni se ensoberbecen con el oro, ni abusan del poder cuando lo tienen. En estos casos, cuando su mérito los eleva, ó los engrandece su fortuna, entónçes es cuando brillan mas sus talentos y se perciben dulcemente sus bondades, lo mismo que cuando el astro luminoso del día se eleva sobre nuestras cabezas no para incendiarnos con sus rayos, sino para derramar sobre nosotros sus influencias benéficas y necesarias.

¡Ay, papá! dijo Pudenciana: ¿quienes son esos hombres tan generosos y tan grandes á quienes no trastorna el oro ni el poder? Yo quisiera conocerlos para alabarlos sin cesar; pero pienso que me

moriré con el deseo; porque solo tú eres tan bueno como los que has pintado.

Esa alabanza en otra boca me parecería irónica, porque á la verdad; no la merezco, dijo el coronel: mas en la tuya la estimo demasiado, porque se que te la dicta el mucho amor que me tienes, que es el que te hace formar un concepto tan ventajoso de tu padre. Yo te agradezco tu cariño, y procuraré no desmentir tu corazón; aunque es bien que entiendas que ni tengo la bondad que piensas, ni aun cuando la tubiera, seria el único. Hay muchos hombres buenos, hija mia, sembrados sobre la haz de la tierra; pero es difícil conocerlos: y aunque hay muchos, la infinidad de perversos é hipócritas con quienes se hallan confundidos ó engastados, los hace parecer muy pocos y tambien muy raros en el mundo.

Tampoco debes olvidar que por desgracia, el merito y la virtud las mas veces ó no se conoce, ó se arrinconan ó se persigue Asi que, no es mucho que los hombres que poseen estas recomendables circunstancias, no estén siempre ni todos en disposicion de comunicar á sus seme-

jantes los efectos de su entendimiento y probidad; y ves aquí un motivo poderoso para que estos hombres ilustrados y benéficos nos parezcan menos de los que son en realidad. En el Cielo hay muchas estrellas y no las vemos todas, ò porque una distancia enorme las hace inaccesibles á nuestra vista, ò porque algunas nubes nos interceptan sus luces.

Todo eso lo siento mucho, dijo Pudenciana por quanto dificulta el conocimiento de semejantes génius bienhechores. ¡Ojala supiera yo algunas señas inequívocas con que poder distinguirlos de los demás!

Bien conozco, prosiguió el coronel, la sinceridad de tu deseo, el que es muy justo, y si Dios te destina para casada, quanto apreciaria que encontrases un hombre de esta clase! Tú quisieras lo mismo! Es natural: por eso anhelas por algunas señas particulares para el caso. Yo quiero complacerte, dandote una sola, muy sencilla, pero inequívoca, y esta es *la solida y verdadera virtud*. El hombre que la posee es el verdadero hombre de bien, y de consiguiente, el que cumplien-

do exactamente con las obligaciones, que le impone su estado, se hace útil y apreciable en cualquier clase que ocupa en la sociedad. =

Pero, papá, hay tantos hipócritas con quienes un hombre de estos se confunda, que me parece una empresa muy ardua el distinguirlo. = Es en efecto, difícil distinguir al malvado hipócrita del verdadero virtuoso; pero no es imposible, en teniendo idea de lo que es hipocresia y de lo que es virtud. Hipocresia es el fingimiento ò la mascara del bien obrar, y la virtud es el constante ejercicio de este bien obrar.

Te parecerá quizá que esta definición dice poco; pero no, hija: en ella sola te doy el termómetro mas infalible para distinguir al hipócrita del virtuoso. El primero puede aparentar virtud, y engañar ó alucinar á los que no saben que es virtud, ni en qué consiste; pero no puede ser constante en este fingimiento. Semejantes á algunas mugeres sonzas que pretenden pasar plaza de garvasas, fingiendo otro andar del que tienen por naturaleza, y á poco rato se les olvida y

vuelven á su antiguo trote ó pasito cansado; así son los hipócritas, que por un momento fingen piedad, castidad, humildad y si se quiere, todas las virtudes; mas esta escena no dura mucho: no, no hayas miedo que te engañen si tú los observas despacio,

No duran mas los intervalos de un loco que las apariencias de virtud en un hipócrita. A poco de fingir la que quieren, se les olvida, y manifiestan su ordinario modo de proceder.

No así el virtuoso verdadero, el legítimo hombre de bien, y bueno de cabeza y corazón. Este, como acostumbrado al bien obrar, es constante en el ejercicio de la virtud. *Esta constancia es el mejor garante que tienen los hombres de su honrra de bien, y el saber observarla es el medio mejor para distinguir al hipócrita del virtuoso.*

Papá, dijo Pudenciana: ¿quien no te ha de entender, si te explicas con tanta claridad? pero para mejor entenderte, quisiera que me dijeras en que consiste la verdadera virtud. pues mientras no lo sepa, no podré observar cual es el mas

completo y verdadero virtuoso.

Ya yo supongo que la verdadera virtud no consiste en resar muchas novenas, en andar con la cabeza inclinada al suelo, con los ojos bajos, ni el semblante místico, ni en otras ecsterioridades, de que hacen tanto caudal los hipócritas é idiotas; pero no me acuerdo en que consiste la virtud verdadera, y ciertamente que tú me lo has dicho otras veces. = Si te lo he dicho; mas nuestra memoria es harto débil, y se te ha olvidado esto como otras cosas; pero atiende: preguntaba una vez un joven á Jesucristo: que ¿que haria para salvarse? Guarda los mandamientos, le contestò nuestro divino Maestro. ¿Y para ser perfecto? prosiguió preguntando el joven, á quien respondió el Señor: si quieres ser perfecto, vende tus bienes, dalos á los pobres, toma tu cruz, y sigueme. He aquí en dos palabras explicado por la sabiduria eterna en qué consiste la virtud verdadera y la perfeccion cristiana de ella misma. El que guardare estricta y constantemente los mandamientos del Señor, será verdaderamente virtuoso, y el que, á mas de esta indispensable observancia, tu-

biere la heroica resolucion de desprenderse de todos los intereses temporales, y de conformar en todo su voluntad con la de Dios, ese será no solo virtuoso y arregado, sino justo y perfecto, en quanto cabe en el estado de viador en esta miserable vida. Los que faltasen á aquella observancia y á aquel despego total de las cosas humanas, serán solamente unos hipócritas de virtud y santidad por mas ecsterioridades y gasmoñerías de que se valgan. Alusinarán alguna vez á los que juzgan de las cosas con ligereza; pero nunca á los que, como tú saben ya en qué consiste la virtud y cuales son las señas que convienen á los verdaderamente virtuosos.

De manera, papá, decia Pudenciana: que siendo lo mismo ser virtuoso que hombre de bien, ninguno que no guarde los preceptos del Decálogo en todas sus partes, puede ser virtuoso. de consiguiente ni hombre de bien ó como se dice, hombre de honor, = Eso que duda tiene? = Ya se ve; pero yo he oido decir que entre los gentiles ha habido y aun hay entre los moros, y protestantes de otras comu-

siones diferentes de la nuestra, muchos hombres de bien y tales que sus conductas pudieran avergonzar las de muchos católicos relajados. Esto me hace creer ó que es falso que haya habido tales hombres de bien en el mundo sin ser cristianos, ó que si los ha habido, puede haberlos sin guardar los diez preceptos dichos pues los protestantes y moros no los guardan; y entónçes sale de hay. que para ser hombre de bien no es menester guardar los mandamientos. = Así debería ser si no fuera tu raciocinio equivocado; pero has de saber, hija mia, que aunque es indudable que entre los gentiles, moros y otros que no han conocido ni adoptan nuestra religion ha habido y hay muchos hombres de bien, todos estos han guardado y guardan escrupulosamente los preceptos del Decalogo... = Pero, papá, como los pueden guardar si no lo saben? = Esa es la equivocacion, hija mia: pero has de saber que todos los hombres nacen con el conocimiento de esta ley impresa en el alma, y de conciguiente ligados á su observancia. =

Segun eso, papá: aunque Dios no

hubiera dado á Moises los diez preceptos en el monte Sinai, todos sabriamos cuales eran y que los debiamos cumplir? = Si hija mia = Entonces todos los que precedieron á Moyses nacieron con este conocimiento y obligacion? = No tiene duda, y de consiguiente todos los que no gozaron en el seno de Abraham del fruto de la redencion del genero humano, fueron infractores de estos preceptos con cierto conocimiento de ellos. = Pues la verdad, papá, hablemos de otra cosa, porque esas son muchas honduras para mi, y no soy capaz de comprehender como podrá un hombre saber lo que no le han enseñado. = No hay cosa mas facil. Atiende.

Todas las naciones del mundo, sin exceptuar las bárbaras ó salvages, de unánime consentimiento, en todos los siglos han convenido en que hay un solo Dios, esto es: un Ser supremo, autor de la naturaleza, y de quien dimana todo el bien á las criaturas. Sin ninguna revelacion conoce el hombre, por bárbaro que sea, que no se hizo á si mismo, y que no tiene virtud ó poder para hacer producir ninguna cosa de la nada: conoce tambien que es

superior con mucho á los astrós, á los brutos, á las plantas, y á todas las criaturas que lo rodean, y de aquí deduce aunque no quiera, la existencia de un ser soberano, independiente y autor de cuanto mira; por que.... asi se explica el mas rústico en su interior cuando se detiene á contemplar estas verdades: si yo que soy la criatura mas perfecta en la naturaleza, segun que me lo manifiesta la superioridad que tengo sobre sus demás seres, ni pude hacerme á mi mismo, ni puedo criar un gusanillo, ni un átomo de arena, menos hará otro tanto el caballo ni el monte, el pájaro ni el río, ni ninguna otra cosa de cuantas me son inferiores en inteligencia y en poder. Luego algun ser hay superior á mi y á todo cuanto existe, pues fué bastante á hacernos existir. Este Criador es un Autor benéfico, pues él me dio los ojos con que miro la hermosura del campo y de los cielos: el paladar con que gusto la dulzura de las frutas: el olfato con que percibo el aroma de las flores: el oído con que escucho la melodia de los pájaros, y una particular inteligencia con que me proporcionó las comodidades de la vida, y

me resguardo de las intemperies y peligros con mas acierto y ventajas que las aves, los brutos y los peces. Este ser soberano es acreedor no solo á mis respetos y gratitud, sino tambien á mi temor, pues siendo tan poderoso y tan señor, me podra deslucir con la facilidad que me hizo, si yo lo disgustare alguna vez.

He aqui, hija mia, el modo con que han pensado todos los hombres acerca de la deidad suprema: por este convencimiento en todas partes han tributado cultos y homenajes al Autor de la naturaleza. Es verdad que han errado en el modo de tributarlos, pero no en el fin. La ignorancia y la soberbia los ha precipitado en mil abismos de delirios. El hombre incapáz de conocerse á sí, ha preteadido conocer á su criador: por esto unos lo han adorado en el Sol, otros en el fuego, estos en un buey, aquellos en un cocodrilo y finalmente lo han querido hallar entre los materiales objetos que les presentaba la naturaleza. De aqui nació la turba de gentiles idolatras que siempre anduvo á tientas buscando la Deidad inaccesible; pero siempre reconociendo este Autor

soberano, Dios de Dioses y objeto único de sus cultos y adoraciones.

Apenas hubo hombres cuando hubo religion. Esta fué desarrollandose á proporcion que se aumentó la poblacion del mundo. Al necesario conocimiento de Dios siguió el culto exterior: se instituyeron sacrificios y ministros que los ofrecieran con el Pueblo: se erigieron aras y templos, se inventaron fiestas y solemnidades: se reconocieron los templos como lugares propios para orar y como asilos para refugiarse en ellas de las persecuciones inminentes: se inventaron rogativas para aplacar el celestial enojo: se compusieron himnos y cánticos para alabar á Dios en todos tiempos, se admitió el fundamento como sagrado y como el sello de la verdad: de consiguiente, se castigó al perjurio como sacrilego: se dedicaron dias particulares para el culto, y en todas partes fué adorado, aunque entre tinieblas el augusto nombre del Señor, y reconocido su poder.

Hasta aqui ya ves como todas las naciones han convenido en que hay un Dios solo y único Autor de cuanto existe: en que este Dios es poderoso, benéfico y te-

mibles: en que, por lo mismo es acreedor á que lo amemos sobre todo, á que no profanemos su nombre santo, y á que le consagremos nuestros cultos y adoraciones. ¿Y quien les ha enseñado á los hombres estas sublimes verdades? Dios mismo dice el Real Profeta: tú, Señor, has impreso en nuestros corazones la luz de tu Divinidad: *Signatum en super nos lumen vultus tui, Domine.*

Estos son los tres preceptos que pertenecen al honor de Dios. Los otros siete que pertenecen al provecho del prójimo tambien se los enseñó la naturaleza dirigida por Dios, bajo de esta sencillísima idea: no hagas á tus semejantes el mal que no quisieras recibir de ellos: *quod tibi non vis, alteri non facias.*

Segun este principio de derecho natural, y sin mas luz, conocieron los hombres que no les era lícito dañar á nadie ni en la honrra, ni en la hacienda, ni en la vida. Por tanto, luego que se reunieron en sociedades, formaron sus códigos, y señalaron penas contra los injustos agresores, no dejando en parte alguna sin castigo el robo, el adulterio, el homicidio y los

demas crímenes que se cometian con notable perjuicio de los hombres.

Estos guiados por la naturaleza dirigida por su Autor, no solo conocieron que no debian perjudicarse, sino tambien socorrerse mutuamente en sus desgracias; pues asi como cada uno se reconocia con cierto derecho para reclamar los auxilios de sus semejantes en caso de necesidad, asi tambien conocia en si cierta obligacion de ayudar á sus iguales en el mismo caso, y de aqui tubieron origen las leyes justas, los establecimientos piadosos y los hechos benéficos y heroicos que admiramos aun entre las tinieblas del gentilismo.

En vista de estos conocimientos naturales que novedad nos puede causar un Aristides, un Marco Aurelio, un Sócrates, un Tito y otros mil hombres de bien, esto es: hombres de conducta arreglada y corazon benéfico, que entre los errores del paganismo, se distinguieron del comun de sus coetáneos, derramando sus luces y prodigando beneficios á sus semejantes? Tales fueron muchos de estos grandes hombres, que los pueblos reconocidos á sus bondades, se tomaron la libertad de divinizar-

los despues de su muerte, creyendo que no llenaban de otro modo las sagradas leyes de la gratitud, y persuadidos á que un hombre bienhechor ó era Dios ó no desmerecia el serlo. ¡Tanto es el amor y respeto que se grangea la beneficencia quando recae sobre un corazon agradecido!

Pero lo que hace á nuestro intento es que estos hombres amados de los pueblos, no lo fueron por otra cosa sino porque respetaron á sus Dioses, obraron con arreglo á la justicia, y lejos de ofender á sus semejantes, los llenaron de beneficios. Esto es en nuestra religion amar á Dios sobre todo, y al prójimo como á nosotros mismos, y esto tambien es, en cierto modo, guardar los preceptos del Decalogo sin noticia quizá de los Profetas ni escrituras, [*] pues antes que Dios en el Sinai gravara sus preceptos en unas piedras para darselos á Moises, ya los habia impreso naturalmente en los corazones de los hombres, segun te lo he manifestado,

[*] Aunque los Fenicios, Griegos, y Romanos forjaron sus fabulas sobre los libros de Moises, muchos existieron antes que él, y

y de esto debes necesariamente deducir que si hubo entre los paganos algunos hombres de honor, solo fueron los que tributaron el debido culto á la Deidad, los que jamas dañaron á sus semejantes, los que beneficiaron á los desgraciados, y en dos palabras, los que amaron á Dios sobre todas las cosas y al prójimo como á sí mismos. De otro modo no serian ni podrian ser hombres de bien, sino unos fantasmas de bondad.

Lo que decimos de los antiguos gentiles, hemos de asegurar de los modernos protestantes. Hay entre ellos y ha habido muchos naturalmente virtuosos, y cuyos escritos nos manifiestan que poseyeron unas conciencias timoratas y unos corazones llenos de beneficencia. (*)

Es verdad que como separados del

otros despues, ni noticia tubieron de sus escritos.

(*) Las obras de los célebres ingleses, Young y Hervey no ahorran de amontonar nombres de protestantes en cuyos escritos brilla, como en los dos primeros, la moral mas sana y arreglada al Evangelio de Jesucristo.

seno de la verdadera Religion, fuera del cual nadie puede salvarse, hicieron sus virtudes infructuosas para si mismos. Aisladas sus buenas acciones en el orden natural, desnudas de fe y de caridad, no pasaron de virtudes morales: de consiguientemente no fueron meritorias ante Dios. Si se abstuvieron de cometer el mal y obraron el bien, no fué en primer lugar por complacer á Dios como el católico virtuoso, sino por que naturalmente les era odioso el vicio, y por la satisfaccion que experimentaban cuando hacian algunas obras buenas, y tal vez por lisonjearse con la brillante reputacion que estas les grangeaban. Sin embargo. la memoria de estos hombres no hubiera pasado á la posteridad con elogio sino hubieran tenido y cultivado estas virtudes, ni estas hubieran resplandecido en ellos en tanto grado sino hubieran cumplido exactamente los siete preceptos del Decalogo que pertenecen al prójimo y los tres divinos que pertenecen al culto del Ser Supremo.

Si esto es así es necesario confesar que ni pudo ni puede haber hombres de bien en el mundo sino arreglandose a lá

punta de estos preceptos divinos. La digresion ha sido larga; pero yo la he juzgado importante para tí.

Y como que lo ha sido, papá, dijo Pudenciana: yo, antes de ahora, pensaba que todos los que no eran católicos eran sacrílegos, vengativos, avaros, crueles;.. en una palabra libertinos y viciosos hasta el estremo

Pensaba tambien que los que nacieron antes de la venida del Mesias, no tubieron ni pudieron tener ninguna idea acerca de la Deidad suprema, y se me habia olvidado que ya me habias dicho que muchos Paganos sábios, aunque en lo esterior fingian creer la pluralidad de dioses, que veneraba el pueblo, en lo interior conocian que era un delirio admitir un poder divino repartido entre muchos soberanos, ó reyes de los celestiales.

Por último: pensaba yo que se podia ser verdadero hombre de bien en el mundo sin sujetarse á la santa ley que nos gobierna, pero ya veo que el que aspire á este título de honor á de guardar estos diez preceptos; menos no hay tal hombría de bien, ni tal honor en ninguno. Yo te doy las gracias, papá, por tus buenos do-

cumentos, y te suplico que me des otras señas mas claras para distinguir á los hombres honrrados de los que fingen serlo; pues ya tú ves que no es facil andarles á todos á los alcances, para ver si guardan ó no los mandamientos, y seria muy oportuna una señecita reservada para conocer al pícaro y libertarse de él. ¡O; enanto valiera esta piedra de toque para elegir un buen marido; Pues, digo: allá á las que piensen en casarse.

Y á tí tambien te servirá si piensas en eso alguna vez dijo el coronel pero aunque ya se cual es seña segura que tu quieres, témo decirtela porque no vayas á querer experimentarla por tí misma. ¡Ay papá; pues si es seguro; ¿que riesgo hay en que se experimente? En que se experimente no hay riesgo: en que no se salga bien en la prueba esta el riesgo. — Tan contingente es la victoria? = Si: tan contingente; y mas hecha por una joven incespera, y acaso ciega con la pasion del amor. — ¿Pero las pasiones no se pueden sujetar á la razon? -- Si: pero no siempre, y mucho menos cuando no tenemos testigos de nuestras debilidades — ¿Segun eso, la

prueba de que V. me habla se debe hacer á solas con los hombres para calificar su honrradez? -- Que se debe no dire; pero si, que la soledad la facilita sin equivocacion. -- Ya me desespero por saber que prueba es esa tan arriesgada por una parte, y por otra tan segura. -- Y yo ya conozco lo que se ha cesitado tu curiosidad. Voy á satisfacertela. Has de saber.... Señores, corran sus mercedes, que se ha caido de la escalera la Señora beata y se ha medio matado. El furioso grito que dió la criada cuando entró con esta noticia, deshizo la conversacion. Todos nos levantamos apresurados, especialmente doña Matilde, que habia estado en ella como de pabo, gustando de la instruccion de su marido; pero como cualquier desgracia nos sorprende, y mas cuando recae en nuestros deudos ó amigos, no fue mucho que esta fuese la primera en levantarse y sa ir corriendo á favorecer á su tia. Tan presto lo hizo, que cuando nosotros llegamos á la escalera, ya habia levantado á la dolorida beata, y la subia apoyada en su brazo.

No fué cosa de cuidado el golpe pues

solo se lastimó lijeramente una rodilla.

Luego que entró á la sala, se sentó, se le dió una poca de agua fria por el susto, y unos biscochitos con un traguito de vino por la debilidad; con cuyos auxilios se restableció la enferma en un instante, y se volvió risa la memoria de la caída.

Así que estuvo confortada y del todo serena, le dijo doña Matilde: pero tía, que negocio trajo á V. hoy á casa que venía ó tan distraída ó tan de prisa que se cayó de la escalera? -- ¡Ay mialma! un asunto de suma importancia, cual es avisarles los grandes cuidados de Eufrosina y de Pomposa, que como W. no han parecido por allá desde el día de las honras de Pamela, no han sabido nada. -- ¿Pues que ha sucedido, tía? -- ¡Que hade suceder, sino que desde la noche de las honras espantan en la casa! Si la perrita hubiera sido gente, yo dijera que andaba en penas; pero no lo puedo decir por que al fin Pamela no era gente ni lo soñó en su vida, aunque no le faltaba mas que hablar. -- Pero, señora, que clase de espantos son esos? -- Terribles, don Rodrigo, si, terribles. Sobre que han andado buscando ca-

sa todos estos dias, y dice Eufrosina que de hoy á mañana se muda, mas que sea á una casona ó á una casa de vecindad. -- ¿Tan grandes son los espantos? -- Si, señor. Le parece á V. poco que en la noche de las honras viera Pomposita al diablo? -- ¡Al diablo! -- Si, señor: al diablo, al mismito diablo vio la pobre muchacha. -- Y que señas dice que tenia? -- Como que señas? Tenia su cara muy fea, sus cuernos, su cola y sus zancas largas. -- Y en donde lo vió? -- Como en donde? en su recamara, como á las dos horas de haberse acostado. -- Pero diganos V. doña Maria: que bebió mas vino despues que nos despedimos? -- Que vino habia de beber. Ni lo volvió á probar. -- ¿Y en que paró el espanto? como se deshizo la vision? -- Por que á los gritos de ella despertaron todos y se levantaron para acompañarla. -- ¡Valgate Dios por espantos! ¿Y lo ha vuelto á ver otra noche? -- Si, señor: á la segunda noche lo volvió á ver mas grande y mas feo que la primera. A sus gritos y los de la criada que la acompañaba, entraron mi sobrina y su marido en su recamara, y se desapareció

el enemigo. Ala tercera noche ya no tuvo valor Pomposita para dormir allí. -- Con razon, dijo doña Matilde: yo tampoco hubiera dormido: pero que hizo? -- Se fué á dormir á la asistencia, y allí tambien la persigue el maldito. -- ¡Es posible! -- Como te lo digo, niña A las doce de la noche le empezaron á tocar la pared de la cabecera, y no decir que sea S. Pascual Bailon que le avisa que está cercana su muerte, por que ella jamás ha querido ser su devota por no oír esos toquidos; y así ¿quien puede ser sino el duende, que ha cogido á cargo á la infeliz muchacha?

Asi es, dijo el coronel: el diablo son los duendes. ¡Pobre de mi sobrina! -- vea V. si tienen razon de quererse mudar. -- Ya se vé que la tiene, y sobrada. Esto de ver al diablo en cuerpo y alma y oír golpes en la cabecera no es cosa de jugar. -- Y que dice Pomposita de esas cosas, y su madre tambien? -- ¡Que han de decir, sino que son avisos del Cielo; y ya las dos han resuelto mudar de vida. -- Eso siempre es muy bueno; pero si el diablo hubiera sabido lo que habia de suceder, no

se mete en espantarlas; porque no le tiene cuenta que se convierta ninguna alma; mas al pobre no le dio esto por las narices, y se ha llevado un buen chasco.

Noramala para él, decia la beata: yo me alegro de que se haya pegado esa burla. -- Cuénteme V. tia, prosiguió Pudenciana: y que cosas ha hecho mi prima al principio de su conversión? Pues, lo pregunto para cuando yo me convierta. -- Que ha de hacer niña. Las dos se han ido á confesar, y ya Eufrosina no quiere tertulias: ya despidieron al maestro de baile: Pomposita ha tirado todas las esencias de olor, y ha guardado sus peinetas y alambres con que se componia la cabeza .. -- ¡Ay tia! no me lo diga V. A tanto há llegado? -- Si, mi alma. Si tu la vieras, no la conocerias, porque está tu prima de lo vivo á lo pintado. Ha compuesto sus túnicos: ha comprado zapatos negros, y todo el dia se está suspirando, mirando un santo Cristo y leyendo la vida devota de S. Francisco de Sales, y hoy me ha pedido que busque la vida de Santa Rosalia, y segun yo barrunto, puede esto venir á parar en que sea monja Teresa. En fin,

desde las noches de los espantos una Pomposa llevaron y otra trajeron; pero, aunque ya no la espantan, ella no entrara á aquellas piezas, si la mataran, y no dejan de buscar la casa.

Muy bien hecho, decia don Rodrigo; pero si V. vuelve hoy á verlas, digale á mi hermana y á don Dionisio que digo yo, que no se aceleren demaciado por mudarse: que á la noche iré allá con mi muger y Pudenciana: que me pongan la cama en el mismo lugar donde estaba la de Pomposita.... -- ¡Ay, señor don Rodrigo! ¿y paraqué quiere V. hacer eso? -- Para ver al diablo; porque no he visto uno en mi vida, sino pintados, y pues en casa de mi hermana se deja ver tan á lo vivo, no es de perder semejante espectáculo. -- ¿Por cierto que quiere V. ir á bonita comedia! -- Le parece á V. que sera poca diversion ver una cosa invisible; -- V. creo que no lo cre, señor coronel -- Como no; lo creo tanto como creer que hay hechizos, brujas, vistás que hacen daño, muertos que se aparecen, fantasmas, dinero enterrado que avisa de noche donde está con su luz opaca y lisongera, y otras

cosillas de este mismo tejido. = ¿Pues que dirá V. que no hay nada de eso? = Si: lo mismo que el diablo, que se le apareció á mi sobrina.

Pues ya se ve que si, decia la beata: y si estas cosas no fueran verdad, no se leyeran en los libros impresos con letras de molde y con las licencias necesarias, ni se oyeran asegurar por personas muy sabias y muy cristianas. -- ¡Ah, señora! si se quemaran todos los malos libros, y si enmudecieran todas las lenguas ignorantes, acreditadas de sabias entre los muchos, ¿cuantos errores se cortarían de raiz!

La multitud de milagros y espantos apócrifos que se hallan esparcidos en los libros, y defendidos como verdades inconcusas por personas que parecen sabias, son los que han abierto la puerta á infinitos errores, abusos, vana confianza, fanatismo, y supersticiones, en que el vulgo de todas clases se halla empapado, no solo en nuestro reino, sino en todo el mundo; pues en todas partes cuecen habas.

Lo mas sensible es que los que con

una piedad falsa han querido hacer valer la religion con estas patrañas, no han conseguido otra cosa que hacerla terrible para los propios, y ridícula para los estrañeros.

Nuestra religion con la santidad de su instituto, con la solidéz de sus pruebas, con la excelencia de su dogma y justificada moral, brilla sin necesidad de falzos espejuelos ni oropeles.

El Sér Supremo para hacerse temer de los malvados, no necesita del demonio, ni de hacer titeres espantosos, dando à cada instante cuerpos áereos à los espiritus infernales; ni para hacerse amar y prodigararnos sus beneficios, está todos los dias invirtiendo el orden que prescribió à la naturaleza. El creer lo primero es figurarnos una Deidad mesquina, y el esperar y pedir lo segundo, es tentar à Dios; esto es: querer hacer prueba de su poder, lo qual es un insulto sacrilego à su omnipotencia.

Pues V. diga lo que quiera, decía la beata; pero de que hay espantos los hay. En vida de la señora mi madre, que era yo muchacha, habia en Mejico un hervi-

dero de duéndes y fantasmas, que no era dable, y yo me acuerdo que recién muerta su merced, la vi dos noches palpablemente al entrar en la recamara donde murio, y una vez oí que me llamó y me dijo muy claro: Maria, Maria. Pues esto à mi me pasó no me lo contaron, y la vi con estos ojos, que se han de comer la tierra. Lo mismo digo de los milagros, que cada dia se ven à millares. ¿No vé V. cuántas muletas y piecitas de plata y de cera están en los altares de algunos Santos? ¿quiere V. mas prueba? ¿Y por fin, no se acuerda V. del milagro tan patente que pasó habrá doce ó trece años con Pomposita cuando se cayó del balcon, y no recibió el mas mínimo daño sino el susto? Pues esto no lo puede V. negar, por que lo vio con sus mismos ojos.

Es verdad, contestò el coronel: yo lo vi, ó si no lo vi, me lo contaron; pero fué cierto que la niña cayó del balcon y quedó ilesa; pero eso fué casualidad, no milagro; milagro hubiera sido que se le hubiera hecho pedazos el casco en la lana; pero que no se matará una criatura de tan poco peso, al caer de un balcon no

muy alto sobre un monton de lana blanda y esponjada, no puede ser milagro, mas que asi le llame V. desde ahora hasta el fin de sus dias. Fué casualidad que hallara prevenido en el suelo tan buen colchon, y cayendo en él, fue cosa muy natural que no se matara ni se rompiera la cabeza. Ahi me las den todas. =

¿Con que no fue milagro? = No, Señora: no fue milagro. Pues si, señor; fue milagro, y muy milagro que lo hizo N. S. de la Soledad de Santa Cruz, señor S. Agustin, y mi madre Santa Rosa de Lima, á quienes yo invoqué, aunque tan mala y pecadora. = La creencia de V. es piadosa, pero el hecho no fue cierto; porque ni esos santos hicieron tal milago, ni pudieran hacerlo. = ¡Ay Jesus! ¿Que es lo que V. dice? No pudieran esos Santos hacer ese milagro?

No, señora: ni otro ninguno. = ¡Ay! ¿que es lo que oigo! Ni la Santisima Virgen que está en el cielo puede hacer un milagro? -- No, ni la misma Emperatriz Sagrada. -- Has oido, Matildita, que heregia tan grande ha dicho tu marido Jesus sea aqui, ave Maria Purisima....!-

No se espante V. tia: que no ha dicho Linarte niuguna blasfemia. -- Ya se ve que no. Mi papá es muy cristiano, añadió Pudenciana; y la venerable beata, llena del espanto mas pánico ó infundado; preguntaba. ¿Pues que, tambien W son de su opinion? tambien W. aseguran que ni los santos ni la Virgen Maria hacen milagros? -- De fuerza lo hemos de asegurar asi, cuando nos lo enseña la Iglesia. -- ¡La Iglesia! ¿Que testimonio! Alabado sea el Santisimo Sacramento del altar. Ya todos los de esta casa son hereges. Es menester delatarlos. Ellos son mis parientes; pero no tiene remedio: de aqui derecho á la Inquisicion. Si, si: que los quemen. Primero es la alma.

No se de V. tanta prisa, señora decia el coronel con mucha paz: no vaya V. á incomodar con esos chismes á los Inquisidores, porque le diran que es una tonta, y que no sabe los principios de su religion. Aprenda V. primero, y luego nos irá á acusar al tribunal que quiera. = Yo no conteuto con descomulgados, y esa descomunion es de participantes; si, de participantes, y yo no me quiero salar.

Me tapo las orejas y me voy de esta casa condenada. No en valde me caí de la escalera al entrar; pero ahora lo verán, herejotes; se han de acordar de mí...

Diciendo estas y otras simplezas, se salió de la sala la buena vieja. Matilde y Pudenciana muy apuradas querían detenerla, y la primera decía á su marido: dejame ir á detener á mi tía, no vaya á hacer una tontera. Es verdad que no le haran aprecio; pero en quita, pon y desembaraza, se nos puede seguir algun estravio, y cuando no sea otro que las hablillas de los que ignoran la realidad del caso, son de temer y se deben evitar. Dejala que vaya con Dios. No hagas aprecio de eso, mi tengas cuidado. ¿Acaso los Jueces son ignorantes, ni pueden proceder con tropelia? Ellos en la delación conoceran la ignorancia de la madre beata, y cuando les quede alguna duda, luego que me oigan, se satisfacerán de la pureza de mi preposición. = Es verdad; pero ¿que gana tienes de esas contestaciones? Ya lo ves? Delante de los muy ignorantes y virtuosos fanáticos no se puede hablar nada, por que todo lo entienden

mal y lo interpretan peor.

Mientras que el coronel y doña Matilde hablaban estas cosas, se marchó la nécia beata, y nosotros no dejamos de quedar con algun cuidado, que no se nos quitó hasta la tarde, como verá el lector en el capitulo que sigue.

CAPITULO II.

En el que sigue la disputa que el coronel tuvo con la beata.

Muchas veces una casualidad origina una desgracia, y otras evita una desazon. Esto último aconteció entre el coronel y doña Maria. Iba esta firmemente resuelta á acusarlo, cuando la encontró Carlota, le preguntó por él y su familia, y la beata, despues de referirle lo acaecido, le dijo cómo iba determinada á delatar á todos. Carlota era muy prudente; y así dijo que la intencion era muy buena; pero la hora muy incómoda, pues era medio dia, y los señores estarian en sus casas, y tal vez comiendo: que seria mejor ir á casa de doña Eufrosina, comer allá, dor-

milia, cerro los ojos, se tapó las orejas, y con unos gestos de enargümena decia: dejenme salir de aqui, yo no quiero conversar con herejotes: los aborrezco, los detesto, los abomino. Si estos fueran mi padre y mi madre, haria lo mismo que voy á hacer. Si, si: primero es Dios y su santa fé que todo el mundo.

Sin embargo de que los visages de la beata tonta excitaban la risa de los circunstantes, no dejaban de esperar malos resultados los amigos y deudos del coronel, y su familia, mucho mas quando notaban que la denunciante no decistia de su intento.

La sensible Matilde y amorosa Puerciana padecian mas que todos en aquella ridicula escena, y con lagrimas en los ojos procuraban aplacar á su tia: pero en vano. Esta mas se irritaba al oirlas hablar, y creyendo que aquel llanto era efecto del temor del castigo merecido por su culpa, se empeñaba mas en salirse con la suya.

El coronel instaba que la dejaran ir donde quisiera, que no tuviesen cuidado, que él se defenderia, que aquel o no era nada: mas sus razones no calmaban el sen-

timiento de los suyos ni el temor de sus amigos, y asi mas por serenarlos á todos, que por otra cosa, determinó sosegar á la tia Maria, lo que consiguió de esta manera. Dejenla, señores, decia en voz alta. Dejenla que vaya donde quiera. Yo tambien tengo que acusarla, y los dos nos quedaremos en la carcel: yo por herege, y ella por gentil. ¿Yo por gentil? preguntaba la beata muy apurada. = Si, señora: por gentil ó gentilá, como V. quiera. Herege es el que niega alguno de los misterios de la fé, que profesó en el bautismo, y gentil es el que carece en lo absoluto de esta fé ó conocimiento sobrenatural. = ¿Pues que yo no tengo fé? = No, ni sabe V. que cosa es fé. = ¿Como no? La fé es un conocimiento sobre natural, con que sin ver creemos lo que Dios dice y la Iglesia nos enseña. . . . Es asi que V. no cree lo que Dios dice, ni lo que le ha enseñado la Iglesia, luego no tiene fé, y si no tiene fé, es gentil. -- Descomulgadote: ¿quien asegura que yo no creo lo que me enseña la Iglesia? -- Yo lo digo, y se lo voy á probar á V. en sus vigotes y sino lo probare bien, á juicio de estos se-

mir siesta, y á las cuatro y media ó á las cinco de la tarde pasar al tribunal á delatarlos. Con esto se serenó la vieja, y ambas se fueron á casa de don Dionicio; por que Carlota no quiso separarse de ella.

Luego que llegaron, contó la beata cuanto le habia pasado con el coronel, añadió, y interpretando á su antojo lo que le pareció, con lo que sorprendió á Eufrosina y su marido, á Pomposa, al padre don Jayme y á otras personas que asistieron á su informe, y se admiraban con razon, como que conocia bien el fondo de talento y religion del coronel; pero no se atrebian á contradecir á la vieja, pues ella juraba que así era segun lo referia.

Carlota, cuidadosa de la suerte de Matilde, no quiso despedirse, sino que envió á llamar á su marido el caballero Jacobo á quien hizo sabedor de la desgracia que amenazaba á su amigo Linarte.

Sin embargo del general cuidado, pusieron la mesa, comieron y se recogieron para pasar la siesta. Todos estaban apesadumbrados, pero serenos respecto de si mismos; menos la beata, que ni dur-

mió, y ya no veia la hora de que dieran las cuatro, para cumplir con las obligaciones de cristiana, segun decia.

Doña Eufrosina á las tres envió el coche á su cuñado, mandandole decir que fuera luego luego, que le importaba mucho porque alla estaba la tia doña Maria.

El coronel recibió el recado con aquella serenidad, que inspira la inocencia; y así, sin apresurarse, se levantó de su sofa, tomó chocolate, hizo que lo tomaran Matilde y Pudenciana, que estaban con harta susto, y así que concluyó dos cartas que tenia que enviar á la estafeta, mandó que se vistieran las señoras, tuvo cuidado de que se previniese lo perteneciente á la casa, y cuando ya todo estaba organizado, cerró las puertas principales, tomamos el coche y nos fuimos para la casa de su cuñada.

Cuando llegamos, la hallamos toda alborotada; porque ya habian dado las cuatro, la beata perfiaba por ir á su negocio, y todos, rodeados de ella, se lo impedían.

Luego que vio al coronel y su fa-

fleres cristianos que nos oyen, desde ahora para entonces, y desde entonces para ahora. me obligo en toda forma con mis bienes habidos y por haber á que refresquemos todos de mi cuenta esta noche. ítem mas, á darle á V. treinta pesos para un ábito nuevo de cristal y á que mi muger y mi hija le hagan unas tocas nuevas. Vamos á arguir, sentemonos.

El estilo festivo del coronel calificó su inocencia, è hizo reir á todos, hasta á la beata, que segura en que no le podian probar que era gentil, concibió la lisonjera esperanza de afianzar los treinta pesos prometidos; y así sentandose en compañía de los demas, escuchó al coronel, que se esplicó de esta manera.

Ya W. señores, habran advertido que la tia doña Maria se ha escandalizado grandemente por una proposicion que me ha oido. Todos los dias hay gentes que se escandalizan y otras que temen escandalizar, sin fundamento, sino solo porque ignoran lo que es escandalo. Doña Maria es una de ellas; y así W. me permitiran que le esplique brevemente lo que es escandalo por lo que nos pueda importar.

Oiga V. señora. El escandalo, segun los moralistas, se divide en activo y pasivo. Activo es el que uno da con acciones ó palabras que causan ruina espiritual al proximo, y este se puede dar no solo con acciones malas y prohibidas, sino tambien con buenas y licitas; como por exemplo: licito es que yo acaricie á Matilde; pero si lo hago con ósculos y abrazos delante de algunos jovernes de ambos sexos, ya no es licito, por el escadalo que puede darles, particularmente si ignoran que es mi esposa.

Escandalo pasivo es el que se recibe de las mismas acciones.

El escándalo activo se divide en especial y general. El primero es el que se da con intencion de que otro peque y se condene, y este se llama *pecado de Demonios*. El segundo es el que se da sin ese fin determinado, sino solo por la complacencia que nos resulta de la accion, como el que da á una muger el que la induce al pecado, no precisamente porque peque y se condene, sino por satisfacer su apetito.

El escándalo pasivo es de tres mane-

ras: farisaico, de pábulos y de fragiles. El primero es aquel escándalo, que se recibe no por que la accion sea en sí mala de modo alguno, sino por la depravada malicia del que la ve, y se escandaliza aun de las cosas buenas, como se escandalizaban los fariseos de que Jesucristo hiciera milagros en sábado.

El escándalo de parbu los es el que nace de una ignorancia natural, como si uno se escandalizara de ver trabajar en Domingo, sin saber la necesidad ni la dispensa con que se hacia.

El escándalo de fragiles es el que se recibe por nuestra humana miseria que toma ocasion para pecar, de cualquier cosa.

En vista de esta doctrina, ya V. entenderá que su escandalo ha sido de pábulos porque lo ha ocasionado su ignorancia; pero si despues que yo esplice mi proposicion, siguiere escandalizandose, ya entonces es su escandalo farisaico, y por lo mismo despreciable.

Yo dije, señores: que no fué obra milagrosa, sino muy natural que esta niña no se matara cuando, siendo pequeña, cayó de un balcon sobre un monton

de lana; y á seguida aseguré que ningun santo, ni la misma Reyna de los cielos puede hacer un milagro.

Esta señora no esperó razones, sino que tapandose las orejas, se salio de casa, escandalizada de tamaña heresia. Cuando solo se oyen medias palabras, ó no se entiende el sentido de ellas, es facil sacar consecuencias criminales de las cosas mas inocentes, y formar los conceptos mas ridiculos. Estas son las ventajas que ofrece la ignorancia junta con el atolondramiento. La ocurrencia de la respetable doña Maria me ha hecho acordar de un chiste que le voy á referir para que escarmente y se divierta. Un pobre hombre llamado Blas, encontró un encorozado en una calle, este llevaba un letrero en la corroza que decia: *por blasfemo* el buen hombre solo leyó la mitad del rótulo, por que la otra mitad estaba al lado opuesto de su vista: sin mas averiguacion marchó para su casa, y lleno del mayor susto le dijo á su muger: hija, por Dios, que de hoy en adelante no me digas Blas: dime Juan, Antonio, Pascual ó lo que quieras: pero no me digas Blas por vida tuya,

por que es un gran pecado llamarse Blas, y tanto que sacan encorizados á los Blas. -- Como así? preguntaba su muger muy admirada: eso no puede ser. -- si puede ser, hija: acabo de ver uno encorizado por Blas.

Se rieron todos muy de gana con el cuentecillo del coronel, menos la beata; pues esta se avergonzo bastante, y mas cuando don Rodrigo prosiguió diciendo: ¿que les parece á V. señores, de la candidez de aquel buen hombre? Seguramente que hubiera acompañado esta tarde á doña Maria de buena gana, y entre los dos me hubieran ido á delatar por Blas. Pero dejemos las chanzas y pasemos á deseñscandalizar á mi parienta.

Los señores saben muy bien lo que voy á decir; y aun mi muger y mi hija; pero V. señora, no lo sabe, y es muy preciso que lo sepa. Atiendame.

Una de las señales características de los milagros es que sean contra la naturaleza; esto es: que superen sus leyes ó las venzan, y ¿quien puede dominar la naturaleza sino su Autor Supremo? Por tanto; solo Dios puede hacer un milagro: solo

Dios puede hacer que el fuego no queme, que se multiplique en un instante una substancia, que se trasmote en otra, que un ciego rematado vea con lodo, que un muerto corrompido resucite &c. Para conseguir esto de Dios es muy oportuna la intercesion de los Santos, y por lo mismo, nos es muy del caso aprovecharnos de su valimiento, y solicitar su patrocinio en nuestras aflicciones. Ellos son amigos de Dios y sus ruegos son oídos de su Magestad con agrado. Esto es lo que pueden hacer los santos por sus devotos; mas no hacer un milagro: no alcanza á tanto su poder, entonces podrian lo mismo que Dios, y serian otros Dioses, cuyo absurdo no cabe en la imaginacion de un católico. La naturaleza solo se sujeta á su criador, y aun cuando obedece á los hombres, lo hace mandada de su Autor. Si una peña herida por la vara de Moises produce agua, si el sol detiene su curso á la voz de Josue, no fué porque aquel Legisador ni este general tuviesen poder para ejecutar estos prodigios, sino porque Dios mandó á la piedra que diese agua y la dio, quiso que el sol detuviese su carrera

cuando Josué hablase, y el sol se detuvo. Asi sucede siempre: manda el señor, y la naturaleza obedece sus preceptos. *ipse Mandavit et facta sunt.*

Y asi cuando se dice que la Virgen Santísima, que este ó aquel santo son muy milagrosos, hemos de entender que Dios ha hecho muchos prodigios por su intercesion; mas no que ellos los hayan hecho.

Esta es la doctrina de la Iglesia que se ignora por muchos en punto de milagros. ¿Que le parece á V. doña Maria? -- ¿Que me ha de parecer? sino que cuanto V. dice ni me toca ni me tañe, porque yo no soy teóloga. -- Pero es V. católica cristiana y como tal, no debe ignorar los principios de la religion que profesa. -- Pues yo se muy bien el catecismo y tengo la fé del carbonero, y con eso me basta. -- Se engaña V. señora: el saber el catecismo sin entenderlo, no basta, y el atenerse á la fé del carbonero, que segun el cuento, decia que el creia lo que creia la Iglesia, es una excusa muy grosera para defender la mas torpe ignorancia.

Semejantes profesiones de fé no son sino una irrision y un insulto que hacen á

la misma religion muchos que se blasonan miembros de ella; porque si á un ignorante se le dice que la Iglesia enseña un error que tenga alguna apariencia de piadoso, no dudará en creerlo un momento, y ya se sabe que en materias de fe tan malo es creer errores, como ignorar las verdades de que debemos estar instruidos.

Pues V. dirá lo que quisiere, señor coronel; decia ia respetable beata; pero yo no me he de meter en camisa de once varas. Allá los estudiantes como V. se entenderan con sus latinorum y teologias, que á mi me basta con creer en Dios á puño cerrado, y caiga quien cayere; y en esto de milagros, yo he de creer todos los que vea escritos en los libros, y puestos en las Iglesias, y si son mentiras, allá se lo haigan los que dan licencia para ello, que á mi no me toca meterme en averiguaciones. Yo se que cuando una cosa se pone con letras de molde, ya ha pasado por los ojos de los calificadores, que desde luego seran muy leidos; y así cuando dan licencia para que una cosa se imprima, ya sabran que es muy cierta, y que no hay ni agua peligro en que todos la lean.

Lo mismo digo de las muletas, cabelleras, retablos y milagritos de cera y de plata que se cuelgan en los templos y los altares de los santos: milagros deben de ser, media vez que todos dicen que son milagros: á fuera de qué, una vez que los ponen, será con licencia del cura, del guardian ó de quien corre con el santo. ¿Que mas es necesario para creer que son tan ciertos como los artículos de la fé? porque cuando el cura lo dice, estudiado lo tiene, y si no lo estudió, ¿que me importa?

Yo fuera una judia si pensara que los censores no saben lo que aprueban, y que en las Iglesias cada uno pone lo que quiere llamar milagro sin que nadie le diga, por ahí te pudras. No; Dios me libre y me tenga de su mano para que yo no piense estas tonteras.

Concluyó la tia su discurso, con el que se divirtieron bastante los que la oian, y el coronel le dijo: en efecto, señora. V. padece mil equivocaciones, y lo peor es que está obstinada, y ha de costar mucho trabajo el convencerla. No obstante, sepa V. que todos esos retablos y presen-

tallas que se dedican á los santos en sus imagenes no son signos de milagros, ni pueden serlo sin la calificación y declaración de la Iglesia. Se permite que se coloquen en los templos para que los fieles desahoguen su devocion y gratitud, y por que, tal vez, el vulgo ignorante, si careciera de esta libertad, caeria en el error de creer que ni los santos intercedian por nosotros en las necesidades, ni Dios nos dispensaba tan francamente sus favores, y este error seria mas pernicioso que el primero, pues de creer que Dios hace mas milagros de los necesarios no se sigue injuria á su omnipotencia, pero de creer que no los puede hacer, ó que nos escacee mucho sus favores, se insulta su poder soberano y su misericordia liberal. Sin embargo seria de desear que todos entendieran que el poder de hacer milagros es privativo de Dios, y que los santos únicamente pueden suplicarle que los haga cuando convengan á su gloria y bien nuestro.

Asi mismo debian todos saber que no se le puede dar crédito á cuanto está impreso, solo por que están las letras estam-

padas con moldes, ni por que se lea en las carátulas que estan con las licencias necesarias. Esta es una simpleza que trae funestas consecuencias entre la gente idiota, que vive persuadida á que se debe creer como de fe quanto está impreso, en virtud de que ven ó han oido decir los muchos pasos, censuras, licencias y dinero que cuesta la publicacion de una obra, y alucinadas con estos aparatos, no pueden convencerse de que haya falsedades en los libros, siendo asi que no hay heregia ni desatino, que con licencia ó sin ella no esté impreso: de lo que resulta que se empapan en mil errores que leen sembrados en muchos libros que traen vidas de santos anoveladas, y milagros apócrifos.

¿Que alto concepto no se formará del poder falsamente atribuido del Demonio, el ignorante que lea en la vida de santa Genoveva aquellos titeres conque la hechicera en un espejo la representó infiel á su marido.

¿Que idea tendrá de la Providencia divina, siempre zelosa de nuestro bien, al ver la facilidad con que permitió que se ultrajase publicamente el honor de su

sierva, y que padeciese tantos trabajos sin mas fin, á lo que parece, que acrisolar su paciencia, quando pudo haberlo echo por otros medios que no indugesen un escandalo general? Y por último, ¿no es fuerza que tengan al dicho por un tonto de primera marca al ver como creyó que los ojos y lengua de un carnero, que se presentó por milagro, eran de una muger y tan su conocida como suya? Yo á lo menos no creeré estas cosas ni sus iguales mientras no me las asegure por ciertas la Silla de San Pedro.

La historia de S. Cristoval es otro zurcido de mentiras que pasaron y aun pasan entre el vulgo. Todavía hay quien crea que fue gigante. La novena lo dice, y asi se ve pintado, luego es verdad, se debe creer y negarlo fuera heregia. Tal es el idioma del vulgo.

¿No seria bueno desengañarlo, diciendole que no fué gigante, ni sirvió al demonio ni lo dejó porque este se espantó con la cruz, ni sucedieron las patrañas que del se cuentan, sino que fué uno de los heroes que murieron por confesar la fé de Jesucristo?

Asi es que fuera bueno se enseñara, dijo prontamente la sencilla beata: pero si no fué gigante ¿para que lo pintan tamaño en las Iglesias? ¿Acaso son tontos los que las cuidan? A fé que no: bien saben lo que se hacen, y si esto fuera fabula no sería V. el primero que lo dijese, y habiendolo otros dicho, es regular que se omitiese que siguiera el vulgo con este error, quitando las pinturas gigantescas de S. Cristoval de las Iglesias; pero una vez que no se ha hecho asi, sin duda que fué tan gigante como ese Goliath que cuentan, ó ese Salmeron á quien vide con mis propios ojos. Pero sea lo que fuere, yo tengo en mi casa una cabeza de S. Cristoval hermosota de grande, ya se ve como de gigante cananeo, y soy muy su devota, y le enciendo una velóta de á medio, pues, el dia que lo tengo, que no estan los tiempos para fiestas.

Se reian todos de buena gana de estas sandeces, menos el coronel que se compadecia de ellas; y asi, quando tuvo lugar dijo: se echa de ver, señora, que sus padres de V. fueron cristianos y que le dieron una piadosa educacion; pero

por desgracia esta se ha deslucido con la multitud de estravagancias y preocupaciones que adquirió desde sus primeros años, y de las que será harto difícil se desprenda.

El afecto que V. le tiene á S. Cristoval sin duda es loable, pues su intercession, como la de los demas santos, es poderosa para alcanzarle del señor las gracias que la convengan; pero no es loable la credulidad de V. acerca de su desmesurado tamaño. Antiguamente se divulgó entre sus devotos que cualquiera que viese su imagen no moriria en aquel dia de muerte mala, sobre lo que se compuso este verso

Cristophori sancti specimen quicumque tuctur, ita namque die noct morte mala morietur.

Que en castellano puede traducirse así.

De muerte repentina ó azarosa no morira cualquiera que mirare la imagen de Cristoval prodigiosa.

En fuerza de esta creencia supersticiosa todos deseaban ver la efigie del santo, y como dice el señor Muratori, el

„que deseaba frecuente concurso á su Iglesia, pintaba en la fachada á este santo en estatura de gigante como lo figuran las fabulas de su vida.” Ya ve V. señora, y que origen tan erróneo trae ese pedazo de cuento que V. cree. Semblante á este son los que autoriza la credulidad del vulgo.

¿Que cuentas tengo yo con eso? decia la beata: dejemos que sea cierto lo que V. dice, que eso, quien sabe; pero yo atengome á lo que me enseñaron mis abuelos, y santas pascuas.

Cada vez que hablaba la tía doña Maria, reían mas todos aquellos señores, viendo el empeño que el coronel tenia en desimpreccionarla de sus errores, y la tenacidad con que ella se resistia, correspondiendo las instrucciones con sandeces.

Enfadado de estas mir tutor, varió conversacion: sacaron chocolate, dulce y agua, y concluido el refresco, se despidió la beata, diciendo que ya era la oracion y que una muger en la calle, sola y de noche estaba muy espuesta.

No pudieron contener la carajada de risa los concurrentes oyendo que la

triste vieja pensaba que aun tenia riesgos que temer en la calle. Doña Eufrosina y su hermana la detuvieron sin mucha dificultad: ella se retiró á una recamara á resar sus devociones: las visitas parlaron un poco mas sobre diversos asuntos, y se despidieron: el coronel, don Dionicio y las señoras, se pucieron á jugar una malilla mientras era hora de cenar, y las dos niñas se fueron á platicar lo que sabrá el lector en el capitulo que sigue.

CAPITULO III.

En el que se refiere la conversacion de las dos niñas, y se descubren los formidables espectros que asustaron á la timida Quijotita.

MUY inquieta estaba Pudenciana mientras asistió á la conversacion de sus mayores: rabiaba por bullir á Pomposa acerca de la nueva vida que habia entablado; pero aunque gustaba de oirla delirar, la tenia un poco, porque Pomposa no era boba y habia leído mucho, aunque sin orden ni eleccion; pero le sobraba la-

bia para aturdir á los menos avisados; y así me nombró por su defensor *in pectore*; y cuando se fueron las dos solas, me hizo seña que la siguiera. Yo cumplí su gusto con prontitud, porque tenía complacencia en oír las producciones de Pomposa.

Luego que estuvimos solos, dijo Pudenciana á su prima: ¿conque, niña, cuéntame: ¿como te ha ido de espantos? Finalmente, hermana: ¿como quieres que me vaya? ¿Te parece cosa de juguete ver al diablo? = Ya se ve que no, ¿pero que tú lo viste? = Toma si lo vi, y todo entero. ¡Ay, que feo será! = Endemoniado, niña. Miralo tú con su cabeza de cochino, sus cuernos de toro, sus zancas de chivo y su rabo de mono. — Muy despacio lo estubiste mirando segun la descripción que me haces. = Apenas lo vi en un abrir y cerrar de ojos; porque luego luego me envolvi la cabeza, y comensé á gritar á papá con todas mis fuerzas; pero en aquel instante se me quedó en la imaginación, su abominable figura del modo que te la he pintado. — Ya se ve, prima, y como tú cres viva, fué facil que se te quedara en la imaginación, y mas que, segun

nos contó tia Maria, lo viste otra noche. — ¡Ay, niña! ojalá y no lo hubiera visto; y luego para rematar la cosa, ya te contarían lo de los golpes que oí en mi cabeza, que no se como no me he vuelto loca del susto. Y con razón, niña, decía Pudenciana; pero mira: esos golpes tal vez los darian en la vecindad de atrás. = Que vecindad ni que nada, si la pared de esa recamara cae al patio del mezon, donde no hay gente, ni puede haberla, y mucho menos á tal hora. = Pues siendo así, prima, ¿á que podremos atribuir esos espantos? = Ay, hermana de mi alma: ¿á que los hemos de atribuir sino á avisos y particulares inspiraciones del cielo? Así lo juzgó mamá, y yo tambien,

Puede ser así, decía Pudenciana, y eso creo que se conoce mejor por los efectos, segun dice mi padre. = Pues si en eso se conoce, avisos han sido y muy seguros; porque ha sido tal el susto que hemos llevado, que ya no queremos prestar nos á los alborotos del mundo. Mi madre y yo nos hemos ido á confesar: las tertulias de casa se han suspendido, y yo he reformado mi trage y mi vida enteramente.

Yo me alegro, hermana, de esa mudanza de costumbres tan repentina. Lo que le has de pedir á Dios, es la perseverancia; porque suelen algunas conversiones como la tuya ser solo llamaradas de petate, que tan pronto se encienden como se apagan. — Asi seran; pero la mia no es de esas, gracias á Dios. Cada dia me siento mas robusta para seguir el camino de la virtud. ¿Mas quien no lo ha de seguir, al considerar que esta triste vida no es otra cosa sino una cadena de desgracias que nos rodea por todas partes; ¿Qué son los placeres del mundo sino aparentes bugerias que nos deslumbran para no ver las eternas verdades? Las mayores satisfacciones que tú y yo podemos apetecer en nuestra edad, que son sino unos encantos tan lisongeros como vanos? Es verdad que sus apariencias son brillantes, pero su resplandor es de oropel sin una gota de solido valor: y si no, advierte, Pudenciana, si todos los dones de la naturaleza y la fortuna, reunidos en una sola persona, serán capaces de proporcionarle àquella sólida felicidad, à que aspira su corazon, si este no se halla tran-

quilizado con la gracia.

Todo lo tuvo Salomon: juventud, hermosura, salud, riquezas, talento, poder y una multitud de bellezas que lo adoraba. ¿Quien debia juzgarse mas feliz entre los mortales? Todos lo tenian por tal, menos él mismo que registraba su corazon, y hallandolo desabrido en el centro de los placeres, hubo de conocer que todos ellos eran vanidad de vanidades, tormentos y afliccion del espíritu.

Pues si esto pasó á Salomon, ¿que debere yo esperar, cuando estoy tan distante de verme en el colmo de la dicha en que él se vió? ¿No es preciso que conozca lo que es el mundo, cuales sus deleites, cuales sus esperanzas y cual el premio que se prepara á sus secuaces.

Yo, prima mia: estoy convencida de estas verdades, y no quiero hacerme ya sorda á los divinos llamamientos. Los de estas noches han sido muy eficaces y sobrenaturales para ser desatendidos; y asi á lo que aspiro es á resarcir de alguna manera tanto tiempo como he perdido dissipada con las vagatelas del mundo; y como al paso que tengo el infierno, y quiero

entablar una vida cristiana, conosco cuan difícil puede ser esto en mi edad y en medio de las concurrencias del siglo, estoy pensando separarme del enteramente.

¿Y de que modo has pensado esa separacion? decia Pudenciana. En eso está mi duda, eso es en lo que yo vacilo, contestò Pomposa. Dos caminos se me ofrecen para retirarme del mundo, y en los dos hallo mil dificultades que vencer. El monasterio y el yermo son seguramente dos asilos contra los peligros de una sociedad corrompida como la muestra; pero se necesita mucha maduréz en la eleccion.

Los conventos son sin duda unos planteles de virtud; pero en estos hay muchas personas enclaustradas, no todas con vocacion, no todas por su gusto, no todas perfectas, y todas humanas, miserables y con paciones que á cada instante se revelan. De esto se sigue que son como indispensables algunos chismes, rivalidades, envidias, disgustos y otros defectos que sino impiden el llegar á la perfeccion alguna vez, detiene ciertamente

á quien desea llegar pronto á semejante estado. Es muy difícil esclavitar la voluntad al gusto de los superiores, y mas difícil conformar el propio genio con el ageno, hacerse á todos los pareceres sin hipocresia, condescender con diversas opiniones sin delinquir contra la ley, y luchar contra nuestros naturales sentimientos.

Cuando no haya otra cosa en los claustros, yo sé bien que no faltan estos crisoles en que afinar una virtud perfecta, pues donde hay muchas monjas, niñas y mosas ó criadas de servicio, hay sociedad, y donde hay sociedad hay peligro. En conclusion: en los conventos hay su mundo, y en un mundo, cualquiera que sea, hay mil riesgos, que son los que pretendo yo evitar.

Por tanto: estoy por dicitirme por el yermo, y me parece que mi vocacion es de hermitaña.

Pero qué tendrás valor para ser hermitaña? decia Pudenciana - Y porqué no? contestaba Pomposa: es cierto que á los principios me espantará la soledad del campo, el triste ruido de los arboles, es-

pecialmente por la noche; me será desagradable hasta lo sumo la dureza de las peñas, lo insípido de las yerbas, lo obscuro de los valles, el rugido de los leones y la ninguna compañía de los mortales; sin contar con lo extraño que le será á este ruin cuerpo carecer de todas las comodidades que ha disfrutado como son del gusto de su paladar, el abrigo y lujo de sus carnes, la molleje de su cama, y la carencia de todos sus acostumbrados pasatiempos.

¿Cual debe ser, prima mia, el sentimiento que experimentaré mi espíritu al separarse para siempre de papá, de mamá, de mis tíos, de tí, de mis amigas, y... (no te escandalizes,) de mis finos adoradores? ¡Oh! la separacion de estos dulces y estrechísimos objetos de mi amor ha de ser el sacrificio mas costoso que pueda hacer mi voluntad al Sér Supremo; pero ¿que no se debe hacer por conseguir el cielo? y así yo desde esta hora hermitaña me llamo y no otra cosa.

Pero ¿qué tendrás valer para emprender un genero de vida semejante? = Y perché no? ¿Soy yo de otra masa que

fué Santa Rosalia? No por cierto: esta ilustre doncella era mas joven, mas tierna y delicada que tu prima; y tuvo bastante valor para salirse sola de su casa, abandonar el mundo y retirarse á la cueva de Quisquina, perché, pues, no tendre yo igual intrepidez para imitarla? = Es verdad, decia Pndenciana: pero esa princesa fué una heroina, y no todos tienen una misma firmeza, ni una misma vocacion ni auxilios. Mi papá dice que todos estamos muy espuestos á equivocarnos con nuestras opiniones, y que en las mugeres los fervorosos y repentinos impulsos de devocion no suelen ser sino viarazas, y efectos de una oculta soberbia refinada con la que se creen capaces de hacer lo mas grande y mejor que han hecho los santos inspirados particularmente por Dios; pero que en la realidad muchas acciones de sus siervos son mas para admiradas que para seguidas, y yo creo que la resolucion de Santa Rosalia en salirse de su casa, es una de ellas, y tú no debes imitarla sin una inspiracion particular, y con permiso de tu confesor. Ya se lo has consultado. = Yo no: para que;

Si tengo ò no esas inspiraciones, yo lo sé. El confesor tal vez las dudará y me impedirá poner en ejecución mis designios ó por que no los crea justificados, ó por que no tenga el mismo fervor con que yo me siento animada; y así, si me resolviese, yo sabré lo que he de hacer cuando sea tiempo. Pero dime cuantos caballos tiene mi tío en su casa; Dos y el macho del mozo, respondió Pudenciana; mas porque haces esa pregunta; - Ya lo sabrás; y entre tanto que Dios dispone lo que ha de ser de mi, te encargo mucho y á V. tambien (me decía á mi) que reserves esto con el secreto conveniente, y tú hermana, no tengas cuidado de tu prima, que ni será la primera muger que habite en las soledades. ni que se familiarise en ellas con los angeles. = ¡Ay! pues que, Pomposita: tú tienes esperanzas de familiarisarte con los angeles; = Y porqué no; si mi virtud se perfecciona que embarazo tendran los espiritus celestiales para bajar á consolarme y confortarme en las asperesas de mi retiro; ¡O! con que alegría no escucharé, tendida sobre, la verde yerba, los himnos y mote-

tes que me cantarán los encendidos Serafines, y con quanto regocijo y humildad....

A este punto llegaba el delirio de Pomposa cuando una criada entró á avisarnos que era hora de cenar, y los señores nos esperaban en la mesa. Con este motivo se deshizo nuestra tertulia, y fuimos todos al comedor.

Durante la cena, movió el coronel la conversacion sobre los espantos anteriores. Todos los de la casa los afirmaron, asegurando que habian sido sobre naturales, y segun como los pintó la pobre beata. El bueno de don Diodisio; aunque decia no haber visto nada, con todo esto, no tenia valor para negar lo que afirmaban su muger y su hija.

Asi que se desahogaron á su gusto, y contaron las patrañas que tenian en la cabeza, el coronel con mucha flema les dijo: ya ven W. todo eso; pues no hay nada. Todo no ha de pasar de alguna causa natural, que no se ha podido averiguar, ó acaso serán efectos de la acalorada fantasía de mi sobrina. Tío, V. me dispense, dijo Pomposa; pero yo puedo jurar que vi al diablo con estos mismos

ojos con que veo á cuantos estan aqui. -- Yo no lo dudo, hija; mas tú sabes quanto nos engañan los sentidos; Con esos mismos ojos vez los montes azules, una vara derecha, torcida en el agua, el sol del tamaño de una tortera ó comál grande, y las estrellas como unos pequeños diamantes; y sin embargo que asi ves todo esto, nada es como lo ves; sino enteramente distintos. Con que nada seguro es el testimonio de tus ojos, si es el único que tienes que alegar para que yo te crea.

Hija mia, y V. hermana: no se engañen ni fomenten ese espíritu espantadizo y asombrado. Nuestros sentidos nos fingen los objetos distintos de lo que son en sí muchas veces, y nuestra fantasía nos alucina sin sentir. Esta mas que los moldes ha impreso ¡cuantas veces! milagros falsos y revelaciones apócrifas, de los cuales muchos estan condenados por la Santa Iglesia, y otras todavia dudosas sin merecer su aprobacion canónica. Las revelaciones de la madre Agreda son unas de ellas.

Nuestra alma, encarcelada en la materia, padece como el cuerpo sus dolencia,

cias, y tal ves son sus enfermedades inconcebibles è incurables como las de este. Quien creerá que un general valiente, que no temía un gran número de enemigos, patrocinados de la formidable artilleria, temblase á la presencia de un raton; Quien se persuadirá á que el célebre Taro, hombre instruido, ingenioso y uno de los talentos que honrró la Italia, creyese que se le aparecia un espíritu sabio que lo ilustraba; A quien le cabrá en el juicio que el gran Pascál se persuadiese muchas ocasiones que á su lado estaba un precipicio, y con tal vehe nencia que aseguraba la silla, y hacia poner tablonés y otras cosas para no caer. Volvia en sí cuando sus amigos curaban con sus reflexiones su delirio; pero, dejándolo, á poco volvia con el mismo; Nadie creeria estas ecstravagancias de estos sabios si no las refirieran autores tan calificados de veraces entre los literatos como son Blanchard y Muratori. Pues si unos hombres ilustrados, erúditos, estudiosos se dejaron preocupar de su imaginacion tan fuertemente, que llegaron á ridiculizarse algunas veces, que mucho será que

W. se engañen, ó las engañe la misma fantasma.

Estos señores se engañarian, decia Eufrosina; pero mi hija no se engañó: en la segunda noche me parece que le vi los cuernos al enemigo. -- No se preocupe V. hermana, contestaba mi tutor: ni V. ni ella le han visto cuernos, ni cola ni nada. Todo eso es histérico, hipocondria ó delirios; y no otra cosa.

Don Dionisio siempre hacia el papel de miron en estas escenas: no hablaba una palabra, faerose por su poca instruccion, ó por su mucha prudencia para no contradecir á su muger; pero esta vez no pudo disimular: habló y dijo: ello es hermano, que algo podra ser de lo que V. dice; pero esta ocacion creo que no; y me fundo en que las dos aseguran una misma cosa, y no es posible que la madre y la hija se histericaran ni deliraran a un mismo tiempo. Pues, señor don Dionisio, dijo el coronel: si ese es todo el fundamento que V. tiene, haga cuenta que nada vale, porque no hay una razon que la sostenga. No solo es posible sino muy natural que una señora pusilanime y preocupada co-

mo mi hermana, se intimidara y se persuadiera á que ve á los espectros que aseguraba ver mi sobrina. Esta se espantó, gritó, y conmovio el espiritu asombradizo de su madre, la que, predispuesta a creer que los diablos muertos nos visitan cuando se les antoja, no dudó de la verdad de Pomposita, ni se detuvo á examinar la causa de su espanto, sino que llena del mismo susto, solo trató de socorrerla, y tal ves en su fantacia se pintó algo de lo que dice.

No me hace fuerza que haya tanta credulidad acerca de estos espantajos. Las malditas viejas con sus cuentos y patrañas acobardan á los niños, llenan sus cabezas de imagenes funestas y sombrías, y los acostumbran, aun cuando tratan de divertirlos, á creer todo lo maravilloso á lo divino y á lo humano. Esto es contándoles consejos, y ejemplos falsos. ¿Que mucho es que estos niños cuando grandes crean con la mayor firmeza todas las boberias que aprendio su fantacia desde tiernos? Mucho cuidado tuve en apartar de Pudenciana estas viejas cuentistas y dañosas. Que sé yo si me habrá valido.

No hay peor desgracia que llegar á vieja, señor don Rodrigo, dijo tia Maria muy enojada: mire V. que tema tiene con las viejas..... Yo no lo digo por V. señora. -- No, ni lo diria V. por que yo aunque soy vieja, ni soy embustera, ni soy tonta. Se muy bien donde me aprieta el zapato, y cuando cuento alguna cosa de espantos, ó los he leído, ó los he visto, ó me los han contado personas muy justas y fidedignas; pero V. nada cree: yo no he visto hombre mas incrédulo: con razon dudo yo si será cristiano de deveras.

Si por la gracia de nuestro señor Jesucristo, respondió riendose el coronel: soy cristiano; pero no muy bobo para creer cualquier cosa. Estoy reñido con mil preocupaciones que corren bien recibidas en el vulgo, y los espantos son unas de ellas. -- ¿Pues que no hay espantos, en resumidas cuentas? -- Si los hay y muchos. El espanto no es sino una perturbacion del animo que induce al temor mas ó menos violento, y no hay ni un solo hombre que no se espante alguna vez, por valiente y despreocupado que sea. La diferencia es que el hombre de esta

clase refrena su temor, y hace lugar á la reflexion sobre la causa que lo espanta en el mismo acto del susto: de lo que se sigue el desengaño, su serenidad, y la mayor dificultad que tiene para espantarse otra ocasion con el mismo objeto, y en iguales circunstancias.

No asi el preocupado cobarde: este se espanta cada rato; porque sin examinar la cosa que lo asusta, suelta la rienda á la pasion del temor, y entonces ó huye despavorido, ó se rinde á un desmayo, ó tal ves á la muerte, si su corazon es muy chico, y la apariencia del espanto muy grande.

En todos estos casos sé le cierra la puerta al desengaño; el espantado queda tenazmente persuadido á que fué realidad lo que vió, y de aquí resulta que se vuelve incurable y mas espantadiso cada día. Vean W. lo importante que es á los principios hacernos fuerza para examinar la causa que nos espanta.

Ese es el cuento, decia la beata: que nos pudieramos detener en el instante que nos asustamos. ¿Quien habia de tener esa paciencia? Entonces era señal de-

que uno no se asustaba. Pues señora el que se enseña á tener esa paciencia, aprende á no asustarse, porque llega á saber por experiencia propia que casi todos los espantos son efectos de nuestra imaginacion dirigida por la ignorancia.-- ¡Ah! conque solo los tontos se espantan? -- A lo menos, son los mas espuestos á espantarse, y las mas veces con frioleras.

En dos palabras, hermano: decia doña Eufrosina: V. lo que quiere es hacer nos creer que apenas hay milagros, y que los muertos y el demonio jamas se aparecen á los hombres. ¿No es esto? -- No tanto hermana; pero muy cerca está V. de adivinarme. Dios es poderoso para hacer muchos milagros. Los ha hecho, hace y hará asta el fin del mundo; pero no sin necesidad, á nuestro antojo, ni siempre que los apetecemos. El demonio y los cuerpos de los difuntos se han representado á la vista de hombres; pero muy raras veces, y fuera de las que nos aseguran las sagradas letras, que son bien pocas, y de las que la Iglesia califica por ciertas, que no son muchas, las demas las tengo por patrañas y cuentos de viejas....

Y dale con las viejas, señor coronel, decia la beata: que les habra V. visto á las viejas? Pues lo cierto es que V. ya no es muchacho, y tan burros hay entre las viejas como entre los viejos. -- Esto está en opiniones mi señora; mas esto no es del caso. Yo voy á ver si consigo convencer á W. en favor de mi opinion, para que no sean tan espantadizas. Diga V. *el que cree facilmente la multitud de espantos que se cuentan y se leen, no puede menos que ser un sacrilego; porque se forma un consepito muy injurioso á la Deidad Suprema, ó cuando no lo culpemos tan severamente, es menester asegurarse que es un tonto de primera clase....* Vaya, no hay que arrugar las cejas. Atienda V.

Si tubiera V. un hijo pequeñito, ¿se pondria de proposito á espantarlo sabiendo que le habia de resultar de esto un gran mal? -- Seguramente no. -- Menos permitiera V. que los criados de su casa lo espantaran. -- Ya se ve que no: ¿como se los habia de permitir? -- Y se persuade V. á que habrá algun padre que asi lo haga; -- Es cosa que no puedo creer, por-

que semejante crueldad es agena del amor de padre. -- Pues ahora bien: yo pienso que V. hermana, vive entendida en que Dios nos ama infinitamente mas, que el padre mas tierno á sus hijos. Asi lo debo creer precisamente, y lo creo en efecto. -- Pues ahora se halla V. en el estrecho de confesar que el que cree esa multitud de espantos de demonios, y apariciones de muertos que se cuentan entre el vulgo, ó es un necio que da entrada libre en su cabeza á estas farándulas, sin hacer el uso mas mínimo de su razon; ó es un impio que juzga á Dios capáz de cometer con sus criaturas la crueldad que no cometería un mortal miserable con sus hijos. Que dice V. ; -- Cierto que no sé que responder; pero yo nunca he pensado de Dios de esa manera, ni he tenido lugar, cuando me han espantado, para hacer esas reflexiones. -- Asi lo creo, y en no hacerlas, conciste la facilidad de espantarse y creer prodigios sobrenaturales á cada paso, á pesar de las verdades que sabemos de rutina. V. sabe que Dios la ama infinitamente; pero cuando se asusta, no se acuerda para nada de este

amor, ni hace justicia á su inmensa bondad y misericordia.

Sabe V. tambien que el Sér Supremo no hace milagros sin necesidad; pero ignora que para que el demonio ó un muerto se aparescan, es necesario que haga Dios dos milagros cuando menos: uno el de formar la apariencia de cuerpo sin materia, y el otro que resista este objeto terrible un espiritu tímido como el nuestro sin desamparar el cuerpo. Con esta ignorancia no es mucho que V. se preste á creer con la mayor facilidad todo lo que le cuenten acerca de esto, ni que acostumbrada á semejante modo de juzgar, se asuste y se sorprenda con cualquier ruido, con cualquiera sombra ecstraña. --

Pero, hermano: yo mil veces he leído y oído decir que los difuntos se han aparecido, especialmente á las almas buenas, para pedirles que hagan sufragios por ellos, y ya V. ve que estas apariciones han sido con necesidad, y se deben tener por verdaderas. =

Ya dije, hermana: de todos esos casos yo creeré los que la santa Iglesia haya aprobado por seguros, que son muy raros;

los demas fengolos por iluciones de gentes melancòlicas, pues no hallo un adarme de nececidad para que un muerto se aparesca á los vivos para pedir que manden decir una misa por su alma, que restituyan lo que él usurpó, que saquen dinero enterrado, ni que hagan otros encarguitos de esta clase.

Ademas de esto: ¿no ha detenido V. alguna vez la consideracion para advertir que todos los espantos de que hablamos se cuentan acaecidos en lugares lóbregos, sombríos, oscuros, de noche, á determinadas horas, cuando no tiene compañía el espantado, y casi siempre sin mas fruto que el terror que deja el ánimo? Pues todas estas ridículas circunstancias no prueban otra cosa sino que todos los espantos son efectos de la cobardia é ignorancia de las gentes crédulas y espantadizas.

¿Acaso el Señor de los ejércitos respetará ó temerá á los miserables mortales para no presentar á su vista los objetos con que los asusta, cuando se hallan acompañados? Le infundirá algun miramiento la presencia del sol ó de la luz? ó serán bastantes para detener sus designios

las horas iluminadas por el dia? Fuera un absurdo el pensar tan dependiente y limitado á todo un Dios. Pues semejante reflexion seria muy suficiente para calmar el terror en los espíritus demasiado febles.

En efecto: si Dios quisiera que viésemos al demonio, ó á un muerto, como dicen, fuese para nuestra correccion, para nuestro castigo, ó para alguno de sus inescrutables designios; ¿no lo veriamos en la mitad del dia, y aunque estubiesemos rodeados de un ejército? Seguramente; porque ¿quien se opondrá á la voluntad del Todopoderoso?

Muy acompañado estaba el sacrílego rey Baltasar, brindando en un suntuoso banquete, en los vasos sagrados que su padre Nabucodonozor habia robado del templo de Jerusalem, rodeado de sus mugeres y concubinas, y de mil convidados, cuando apareció una espantosa mano que escribió en la pared estas terribles palabras: *Mane, Thecel, Phares.* =

¡Que horror! ¿Y que hizo el rey al ver la formidabile mano? = Que habia de hacer, se asustó de manera que se le

inmutó el semblante, las rodillas le temblaban y se tocaban una contra otra. Su pavor se aumentó cuando el joven Daniel le descifró las tales palabras, diciéndole que en pena de sus idolatrias y sacrilegios, moriria y su reyno seria entregado en poder de sus enemigos. Todo se cumplio segun la esposicion del profeta: Baltasar murió esa misma noche, y los Persas y Medos se aposecionaron de su reyno.

¿Ya ven W. que caso tan terrible? pues Dios, para cumplir su voluntad entonces, no tuvo que esperar que estuviera el rey solo, ni en un lugar obscuro ni sombrío, ni que diera el reloj las doce de la noche. Al instante que quiso, se cumplio su decreto soberano como se cumplira eternamente. Conque debemos hacernos cargo de todas estas razones para no ser tan faciles de creer la multitud de espantos que nos cuentan; y cuando W. gusten vanos á recogerlos, por que ya las muchachas estan durmiendose.

Se levantaron todos de la mesa, y el coronel con su familia se retiró á la recamara donde habian asustado á Pom-

posa; pero antes previno que todas las cosas se pusieran en su lugar y como siempre se habian puesto, que el habia ido con deseos positivos de ver al diablo, que estubiesen todos dispuestos para levantarse cuando los llamara, por que no escusaria esta diligencia si el pobre diablo tenia la bondad de visitarlo aquella noche, y satisfacer su curiosidad como deseaba. Con esto se fueron las dos familias á sus respectivas recamaras.

Don Dionisio se estuvo despierto, platicando, acerca de la instruccion de su concuño, con su muger y con la buena beata, que decia: aqui donde W. me ven estoy muerta de miedo, porque el coronel no dejará de hacer una de las suyas. Yo no las tengo todas conmigo, y si este hombre no es herege, ó brujo ó cosa que lo valga, no hay ley en puercos resillos. Si Dios me lo perdone; pero gente que no cree en milagros, que no tiene miedo al diablo, y que se incomoda de su casa solo por venirlo á ver, no puede ser nada bueno.

Asi se entretenia esta familia. mientras el coronel se divertia con la saya,

ponderando la sencillez de don Dionisio en creer lo mismo que Eufrosina y Pomposa, que habia esta visto al demonio. Todo esto, añadía: es efecto de una educación abandonada á la ignorancia. Si desde niño hubieran persuadido á tu cuñada que todos esos espantos son cuentos de viejas, ahora, lejos de darles crédito, hubiera convencido de su falsedad á su muger y á su hija.

Pudenciana amenizó la conversacion de sus padres, refiriendoles por menor la fervorosa conversion de su prima, lo decidida que estaba á ser hermitaña harto confiada en que la visitarían los angeles.

Se reian los señores alegremente con este chiste, cuando, como á la hora de haberse acostado, dijo el coronel á su esposa: ¿ves, hija la sombra que se acabó de ver en aquella pared? ¿ves, sin duda esa fué á la que puso nombre de diabl Pomposita.

Doña Matilde y su hija se incorporaron en la cama, y vieron, en efecto dicha sombra no sin algun sustillo, porque hacia una figura bien estraña y se ma-

via de cuando en cuando. ¿Y qué será, papá? preguntó Pudenciana, = Eso es lo que hemos de examinar. Estense ahí quietas: yo me levantaré.... Vamos: ya está analizada la causa de este espanto. Es bastante natural, lo mismo que yo la esperaba. Aguardenme. Voy á llamar á esos buenos señores, para que la vean.

Sin perder tiempo se dirigió el tutor á la recamara de don Dionisio, y oyendolo hablar con su muger, le dijo: valla, hermano; levantese V. con los demás, y vengan á ver al diablo despacio, que ya nos hizo el favor de venir.

Al oír esto, enmudeció don Dionisio, tembló Eufrosina, Pomposa estuvo á pique de desmayarse, y la tia Maria se persinaba sin cesar; pero por fin se levantaron todos á las repetidas instancias del coronel, quien iba por delante y los demás lo seguian con pasos detenidos.

Llegaron á la recamara donde esperaban muy tranquilos Matilde y su hija. ¿Es este el diablo que viste, Pomposita? preguntó don Rodrigo Si, dijo esta, toda temblando. — Pues no te asustes: salgamos á esta sala y verás al enemigo malo no

en sombra sino en su mismo cuerpo.

Se resistia Pomposa y la beata la detenía estirandola del túnico para que no saliera; hasta que tomandola su tío de la mano, la sacó rodeada de todos los suyos, y poniendola frente á un tripode, donde se ponía la agua manil, y sobre el cual estaba echado un gato descomunál, le dijo: he aquí, cobarde sobrina, el ridículo espectro que te ha espantado. Miralo, desengañate, limpiate bien los ojos. Si quitas la veladora de este lugar, y la pones aqui, ya no verás esta figura sino otra diferente.... A la prueba... ¿ves ahora lo que antes? — No, tío: ya varió la sombra enteramente de figura. = Pongamos la luz donde estaba, y quitemos el gato.... ¿Ves ahora solo la sombra del tripode, banco ó como llamas este mueble? — Es verdad. = Pues ya ves patente el engaño de tus ojos, y el equivoco de tu amaginacion acalorada.

No teniendo que replicar con una demostracion tan evidente, callaron todos, menos Eufrosina, que deseosa de sostener su opinion, dijo: es verdad que la sombra del aguamanil hacia en la pared una figu-

ra endemoniada; pero ¿que diremos de los golpes que se oyen en la recamarita? -- Vamos alla, los oiremos, y ecsaminaremos la causa.

Fuimos en efecto, y no tardamos en oirlos. A nadie quedó la menor duda de ellos. El coronel por una ventania inmediata se asomó á registrar la pared por defuera; pero como estaba la noche muy obscura, no sacó por entonces otra cosa sino confusiones, pues ciertamente la pared estaba muy alta, y nadie podia tocarla por aquel lugar.

Cuando Eufrosina, don Dionisio y Pomposa advirtieron la perplegidad de don Rodrigo, cantaron su triunfo con el mayor orgullo. Hermano: contra la experiencia no vale nada la filosofia mas cabilosa, decia don Dionicio: vaya, á ver á que causa sobrenatural podemos atribuir estos toques? Si es gana, continuaba la tia Maria: sobre que negar los espantos, es negar que hay estrellas en el cielo. Nada tienes que esperar para desengañarte, Eufrosina. = Ya se ve que no. Aqui espantan y mucho que espantan. Me mudara yo mañana, en cuanto Dios

amanesca; aunque sea al Hospicio de pobres, si no hallo casa. Tú Dionicio, si no quieres, quedate aquí con tus criadas, que yo me ire con mi hija y con mi tia. -- Si, mamá: hará V. muy bien; porque ya acá se han anidado los espectros, duendes, fantasmas y vampiros. Dios nos avisa, y es menester no hacernos sordos á sus voces.

Vamos, señores, dijo el coronel: todas esas son palabras al ayre que nada valen. Yo insisto en que estos golpes no proceden sino de causa natural, por mas que ahora, por la obscuridad de la noche no pueda señalarla; pero hermano, hagamos un convenio si V. quiere. = Cual es? = Este: si mañana les hago ver el origen de estos golpes, y el remedio para que no se vuelvan á oír, como no se oíran en efecto en la noche que sigue, pierde V. doce pesos que enviará á los pobres enfermos del hospital de San Juan de Dios; y si no la puedo señalar, costeo el traspaso de la casa que tomen, el transporte de los muebles, y el reemplazo de los que se quebraren en la mudada. Que dice V.? Una apuesta que proporcionaba

tantas ventajas, se admitió desde luego por don Dionicio, y nos fuimos á recoger

Al dia siguiente se levantó bien temprano el coronel: fué á la ventana, y no tardó en averiguar que la causa de los golpes era una armazon vieja de palo, que en algun tiempo fué farol, y por su inutilidad se quedó abandonada, y pendiente de un pie de gallo en la pared que habia tenido corredor alguna ves y correspondia á la recamarita de doña Eufrosina.

Este horrible vampiro, cuando lo movia el mas ligero viento, golpeaba sobre la pared y asoraba á cuantos tenian la desgracia de escucharlo, habiendo sido la primera, nuestra ilustrada Pomposita con la ocasion que se dijo, de haber puesto su cama en aquella piesa, por huír del diablíngato engerto en aguamanil.

Luego que don Dionicio y su familia se levantaron, los llevó el coronel á la ventana: les mostró el duende fatal: suplio las veces del ayre, sacudiendolo con una caña larga, y haciendo que oyeran los golpes que habian escuchado por la noche;

y últimamente, lo arrancó del palo, cayó al suelo, y les aseguró á las señoras que vencido aquel fiero vestigio y su maldito compañero el gatidiablo, ya no volverian á espantarlas en aquella casa; y así que se dejasen de pensar en mudadas, en las que siempre se pierde algo, se rompen los muebles y se incómodan los dueños

Después de algunas objeciones triviales que hizo doña Eufrosina y á cuyas soluciones, dadas por el coronel no pudo responder, saltó el bueno de don Dionicio con una dificultad que no se debía esperar de su talento. Bien está, hermano, dijo: que no haya duendes, ni se aparezcan los muertos ni los diablos; pero V. no me negará que hay fantasmas, que eran los *Lemures* de los antiguos. Estas avechuchos nocturnos existen, sin duda, entre nosotros, y la misma santa Iglesia pide á Dios que nos libre de ellos. = ¿Dónde, don Dionicio, donde ha leído V. esas peticiones? -- ¿Como dónde? En un himno que comienza: *Te lucis ante terminum*, dice después: *prócul recedat somnium -- et nocturnum phantasmara*. Aparecese lejos de nosotros los malos sueños, y

las fantasmas de la noche. De esto se sigue muy bien que hay las tales fantasmas.

El coronel desengañó a don Dionicio advirtiéndole que las fantasmas, de que hablaba el himno, eran de los que se forman en nuestra mente, y que podian ser pecaminosos: que estos pueden muy bien representarse entre sueños, y cesitar tal ves, aun habiendo despertado, malos pensamientos; como si á Pedro durmiendo se le representa la imagen de su enemigo, (que es un verdadero fantasma) sueña que riñe con él y lo vence, y después de desperto se complace en esta soñada venganza. En este caso y muchos semejantes, los fantasmas ó figuras pintadas vivamente en la imaginacion del que duerme, pueden ser causas de que las pasiones se exalten y que desperto peque. Por esta razon pide la Iglesia á Dios que nos libre de estas representaciones peligrosas, que por quanto se forman en nuestra fantasia, se llaman fantasmas. Con esto se concluyó la cuestion de los espantos y nos despedimo, dejando un poco tranquilizadas á las señoras, y un tanto

convencidas de que el miedo y la ignorancia son los que asustan á los vulgares cada rato; y no el diablo ni los pobres muertos á quienes les levantan innumerables falzos testimonios.

CAPITULO IV.

En el que se refiere la peligrosa aventura en que se vió nuestra Quijotita por su servorosa é imprudente virtud.

Sin embargo de que á favor del desengaño, ya no tratò doña Eufrosina de incomodarse de su casa; no varió ni su hija el plan de su nueva vida, cosa que no dejó de estrañar el coronel, pero como su virtud no era sólida, bastardió desde sus principios y llenó el ecstremo de la gasmoñeria y ridiculéz.

No habia fiesta de Iglesia donde no concurrieran madre é hija, y se estaban en el templo hasta que se concluía la función y levantaban el petatito como suelen decir. Por las tardes, luego que reposaban la comida, se vestian, y marchaban para la Iglesia donde estaba el circular,

y no volvian hasta que depositaban, de suerte que no paraban en casa, la cual ya se deja entender como andaria, abandonada del todo al cuidado ó descuido de los criados; ello es que don Dionicio no dejó de resentir el mal trato que recibia á causa de la vagamunderia espiritual de su familia; pero no se atrevia á reconvenir, porque Eufrosina lo dominaba y él no sabia atacarse los calsones.

Si el dia se ocupaba tan santamente la noche no se pasaba menos. Luego que eran las oraciones se enserraban Eufrosina con su hija y la tia Maria, que desde la noche de la disputa con el coronel se hizo piedra en la casa, y se ponian á rezar el rosario y una cafila de novenas, cuya tarea duraba hasta despues de las diez, y no podia durar menos porque á mas de cuatro ó cinco novenas que se solian rezar á un mismo tiempo, habia otras devociones fijas que por ningun caso se omitian.

Todos los dias de la semana tenian sus ratos particulares. El lunes se debia rezar á San Cayetano y á las ánimas benditas, martes á señora Santa Ana, á San

Antonio de Padua, miércoles á la preciosa sangre &c.

Fuera de esto, habia sus libritos que se rezaban por fechas, sin perjuicio de los diarios. Por ejemplo: Día primero se rezaba á la Divina Providencia: dia siete á S. Cayetano: dia ocho á la Purísima: dia doce á la santísima Virgen de Guadalupe: dia diez y seis á S. Juan Nepomuseno: dia diez y nueve á señor S. Jose: dia veinte y uno á S. Luis Gonzaga: dia veinte y seis á señora Santa Ana y que sé yo que más.

No era lo malo que se rezara tanto: lo fatal era el modo con que se rezaba, y las inconsecuencias que se originaban por esta imprudente y mal entendida devoción; porque el modo era rezar con mil interrupciones, lo que manifestaba la ninguna atencion con que rezaban. *Doña Eufrosina llevaba siempre el coro y era la que mas interrumpia, pues durante un padre nuestro preguntaba tres ó cuatro cosas, y determinaba otras tantas; porque, por ejemplo, decia: padre nuestro que estás en los cielos... Niña, ya habrá venido tu padre? — Quien sabe mamá,*

santificado sea el tu nombre.... Es que si ha venido, que le den chocolate.... venga á nos el tu reyno.... y avisale que sobre la cómoda esta una carta que trageron de casa de don Jacobo Hagase tu voluntad.... espanta al gato no vaya a quebrar un vaso, asi en la tierra como en el cielo. ¿No era la devocion de Eufrosina ecstremadamente fervorosa?

Como habia dado orden de que nadie la visitara mientras rezaba, tenia don Dionicio que cumplimentar á sus amigas, que á los principios, ignorantes de la nueva estravagancia de Eufrosina, continuaban de cuando en cuando sus visitas, hasta que mirando que se negaba, se retiraron poco á poco, tratandola de grosera é incivil.

Rabiaba don Dionicio con estas cosas; pero como era un marido afeminado, no tenia valor, segun se ha dicho, para corregir á su muger; y asi, se valio de quejarse con mi tutor, y suplicarle que persuadiera á su cuñada que no fuera tan virtuosa. La empresa es difícil, dijo el coronel; pero haga V. que mañana concurren á la mesa nuestros amigos, y el

Lic. que con su genio jocoso puede contribuir á los deseos de V.

En efecto al dia siguiente fuimos cerca de las doce. hora en que no habian vuelto las señoritas de la Iglesia, y ya las esperaban en su casa el cura, el señor Labín, y el Lic. Narices.

Mientras volvia se trató de la extravagancia de madamas, y cada uno prometio á don Dionicio hacer por su parte lo posible para ver si podian reducirlas á estarse en casa mas, y rezar menos.

Llegaron por fin las señoritas, y despues de las saluciones corrientes, se desnudaron del trage de la calle y se pusieron á platicar con sus visitas. ¿Con que de donde bueno, madamas? preguntó el coronel. = De la Merced, hermano, contestó Eufrosina. Estaba la Iglesia hecha una gloria, como que hoy es el dia de nuestra santa madre. Nosotras fuimos á comulgar, oímos ocho misas en un instante, venimos á desayunarnos, y nos volvimos á la funcion, que ha estado famosa, especialmente el sermon que predicó el presentado N: ya se ve como que es divino el frailecito. -- Todo habrá estado se-

gun V. lo dice: lo que no puedo entender es como oyeran ocho misas, en un instante, pues por lijeros que se diganse necesita para oirlas algo mas de tres horas. -- Pues nosotras las oímos en una, porque las oímos todas á un tiempo. Es decir, hermana, que no oyeron ninguna, y que si hubiera sido hoy dia de precepto, no cumplen con él probablemente y se quedan sin misa. -- ¿Y porqué? -- Porque para oir misa como se debe, es necesaria la atencion ecsterior é interior, esto es, la del espíritu y la del cuerpo. A la primera faltan no solo los que van al templo á divertirse con los que entran ó salen, á pintar á esta á dibujar á la otra, á jugar con el abanico ó el palito, ni á distraerse en conversaciones muy ajenas de aquel santo lugar, sino cuantos no estan con la modestia debida, particularmente al tiempo del tremendo sacrificio, y ya V. verá que estando volviendo la cara á este y al otro lugar, y haciendo visages con ocasion de querer oir á un tiempo muchas misas, no solo se falta á esta atencion ecsterior, mas tambien es causa de que falten á ella los que se divierten con estas gentes visajeras.

Asimismo faltan á la atencion interior, pues queriendo meditar en tantas cosas enantas significan las diversas acciones que muchos sacerdotes hacen sobre el altar, no meditan en ninguna. No me crea V. á mi; oyga como se esplica el dr. d. Joaquin Lorenzo Villanueva en su tratadito que escribió de *la reverencia con que se debe asistir á la misa*, dice pues: „ el que oye muchas misas á un tiempo, ò atiende á las varias acciones de ellas ó no. Si no atiende á esto, ¿en qué funda la mayor ganancia? Si atiende á esto, la misma variedad, como deciamos, le ha de distraer precisamente; porque cuando una misa esta en el credo, la otra esta á la elevacion de la hostia, la otra en la sumpcion, la otra en la bendicion. ¿Quien tiene cabeza para pensar á un mismo tiempo con atencion y devocion en tantas y tan varias cosas?...”

„En esto se vera mas claró, si atender á la disciplina antigua de la Iglesia, segun la qual no era permitido que en un mismo templo se celebrasen á un tiempo muchas misas. En los seis primeros siglos de la cristiandad, y aun

„mas adelante sola una misa se podia celebrar diariamente en cada Iglesia, ó mas bien en cada pueblo, aun quando hubiese en él varios templos fuera de la catedral ó parróquia. Notorio es el rito observado por los griegos de celebrar todos los presbiteros juntamente con el obispo. Ochenta presbiteros, segun la norma de la reduccion hecha por el emperador Heraclio, celebraban juntos un solo sacrificio en la Iglesia mayor de Constantinopla. Esto prueba que en los primeros siglos de la Iglesia, y despues de la paz que el Señor le envió por medio de Constantino, no se decian á un tiempo muchas misas en un mismo templo. Y si en algun caso de solemnidad ó de gran concurso eran necesarias mas misas, se celebraban una despues de otra, como se lee en la 2ª carta de S. Leon á Dioscoro.”

„Y aunque en esto ha variado la disciplina por justas causas que debemos todos venerar; el espíritu de la Iglesia siempre es y será el mismo, segun el qual, los antiguos padres tenian por desorden distraer con la celebracion de

„muchas misas juntas en una misma Iglesia al pueblo que en ella se congregaba. Sabian que las colectas de los fieles se celebran para unir las oraciones de todos, para formar de los gémidos de muchos un solo gemido, de muchas voces una sola voz, de muchas adoraciones una adoracion sola, que con suave y poderosa eficacia incline el pecho benigno de Dios á que nos haga mercedes...“

„Conforme á esta costumbre habia en la Iglesia otra no menos antigua de no consentir en cada templo sino un solo altar, la cual observaron los Latinos hasta el siglo VII. y aun hoy dia conservan lo; Abissinos, Moscovitas y Orientales.“

Se cansa V. en vano, señor coronel, dijo el Lic; porque estas señoras rezaderas son las mas tontas y las que menos entienden su religion. Reniego yo de todas estas beatas ecsteriores.... Reniego yo de V., demonio de hablador, contestó prontamente doño Eufrosina: siempre ha de ser V. en contra de nosotras? Para V. no halla medio una muger. Si es ale-

gre, si bayla ó se pasea, dice que es libertina, loca y discipada; si por el contrario, es devota y recogida, luego la califica de beata, tonta y devota ecsterior. ¿Conque qué haremos las mugeres para agradar á este malvado Nariguetas, y libertarnos de su lengua venenosa? Facil es la respuesta, decia el licenciado: lo que hay que hacer es, ser alegres sin coqueteria, francas sin locura, virtuosas sin hipocrecia, y devotas sin supersticion; pero como yo no he conocido ni una muger que tenga tantas recomendables circunstancias; sino todas ellas malas por un camino, peores por otro, y detestables por todos, encargaría mi conciencia si hablara bien de las mugeres.... ¿que es hablar? si pensara síquiera que habia ni una sola buena, si, ni una sola entre cuantas el sol calienta; antes tengo entendido; y en esta fé y creencia protésto vivir y morir: que vosotras sois la canalla peor de todo el mundo, y sois lo mismo hoy que seis mil años hace. Es decir que siempre habeis sido malas, malisimas y peores de lo que parecisteis á Ovidio, á Séneca, á Catulo, á Horacio á Virgilio, á Fibulo á Proper-

cio y á cuantos autores antiguos y modernos han mal empleado el tiempo y sus plumas en hacer vuestros parecidísimos retratos....

Ya escampa, hermano, dijo Eufrosina: que le parece á V. y como honrra este deslenguado á las mugeres? Muy agraviado lo tienen sin duda. Ya se ve, ¿quien ha de apetecer á V. demonio, tan viejo, tan feo y tan hablador? Bien que V. sabe cuando y con que mugeres se esplica de ese modo. Solo acá y con nosotras, á fé que con Pachita la huera, con la marquesita de.... con la hija del contador y con otras asi, todo se vuelve V. mieles y zalamerias.... adulador, embustero.

Es verdad que á esas señoras las trató con lo que llaman política, respondia el lic. pero eso es porque las quiero menos que á V. = ¿Conque á quien quiere V. más, le dice mas claridades? Si, á quien estimo deveras, siempre trato de hablarle la verdad, y si puedo, trato de sacarla de sus errores. = ¿Pues en que errores me ve metida? Yo no me tenga por ilustrada ni por sabia; pero tampoco soy muy

ignorante: sé muy bien donde me aprieta el zapato; si ya no es que V. tiene por error el que yo y mi hija nos hayamos separado de las tertulias y bureos, el que frecuentemos los templos, el que confesemos, que resemos... en fin, el que tratemos de mudar de vida y buscar á Dios. No, no, señora, decia el lic. yo no puedo calificar por yerro la virtud. Todo eso que V. dice es muy bueno, cuando se hace como se debe hacer; pero cuando no: cuando un humor extravagante, y no la gracia divina nos hace parecer virtuosos, entonces nuestra devocion es falsa, no merece otro nombre que el de gasmoñeria, y por consiguiente nos hace incurrir en mil errores. V. y otras beatas como V. creen que la virtud consiste en no quebrantar los mandamientos descaradamente, en rezar mucho, en ir á las Iglesias donde hay música, y en ser insociales, fanáticas y simples. Persuadidas con estos bellisimos principios quebrantan en uno todos los preceptos de el decalogo, se hacen unas hipócritas alucinadas, unas vagamundas de Iglesias, sempiternas habladoras de virtud, odiosas á los suyos y

despreciables á la misma sociedad en que viven. No es esta una pintura ecsgagerada de nuestras beatas; es un retrato fidelisimo de ellas. Yo no veo por hay otracosa que viejas y aun mosas aturdidas que hacen consistir la virtud en meras ecsterioridades, al tiempo mismo que ignoran cual es su religion y el grado de obligacion que les imponen sus suaves preceptos.

Yo pudiera decirle á V. mucho sobre esto; pero sè que no me ha de oir con gusto; y asi solo le digo: que cumpla ecsgactamente los diez preceptos del decalogo, y no hará poco: cumpla con las obligaciones de su estado: conforme su voluntad con la de Dios, y creame que será verdadera virtuosa, su devocion será legitima, no contrahecha; y aunque no reze una novena en su vida se salvará lo mismo que S. Pedro: mas si, por el contrario, V. nó cuida de observar los preceptos de nuestra ley divina, si se desentendiendo de las obligaciones que le impone su estado, si solo quiere hacer su gusto por crpricho, sin sujetarse al dictamen de un prudente director espiritual, incurrirá en mil errores pecaminosos, se obstinará

en ellos, se hará una completa alucinada, faltará mil veces al amor de Dios y del prógimo, y de consiguiente, si la sorprehende la muerte en este infeliz estado, se irá á los profundos infiernos, atestada de novenas, camándulas, escapularios, medallas, confesiones y comuniones.

No crea V. que estas son mis cosas, como V. dice: son cosas muy ciertas é infalibles. La falsa devocion, especialmente entre las mugeres, es muy comun: sois estremosas, no hay remedio: si dais en malas, el mismo Barrabas no os iguala, y si dais en parecer buenas... en parecerlo digo, entiendame V. si dais en esto, sois supersticiosas, ecsteriores, monas y ridiculas hasta no mas.... Fuego y que secso tan endiantrado es el vuestro, que con dificultad se contiene en los medios, sino que casi siempre declina hacia los ecstremos! Ten cuidado, Dionisio, ten cuidado con tu muger ahora que aparenta santidad. Ya sabes eh, ya sabes que de estas que no comen miel, libre Dios nuestros panales. El diablo son estas santurronas, falsas devotas y verdaderas hipòcritas, cuenta con ellas.

No fuera malo que V. la tabiera con su lengua, mordaz, faceto, malcriado... Así se esplicaba doña Eufrosina, llena de enojo contra el lic. Narices; pero este con mucha zorna le decía: ¿que tal? me engaña de mi juicio, señoritas? Ve V. y que pronto se le escalta la bilis, y como se desahoga de la manera que puede contra mí? pues á fé que ese enojo, maldita la prueba que hace de la virtud de V. El mismo día que ha comulgado se irrita contra quien le da una lección moral, lo mismo que si le hiciera un agravio. ¡Comuniones! ¡Ah! rezos, novenas, trisagios, jubileos, visitas de cinco altares, oración mental & & pero la soberbia en su lugar, el rencor con el prójimo, lo mismo y todo lo de más, *iden* compuesto de *is*. Esto se llama, señora, traer el rosario al cuello, y el diablo en la capilla = ¡Que buen predicador va V. saliendo! yo creía que solo mi cuñado tenía esa gracia. — No, mi señora: yo también la tengo cuando quiero. Sé predicar; pero lo peor es que para V. predico en derecho. Tú Dionicio, hijo, que me escuchas con tu acostumbrada calma, pe-

netrate de mis razones: no te dejes alucinar de tu santa muger: ponte los calzones: hasta que cumpla con sus obligaciones: que atienda, que cuide de su casa y de sus criados, que no sea mitotera ni vagamunda á lo divino; y si no se reduce por bien, palo con ella que buenos lomos tiene....

¡Miren que maldito Nariguetas! decía Eufrosina, montada en rabia: groseron, malcriado, indecente: todas las cosas de V. se le parecen: mire que consejos tan endiablados le da á Dionisio! Ya se guardará de tomarlos. Si pobre de él si el diablo lo tentara á impedirme mi gusto, ni tocarme un pelo. ¡Que buenas uñas tengo para defenderme en ese caso!

Apenas dejó de reñir doña Eufrosina, cuando tomó la palabra la tía doña Maria y dijo: no hay que hacer: los tiempos estan perdidos: ya no solamente faltan los buenos cristianos de marras, sino que se enfarecen contra los que quieren serlo. Si digo yo que este señor lic., con perdon de W. ó es hereje ó no le faltan dos deditos. Arrenuncio: Dios me libre de estos sabiendos del infierno: salvo sea

el lugar... diciendo, esto, se persinaba muy seguido.

Cosquillas le hacian al lic. con estas cosas, y mas se reía cuando para coronar la fiesta, dijo Pomposita: mamá, tía: callense la boca: no hay que incomodarse demasiado con este buen señor que Dios perdone, asi como debemos perdonarlo. Jamás han faltado en el mundo perseguidores sangrientos de la virtud. Que baldones, que injurias y denuestos no sufrieron por ella los Franciscos de Asis, los de Borja, los Juanes de Dios, los Estanislao Koskas... pero ¡que mas! al maestro de la virtud, á la misma Santidad, á Jesu-
cristo ¿no trataron de hechicero y sublevador de la republica sometida al imperio del Cesar Romano? y por estas execrables calumnias no lo hicieron morir en una cruz? ¿Pues que hay que admirarnos de que este caballero nos insulte por esta misma causa? Lo que debemos hacer es seguir impavidas con paso firme el camino comenzado, sin escuchar los silvos de las serpientes, ni los cantos de las sirenas de este mundo. Armémonos, mamá y tía mia: armemonos de fortaleza en el señor,

y digamosle siempre con el Santo Profeta rey que nos libre del hombre inícuo y engañoso, *ab homine inicuò et doloso erue me*, acordandonos con el profano Horacio de que el que quiere llegar á la meza ó término de la carrera, tiene que sufrir y vencer mil obstáculos.

Esto es, señores, lo que me parece conveniente decir á W. en descargo de mi conciencia, pues; no porque presume enseñar á ninguno: no, Dios me libre de semejante presuncion: está mi humildad muy lejos de esta arrogancia: soy barro frágil, soy polvo delesnable, soy la tierra que todos pisan; pero como humana me lastiman las injurias hechas á mi mamá: sin embargo, yo por mi parte las perdono.

El discurso pedante é hipócrita de Pomposa hubiera seguido si diera lugar el lic. con su risa burlona, que fué tanta, que no pudiendo refrenarla, se levantó de la mesa, y se fué á tirar á un canapé apretándose la barriga, lo que aumentó la cólera de nuestras beatas.

Pomposita, y su madre se retiraron enojadas, y la tía doña Maria tambien se levantó de la mesa resongando unas cuan-

tas blasfemias contra el risueño lic. y se marchó sin decir ahí quedan las llaves. Don Dionisio se manifestó avergonzado por el poco fruto que sacó de su preparativo: doña Matilde y Pudenciana se afligian al contemplar el grado de delirio de sus deudas: el padre don Jayme decia que eran hamoradas pasageras: el coronel todo lo escuchaba con prudencia; pero Narices, despues que se cansó de reir, dijo á don Dionisio: no pienses, amigo, que hemos logrado poco: ellas ván como perro con cohete en la cola, ardiendo contra mí; pero van espantadas de que les he sacado á plaza su hipocrecia, y lo peor es que no es otra cosa. No te fies de tu muger ahora y menos de tu hija. Sabete que cuando yo era colegial tube unos amorcillos puramente platónicos con una muchacha inocente y á la que su madre tenia en gran concepto de virtuosa; pero no obstante, se iba á almorzar conmigo á la alameda con una prima suya cada ves que yo queria; y ¿cual piensas que era el pretesto con que salian de casa? No otro sino el de que iban á confesarse y á comulgar. De manera que sí yo he sido mas tunante

ó ellas mas locas, sucede una averia bajo unos pretestos muy engañosos. Con que no te descuidés.

El coronel apoyaba con la cabeza el consejo del lic. y doña Matilde, cansada de esta critica contra su hermana, trató de que nos recogieramos á pasar la siesta, lo que hicimos cada uno segun su gusto.

Tres horas habrian pasado quando, estando tomando chocolate en la sala, entró una criada diciendo: señores, el page dice que han matado los caballos á la niña. Facil es concebir el efecto que causaria en todos semejante noticia. Sorprehendimonos, bajamos al patio, entramos á la caballeriza y encontramos á Pomposita privada en brazos del lacayo con unas tijeras en una mano, y un manajo de cerdas en la otra: el caballo asorado todavia y sin un pelo en la crin ni en la cola, nos hubiera sido un objeto de risa, si lo permitiera la triste situacion de Pomposa, á quien subieron las señoras á la recamara, y habiendo llamado al medico á toda prisa, le proporcionaron todos los remedios oportunos.

Entre tanto que Eufrosina, la tia vieja, doña Matilde y Pudenciana, con lagrimas, gritos, y apretones de manos aplicaban á la enferma las medicinas que el medico ordenó, el cuitado don Dionisio se desgrefiaba y pateaba en la caballeriza al ver á su caballo tan mal parado, ignorando la causa de semejante fechoria: el lacayo, aturdido con las amenazas del amo, no sabia que decir: pues en realidad el pobre no vio entrar á la niña, y solo acudio á favorecerla al ruido de las coces del caballo y del fuerte grito de Pomposa.

Sin embargo de todo esto, no se aquietaba don Dionisio: lo hizo encerrar en un cuarto, con intencion de matarlo á palos, si averiguaba que habia estado en él la culpa.

Asi que calmó un poco su primera cólera, subió á ver á su hija, á la que halló enteramente buena, pues mas fué el susto que el daño que recibió. Entonces la preguntó que quien habia tusado á su caballo, porque si habia sido el lacayo, le iba á dar tanto palo que de su casa iria al hospital y de este á la sepultura. Mas que me ahorquen, decia, mas que me

ahorquen: esta infamia no la perdonaré en mi vida.

Pomposita agitada por su conciencia escrupulosa le dijo que el muchacho no tenia la culpa: que ella habia trasquilado al caballo porque no le alcansaban las cerdas que le habia llevado su tia doña Maria para hacer su silicio; pero que si habia hecho mucho mal en esto, suplicaba el perdon humildemente.

Cuando don Dionisio se impuso á fondo de que su hija habia sido la autora de semejante daño poco le faltó para afianzarla y darla una tunda como la merecia, pero se contuvo por el respeto de su cuñado y los demas señores. ¡Vean W. decia: haberme perdido esta maldita muchacha un caballo tan lindo y generoso que me costó trecientos pesos! ¡Voto áhi!

No te afijas tanto, decia el licé disimulando la risa, para todo hay remedio en esta vida. = Pero para esto no: que remedio puede haber para que le nascan las crines y la cola á mi caballo, cuando este diablo lo tuzó enteramente, y está tan feo que ya no queda para otra cosa sino para echarlo á la carga? No te hubiera

matado, condenada, que bien lo merecías? Vamos, hombre, no te apures, continuaba el lic.: dime, ¿no hay quien haga cabelle- ras y casquetes para los calvos y tiñosos? pues porque no habrá quien haga crines y colas para los caballos tuzados? Se harán, se harán, y yo me encargo de ello. Buscaremos un caballo de igual pelo, lo compraremos, se tuzará, y con sus crines y cola se suplirán las que le faltan al retinto.

Algo se serenó don Dionisio con este consejo, á cuya serenidad procuraron todos concurrir del mejor modo que pudieron. Pomposita así que vio á su padre tan enojado, tomó el partido de fingirse mas adolorida del estomago para indultarse del castigo que aun esperaba: se le repitieron los remedios, y á poco rato de su nueva convalecencia, se despidieron todos, y se retiraron á sus casas.

¿Quién no se persuadira á que Pom- posa, escarmentada con este lance en que pudo haber peligrado su vida, se dejaria de sus ridiculos fervores? pues no fué así: su vocacion no estaba pegada con oblea; era muy tenaz en sus proyectos; y así em-

prehendió otro que le salio mas caro que el anteedente, como se vera en el capitulo que sigue.

CAPITULO V.

En el que sigue la santidad de Pomposa, y su heroyca resolucion de ser hermitaña.

HABIA dado Pomposa en que era santa, y que para hacer milagros no le faltaba sino vivir en el yermo. La vieja beata con sus elogios y cuentos la alucinaba mas cada dia: nuestra devota visionaria, que no necesitaba mucha espuela, creyó que el demonio, temeroso de la guerra que ella le habia de hacer en el desierto, se empeñaba en eludir sus buenas intenciones; y así resuelta a vencer al enemigo á toda costa se decia: ¿que te detiene, Pom- posa, que te asusta. que te acobarda para no caminar por donde las delicadas Rosa- lias y Genovevas? el enemigo de las almas se opone á tus santas intenciones, es verdad; pero no sabes que, como dice S. Pedro, el demonio es un leon que ruge y dá vueltas al rededor de nosotros buscando á

quien tragarse, sino se le resiste con la fé ¿pues á que esperas, desgraciada? resistencia, resistencia es lo que ahora conviencene y no otra cosa.

¿Que me detiene para ser hermitaña? Todo lo tengo: cilicios, disciplinas, cerdas, Cristo, novenas, libros devotos, ampolleta y calavera. Estoy prevenida de todo como las virgenes prudentes, *estote parata*, pues ¿que hago aqui envuelta en las delicias del siglo, y espuesta á mancillar mi virtud enmedio de los peligros de este mundo falás y lisongero? No, ¡ya no mas dilacion! ya no mas temores, ¡ya no mas debilidad! esto es hecho: el sacrificio prometido á mi esposo es necesario consumarlo, él no será mas terrible que el de Isac, ni mas funesto que el de Jepté. Yo me voy al desierto en esta misma noche. A Dios, mundo engañoso y miserable: á Dios, placeres venenosos, gustos acibarados, compañías y amistades perniciosas á Dios para siempre.

Dicho esto, tomó la pluma, escribió un papel y lo dejó sobre su almohada. Todo lo tenia listo; pero le acongojaba sobre manera acordarse que le faltaba saco, porque le parecia cosa muy estraña vivir en

los páramos con túnico de moda; pero como no hay dificultad que no se venza en estos casos, se acordó de una carpeta vieja verde que estaba arrinconada en un ropero: inmediatamente la marcó por saco, y diciendo y haciendo, se encerró en su cuarto, y del modo que pudo hizo un túnico bastante pesado y ridículo: previno su cagita, y á la noche, aprovechando un descuido de su madre y de las criadas, se desnudó de su ordinaria ropa, la dobló y la dejó sobre la cama se vistió el saco verde, se soñó el pelo, se puso al cuello un crucifijo y en la cabeza una corona de flores de papel, tomó su cajita bajo del brazo, y se marchó para la calle con tan buena suerte que de ninguno de su casa fué sentida.

Per fortuna la noche estaba obscura, los faroles unos opacos y otros apagados, y las calles inmediatas á su casa poco transitadas de gente, con lo que le fué facil alejarse lo bastante hasta llegar á la pulquería que llaman *de los loquitos*: alli se ocultó mientras entraba mas la noche, y cuando ya serian como las once de ella, y no habia por las calles sino tal cual patru-

lla y uno que otro guarda en su puesto, llena de miedo siguió su camino hacia la garita de San Cosme: salió por ella quien sabe como; pero al fin, despues de caminar toda la noche, aquí cayendo, y allí levantando, llegó al bosque de Chapultepee, y fatigada de tanto andar, se tiró al pie de un árbol, y allí sola, triste, cansada, muerta de hambre, y llena del pavor que le infundia la lóbrega perspectiva del campo á tales horas, se entregó á las más melancólicas meditaciones. Allí lloró y maldijo mil veces su inconsideración: allí se arrepintió de su imprudencia: allí propuso volverse á otro dia á la casa paterna como otro pródigo; pero allí también reprehendió su cobardía y falta de firmeza: allí atribuyó al demonio los efectos de la naturaleza: allí se avergonzó de su inconstancia, y allí, por último, determinó morir entre las fieras del campo, antes que dar que decir á los que sabían que ya á aquella hora era hermitaña, y verdadera sierva de Dios.

Absorta con estas imaginaciones, el fuerte sueño se apoderó de sus miembros; y contra su voluntad se quedó dormida,

pero dejemosla en esta violenta quietud, mientras volvemos á la casa de sus padres, y los vemos envueltos en la mayor aflicción, buscando á su hija, la que creció cuando, despues de registrar su cuarto, solo hallaron toda su ropa bien doblada, el ropero intacto y una carta sobre la almohada que decia: „Padres y señores
„mios: vuestra hija se aparta de vosotros
„para seguir al crucificado: mi vocación
„es de hermitaña, yo debo seguirla: sé
„que con esto os desagrado; pero ¿que
„importa si con esto agrado á mi esposo?
„Dreis que os desprecio; mas no importa que lo digais si es por esta causa: escrito está que el que no desprecia ó aborrece á su padre y á su madre por el señor, no será digno de él; y así yo, sin aborreceros ni despreciaros, os dejo, os olvido, y os abandono. Con el espíritu con que el casto José dejó la capa en manos de su corrompida seductora así os dejo. A Dios, padres míos: obrad con justicia hasta la celeste Sion donde nos daremos el osculo sagrado de la paz: su amante hija. Pomposa Langaruto”

El prudente lector considerará cual

sería el sentimiento de los padres de esta niña; tales sus temores y cuantas las diligencias que harían por su hallazgo; pero todo fué en vano, pues aunque los criados corrieron por las calles de la ciudad, aunque los mismos viejos andubieron por las casas de sus conocimientos, y empeñaron á los guardas con promesas, todo fué inútil: Pomposita dormía tranquilamente en medio del bosque y sobre la dura tierra, lo mismo que en su casa y sobre una mullida cama. Tanto es la fuerza del sueño en una joven.

Aun siguiera durmiendo, si no se levantara por su desgracia una violenta tempestad, á cuyos repetidos truenos despertó nuestra devota hermitaña con bastante susto, el que se aumentaba á proporción que menudeaban los relampagos mezclados con algunos rayos, que en aquellos bosques resonaban terriblemente.

Mas hasta aqui solo el ruido infundía pavor á Pomposita; pero cuando siguió un fuertísimo aguacero y no tenía en donde refugiarse, decayó su ánimo en la mas funesta languidez.

Sin embargo, su locura la sugirió

recursos para sostenerse en medio de su temor. Creyó que su virtud era bastante para hacer que la tempestad se serenara; y así, abriendo su caja, sacó sus cilicios y una disciplina de pita: se puso aquellos muy poco apretados por que no se reventaran las cintas, y se dió unos cuantos disciplinazos suavemente y sobre el saco verde que no se quitó por la honestidad tan necesaria en aquel lugar y á tales horas.

Su fervorosa penitencia fué tan eficaz, en su concepto, que á poco rato se despejó el cielo de nubes, cesó la tempestad y volvieron á parecer las estrellas aun con mas brillantéz que al principio de la noche. Entonces, delirando con mayor vehemencia, atribuyó el natural desahogo de las nubes á un milagro patente, hecho por los influjos de su espantosa penitencia, y despues que cantó no se que cosa en accion de gracias al Criador, se postó sobre la cagita con intencion de orar por si experimentaba algunos ecstasis ó deliquios divinos.

Pero estando en esta postura, cuando hacia su composicion de lugar, oyó.... ¡Valgame Dios y lo que oyó! oyó que la

calavera que estaba en la cagita se movía palpablemente, según su frase, y no solo se movía, sino que chillaba de cuando en cuando.

El cabello se le erizó á nuestra nueva visionaria: la sangre se heló y circulaba en sus venas con mucha lentitud: sus miembros se lajaron: faltó en sus piernas la firmeza para sostener su máquina desfallecida, y repitiendo la calavera sus vueltas y chillidos, se abatió su espíritu del todo y cayó al suelo privada de sentido.

Así permaneció hasta las cinco de la mañana, hora en que pasó junto á ella un indio carbonero, acompañado de un muchacho y con una mula cargada de carbon que llevaban á vender á Mejico. Al ver á la aturdida hermitaña tirada en el suelo, empapada, con su saco verde, el pelo suelto y la disciplina en la mano, se sorprendieron, creyendo que estaba muerta, y ya trataban de pasarse de largo; pero la buena fisonomía de Pomposa obligó al indio viejo á verla de cerca, y entonces, advirtiéndole que respiraba, se compadeció de ella y apretándola el estomago lo mejor que pudo, la hizo volver en sí.

Apenas abrió los ojos Pomposita, cuando, creyendo que los dos tisnados carboneros eran algunos angeles que habian bajado de los cielos á socorrerla, clavó la vista en la tierra, se arrodilló, cruzó las manos sobre el pecho, y con una voz muy descaecida les decía: Parainfos sagrados, soberanas inteligencias, que en alas de los mansos ceñrillos habeis descendido del Olimpo para restituirme á la tranquilidad antigua: yo me prostro ante vuestra faz resplandeciente, os doy gracias, y os suplico no me desampareis en mi corta peregrinacion, pues temo que en estos páramos me sorprenda la muerte quando menos lo piense, como asalta el facineroso ladron á los descuidados caminantes.

El pobre indio que no entendió de estos despropósitos sino las últimas palabras de ladron, muerte y caminantes, creyó que nuestra beata ó habia perdido el juicio ó pensaba que él era ladron, que la queria matar, y que por esto se habia iurado á suplicarle que la dejase viva; y así para satisfacerla le decía: *amo lagron*, *magre*, *amo lagron*: que era decirle en

un mal castellano y mejicano: no soy ladrón, madre, no soy ladrón. Pero como Pomposa no sabía que *amo* en el idioma mejicano quiere decir *no*, creyó que el carbonero decía que amaba á los ladrones, y arrebatada de su ardiente caridad después de haber vuelto en sí de su primer adisparatado juicio, y conociendo que eran carboneros los que le parecieron ángeles les decía: no, hijos, no ameís á los ladrones porque os pervertireis y sereis unos de ellos: *cuan perverso perverteris.*

Los indios al oír esta gerga, se acabaron de persuadir á que la tal niña estaba loca, y así trataron de llevarla á su casa, que estaba á la salida del bosque, lo que no les fué difícil conseguir.

En el jacal ó triste chosa del indio estaba su muger haciendo el desayuno que acostumbra, cuando entró el carbonero, su hijo y la ridícula hermitaña. La india, luego que la vio, quiso correr, pensando que era muerta, fantasma ó cosa mala; pero su marido la contuvo diciéndole en su idioma que no temiera: que aquella pobre muchacha era una loquita que había encontrado en el camino, que

la cuidara, pues no se quedarían sin premio, respecto á que en aquella caja algo tenía: con esto se sosegó la india, y la comenzó á agasajar, en cuanto pudo.

Lo primero que hizo fué desnudarla de la ropa mojada, vestirla un quesquemel y huepile de su uso que estaban llenos de mugre y hechos pedasos; pero por fin estaban secos. Ya se deja entender que figura haría Pomposa tan extraña hasta á sus mismos ojos, mas la necesidad á todo nos sujeta.

Luego que estuvo vestida de india, y su ropa puesta á asolear, se sentó con los carboneros y su patrona junto al clecuile y recibió de muy buena gana un jarro de atole y dos tortillas que le dieron, lo que depositó en su estomago sin ningun asco. Tal era el hambre que tenía.

Pero no tuvo igual conformidad para sobrellevar el nuevo trage mucho tiempo; porque cada rato se rascaba no sin motivo, y sacaba la mano habilitada de lo que no quisiera. Tanta guerra le dieron las imprudentes sabandijas que apenas se medio secó su poca ropa, cuando se la puso húmeda, y se acostó á dormir en un rin-

con. Los carboneros se fueron á vender su carbon y la india se puso á tejer un ceñidor.

Mientras esto pasaba en el jaeal, doña Eufrosina estaba como se puede considerar con la perdida de su hija. En toda la noche no durmio, y luego que salio el Sol tomó la pluma y escribió una porcion de rotulones.

Ya los iba á mandar poner en las esquinas, cuando entró el coronel y leyó que decian asi ni mas ni menos: *Quien hubiere hallado una niña bonita como de quince años que se extravió anoche como á las diez de su casa, y se fué en camisa y naguas blancas, ocurra á entregarla á mi casa, y le daré un buen hallazgo.*

El coronel embarazó que se fijaran unos rotulones tan ridiculos que podian interpretar los maliciosos contra el honor de su sobrina: consoló á su cuñada, y le dictó las mejores providencias para buscarla.

Entre tanto nuestra visionaria, á causa del aguacero que habia recibido y de la humedad que absorvió su cuerpo con

la ropa mojada, se enfermó de fiebre y gravemente. Ese dia no comió, á la noche se le encendió la calentura en terminos que deliraba. Los indios se compadecian de ella; pero enmedio de su lástima abrieron la cagita, pensando hallar alguna cosa de provecho; pero los infelices se consternaron mucho al ver lo despreciable que encerraba, y se llenaron de risa al ver que saltó por encima de todos un raton: este vicho era el que por un agujero que tenia la caja vieja se metio en ella, de esta se pasó á la calavera donde chillaba, y la movia; y así causó tal espanto á Pomposita. Este fué el parto de la calavera como en otro tiempo el de los montes: un ridiculo raton. Casi todos los espantos tienen iguales principios.

Los indios socorrieron á su peregrina segun pudieron esa noche, pues no por que eran indios les faltaban los sentimientos de caridad.

Al dia siguiente, por una dicha de Pomposa, llamaron de la casa de doña Eufrosina al piadoso carbonero, y este, por un efecto de comedimiento, les preguntó que remedio seria bueno para una

ña de razon (*) que estaba loca y con calentura.

La novedad de la pregunta excitó la curiosidad de Eufrosina para indagar del carbonero tantas cosas, que al fin averiguó que la enferma era su hija.

Entonces hizo poner el coche, se fué con el carbonero para Chapultepec, y encontró á su hija, como se dirá en el capitulo que sigue.

CAPITULO VI.

Hallasgo de la hermitaña Quijotila; y peregrino desenlase de su santidad y lade su madre.

ENTRE contenta y asustada subió al coche doña Eufrosina con su marido, creyendo hallar á su hija verdaderamente loca, según lo que le habia contado el carbonero.

Luego que llegaron á la miserable

(*) Asi distinguen muchos injustamente á los indios de los españoles, llamando á éstos gente de razon como si aquellos no la tubieran.

choza de este, se apearon y entraron á buscarla.

No es menester ponderar cual seria el sentimiento de ambos al verla con su saco verde, tirada en un petate, ardiendo en calentura y delirando. Los gritos, llanto y exclamaciones de su madre eran tales que los pobres indios se enternecieron y tambien comenzaron á llorar.

Finalmente la abrigaron, la subieron al coche, dieron una buena gala á los indios, y poco á poco la condujeron á su casa.

Sin perdida de tiempo vino el medico y se trató de curarla con el mayor esmero.

Por fortuna se comenzó á restablecer hasta que quedó fuera de riesgo; aunque demasiado triste y débil.

Doña Eufrosina, para que su hija no pensara otra vez en ser hermitaña, tiró á la calle los cilicios, cerdas, saco, disciplina, calabera y hasta la caja.

No solo esto hizo, si no que para quitarle toda ocasion de que volviese á prevaricar con la virtud, (que de esta frase usaba) hizo un escrutinio de todos

los libros que habia en su casa, y habiendo recogido todos los piadosos y como quinientas novenas, se bajó al corral con ellos llamó al lacayo, mandó hacer una hoguera y cuando estaba bien encendida, los echó todos diciendo: id al fuego pervertidores del talento de mi hija. No, no mas virtud en mi casa, no mas libros devotos, no mas encierro, no rezos. Desde este instante yo haré que vuelva á reynar en el corazon de mi hija la alegría y que se divierta como siempre.

Algo se escandalizó el lacayo con esta arenga; pero mucho mas la beata, que la habia estado observando desde la azoteguela; pero ninguno de los dos se atrevió á embarazar la quemason, porque conocian el genio intrépido y dominante de Eufrosina.

Esta cumplió fielmente su promesa, pues luego que Pomposita se fué mejorando, no cuidó de otra cosa sino de darle cuanto gusto queria. Le hizo nuevos vestidos de toda moda, armó las antiguas tertulias, le permitió todo desahogo con los jovencitos que la cortejaban, y la consintió cuanto quiso.

No habia fiestas donde no la llevara: jamás faltaba de los toros, y del coliseo muy pocas noches: las amigas se multiplicaron sin número, y todas la lisongeaban á porfía, con lo que acabaron de corromper su corazon, y de llenar de vanidad su cabeza.

Ya se deja entender que el desorden entró de asiento en la casa de don Dionicio, quien como tan acobardado por su muger, no hacia mas que gastar, contraer drogas y callar. En esto paró la desmedida virtud de doña Eufrosina y su buena hija; pero ¿que otra cosa se debe esperar de una devocion falsa, ni de una virtud aparente y mal entendida?

El coronel y doña Matilde se tostaban con las locuras de su hermana y sobrina; pero no quisieron meterse en advertirla, conociendo su capricho y que qualquiera oposicion seria un estímulo para que lo hiciera peor; y así convirtieron todo su cuidado á Pudenciana, quien no dejaba de sentir ni de reir las extravagancias de sus parientas.

El coronel sabia aprovecharse hasta de los vicios de Eufrosina y Pomposa pa-

ra dar á su hija lecciones de virtud; y esta las escuchaba con amor, las practicaba con cuidado y percibia con gusto su utilidad.

Tuvo varios pretendientes: de todos y de cuanto le decian daba cuenta á sus padres, y estos le dictaban como se debía manejar. Facilmente discernia el coronel cual era el caracter de cada uno, cuales sus intenciones, cual su conducta: Hacia ver á su hija que todo era siniestro, malo, inconveniente para ella, y los despedia sin sentimiento suyo y con la mayor docilidad.

El primero de estos que la solicitó fué un moçito azucarado y sin destino. Éste le escribió una carta muy expresiva, en la que la colmaba de alabanzas, y le aseguraba su eterno amor y rendimiento.

Ella puso el papel en manos de su padre, quien le dijo: todas estas alabanzas que este te hace no pasan de unas lisonjas estudiadas para rendir tu corazon sencilló, y esta es una verdad que bien la puedes conocer sin mayor reflexion. Te dice que eres la mas hermosa de cuantas hay, que eres una deidad, que eres un

angel, que tus megillas son rosas, tus ojos soles, tu boca rubí, tus dientes perlas, tu cuello alabastro, tus cabellos hilos de oro &c. Bien ves que todas estas espresiones son mentiras, pues eres una muger humana como todas: que, aunque no eres fea, no tienes una hermosura peregrina; y cuando no pudieras ó no quisieras confesar que es asi, el espejo te haria conocerlo, por mas que no lo confesaras.

Por lo que hace, al imponderable amor que dice te tiene, y que al instante que te vio, te adoró con la mayor pasion, es otra mentira vieja de que usa esta clase de amantes. Es muy difícil por no decir imposible, apasionarse de una muger, por hermosa que sea, á la primera vista: ¿como creremos esto cuando se le dice á una muger no muy hermosa, y quizás á una fea si es rica? pues ello es que á todas se les dice.

Por otra parte: los juramentos que te hace de que será tuyo hasta la muerte son tan seguros como los que hace el jugador, acabando de perder, de que no volverá á tomar los naipes en su mano. En estos juramentos casi siempre interviene

ò la ceguedad ó la malicia del que jura. Cuando estan realmente apasionados ó ciegos por lo que aman, creen que jamás dejarán de amar á su objeto, y así se lo aseguran sin mentir però engañados, pues apenas lo poseen, cuando su amor se entibia y de la tibieza, pasa al aborrecimiento, cuando el amor no es puro. Por esto dice Mr. de la Rochefoucault: *que el amor es lo mismo que el fuego, que no puede subsistir sin un movimiento continuo, y deja de vivir desde que deja de esperar ó de temer.*

Cuando los amantes no juran por ceguedad, sino por malicia, ya se conoce su criminalidad; pero la muger prudente debe estar alerta para no fiarse de semejantes promesas en ambos casos, pues cualquier credulidad en ellas es funesta.

Sobre los rendimientos y humillaciones conque escriben los hombres es menester que las niñas estén muy sobre aviso. Generalmente todos son humildes cuando pretendientes, y por casualidad no son tiranos luego que poseen. Entoncez, satisfecha la pasion ó el apetito, reconocen los defectos de la muger: si son

ligeros, ó los toleran con prudencia cuando son capaces de esta virtud, ó los aborrecen con la persona; y si son graves, cesitan todo su odio y su venganza. Conque cuidado, hija mia: despide á este ocioso con verdad y sin descortesía, y no te fies de papelitos tiernos, sino de acciones comedidas, y de calificada hombria de bien.

Por medio del secreto de comunicar Pudenciana los suyos con sus amorosos y prudentes padres, logró que no se burlara de ella niagun seductor que su honrra estuviese en su lugar: que, aprendiendo á distinguir el mérito de los hombres, por la practica, supiera, por fin, conocer quien la amaba con sinceridad, ó quien con embuste; y, por este seguro y no bien ponderado medio, consiguió hacer su perpetua felicidad, como verá el lector si quiere leer un poco mas.



Juiciosa conducta del novio que se presentó á Pudenciana, y cordura con que esta y sus padres se manejaron hasta beneficiarse el casamiento.

ENTRE cuantos aficionados tuvo Pudenciana logró la suerte de ser el preferido un don Modesto, natural de Mexico, hombre noble, de arreglada conducta, bien empleado y verdaderamente bueno.

Este sujeto, por principio de su pretension, escribió á Pudenciana una carta que por original conservó en la memoria. Decía así: *Señorita: las bellas cualidades que recomiendan el mérito de V. me obligan á amarla. Yo deseara lograrla para mi única y perpetua compañera. = Mis deseos nada importan, si no agrado yo á V. como V. á mi. Para que me conozca y me trate, necesito visitarla; porque mi caracter no se acomoda á solicitar su mano parandome en los sahanes, rondando su calle, valiendome de criadas ni de otros medios, igua-*

mente indecorosos á V. y á mi. Por tanto, estoy resuelto á ver á su papá de V. á informarle de quien soy y á descubrirle mis intenciones; mas no daré un paso, antes que V. me diga si tiene vocacion de religiosa, si en caso contrario, está comprometida con otro ó si es de su gusto ó no el que yo la visite con este fin. = Espero la respuesta de V. entendida de que no me pesará que se la dicte su padre, pues me conformaré con ella sea cual fuere. — Entre tanto, dé V. ordenes á su amante servidor q. s. p. b. = Modesto.

Al instante que Pudenciana recibió esta estraña carta la puso en manos de su padre, quien no dejó de admirarse de su estilo; pero dijo á Pudenciana: hija: si el caracter de este hombre y sus demas cualidades corresponden á lo que manifiesta su papel, sin duda que es un hombre de bien y digno de ser marido de una muger virtuosa.

En esta carta nada se lee que tenga visos de adulacion, mentira ni malicia: la verdad la dictó y la escribió una mano firme y que no la ha dirigido la falsedad

la seduccion ni la malicia. Tu no lo conoces? -- Yo no, papá -- Jamás lo has visto? -- Jamas. -- Esta es otra nueva circunstancia. Tú no puedes decidirte ni en su favor ni en su contra, supuesto que no lo conoces. Nada te mando en el particular: sobre tu inclinacion has lo que quisieres: dile que venga ó no; pero escribele, pues una carta política no se debe dejar sin contestacion por una niña, en siendo con permiso de sus padres.

Pudenciana, muchacha y naturalmente curiosa, obedeció á su padre gustosísima, y contestó la carta en estos terminos: Muy señor mio: la política de V. ecsije que le diga que esta es su casa, y puede visitar á mi papá cantando ya con su licencia, cuando guste. -- B. l. m. de V. su att. servidora. Pudenciana.

Luego que don Modesto recibio la carta, fué á visitar al coronel, quien lo recibio con agrado; porque ni su figura ni su conversacion le parecieron despreciables. El joven se hizo ver quien era: le manifestó los comprobantes de su buen nacimiento, le dijo donde vivia, y como era absolutamente solo, y que el destino

que tenia era de comerciante pobre; aunque su principal era bastante para sostener á una niña decente.

A seguida le descubrió su corazon sin rodeos, significándole el amor que tenia á su hija, y pidiendosela para esposa, siempre que ella condescendiera.

Esto lo dijo tan breve y con tanta gracia que el coronel no acertaba á responderle en su estilo, solo le dijo: me parece V. hombre de bien: visite mi casa cuando quiera: nos experimentaremos mutuamente, quedando V. asegurado en mi palabra de que si merece á mi hija y ella lo ama, será suya.

Con este pasaporte visitaba don Modesto la casa con frecuencia: á la frecuencia siguió la comunicacion, á esta la amistad, y á la amistad, el mas tierno amor de Modesto y Pudenciana.

Cuando ambos estuvieron satisfechos de su buena y amorosa correspondencia, á un tiempo se declararon con el coronel y doña Matilde: los dos condescendieron con mucho gusto, y se verificó el apetecido enlace, al que asistieron doña Eufrosina, su marido, Pomposita y otras muchas personas.

Pasados los días de la boda, pensando Modesto que le sería tan sensible á su mujer separarse de sus padres, como estos desprenderse de ella, consultó con el coronel sobre que si hubiera que las dos familias vivieran juntas, pues á él, á mas de las ventajas económicas que le resultaban, le sería muy lisongero que Pudencianita estuviese contenta al lado de sus padres como siempre.

Don Rodrigo agradeció mucho el buen afecto de su yerno; pero le dijo que, siguiera unos cuantos meses, era conveniente que separara casa, para que su hija practicara como esposa y cabeza de familia las lecciones que le había enseñado acerca de esto; y que bien podia conciliarse la separacion de las casas con la frecuencia con que debian ó desearian tratarse madre é hija, pues, por fortuna, la casa de enfrente estaba desocupada, y si querian, podian tomarla, y así vivirían todos juntos y separados.

Modesto se conformó con el parecer de su suegro, y dentro de tres días se mudaron, sin que Pudenciana ni su madre ecstrañaran la separacion, por lo

inmediatas que estaban.

Se deja entender que los dos nuevos esposos vivian muy contentos, pues no tenían encima suegros, cuñados ni cosa alguna que los mortificara.

Entre tanto: Pomposita estaba rodeada de cortejos: unos que efectivamente la pretendian para esposa, y otros que aspiraban á su conquista sin buen fin; pero Pomposa se reia de todos igualmente. Sus gracias, su atractivo y sobre todo, el tal cual lujo que veian en su casa, aumentaba cada dia el número de sus adoradores. Los regalos que la hacian estos eran pocos; mas los elogios eran infinitos y desmedidos. Ella se sabia aprovechar de los primeros, y reirse de los segundos.

Ninguna distincion hacia entre el tuno y el hombre de bien, y cómo que á nadie amaba, no advertia quien de sus amantes pensaba con honor y quien no: á todos los trataba por un estilo.

Su prima la casada, que no dejaba de visitarla, procuraba con modo corregir sus locuras, y aun inspirar la inclinacion al matrimonio.

Una ocasion, tratando sobre esto, le

dijo: ¿en que piensas, hermana con admitir tantas visitas en tu casa, y en manejarte con cuantos hombres te cortejan con tanta familiaridad ò llaneza? Ya entiendo que solo tratarás de pasar el rato; pero, cuando esto sea, sabe que pierde mucho tu reputacion, pues ningun hombre de juicio te ha de apreciar ni tener en lo que eres al ver que con todos baylas, con todos te chanceas y familiarizas demasiado por una parte, y por otra a ninguno te dedicas á agradar en lo particular; recibiendo ademas sin ninguna repugnancia los obsequios que te ofrecen. Yo he visto ya algunas como tú, y he oido las honras que hacen de ellas los hombres: lo menos que dicen es que son unas locas, estafadoras y chasqueras. Conque mira lo que haces.

Ya lo he visto, decia Pomposa: yo no llevo otro fin sino divertirme con los hombres, arrancandoles lo que pueda, hacerlos rabiarse y echarlos noramala. -- ¡Cierto que llevas unos fines santos! -- Si no son santos; á lo menos no son tan maliciosos que no los lleven otras muchas que hacen lo mismo que yo. Pero mira,

Pudenciana: tú eres una tonta. ¿Habrá gusto como verse una muchacha rodeada de quince ò veinte adoradores, de quienes es el centro, el objeto y el imán? ¿Hay satisfacción mas placentera que verse una muger idolatrada à un mismo tiempo por muchos hombres? ¿Podran tener nuestros oidos rato mas agradable que cuando oyen que nos llaman bellas, angeles y deidades? ¿Alejandro, Cesar, Pompeyo, ni mil otros guerreros podran gloriarse de valientes delante de una hermosa que con solo un mirar de este ó del otro modo alienta un corazon, rinde este, desmaya aquel, desespera al otro y los humilla á todos? Y por último: ¿hay gloria, gusto, ni satisfaccion igual al de una bella, ante cuyo acatamiento doblan la rodilla los jovenes y los viejos, los pobres y los ricos, los plebeyos y nobles, y muchas veces los principes y los vasallos?

Tú, hermana mia, tienes talento y no negarás que es una verdad cuanto te digo; y supuesto que la conozcas y confieses, es menester que te violentes mucho para no concederme que obre con juicio manejandome como hasta aqui. El espe-

jo, Pudenciana: si, el espejo es mi cotidiano consultor y consejero. El me dice cada dia que soy hermosa, y me persuade á que aproveche los dones de la naturaleza y los ratos que el tiempo me concede. ¿Que dices?

¿Que he de decir? contestó Pudenciana: sino que á lo que entiendo, tú equivocas las apariencias con las realidades y la verdad con la mentira. Ciertó que una muchacha hermosa y con tantas gracias como tú, parece que domina á cuantos la tratan; mas yo se claramente que no es asi. Los hombres, hermana: por lo comun, quieren á las mugeres; pero no las aman. Esto es: las quieren, como el que quiere un buen caballo para pasearse en él; pero no lo aman, pues pasado el rato del paseo, lo envían á la caballeriza, y no se acuerdan de él hasta que lo necesitan, y cuando el caballo se enferma ó se envejece, tratan de deshacerse de él á toda prisa. Tú bien me entiendes; pues asi son los hombres. Ellos y las mugeres nos estan pregonando esta verdad á gritos mudos. Ahora seis años, no mucho ha, doña Ignacita, la gallega, Tuli-

tas la que estuvo en casa y otras, ¿como andaban? acuerdate: muy bien vestidas, muy servidas y muy obsequiadas de todos, y haora, ya has visto su paradero: las que no han muerto en mil miserias, andan ahí arrastrando la chancleta, ó pidiendo limosna; y ¿porqué? por que el tiempo, la enfermedad ó la mala vida que se dieron abreviaron sus dias, mancharon su tés, robaron su hermosura, y luego que sus amantes las vieron feas, olvidaron el que fueron bonitas algun dia. A un tiempo las abandonaron todos, les volvieron las espaldas, no hubo reelevo de pretendientes y entonces ¿que sucedió? la indiferencia, el odio y el desprecio ocuparon el lugar de los obsequios, el amor y los rendimientos.

Esto tú y yo lo hemos visto en la poca edad que tenemos: luego ¿que esperanzas debes prometerte de mejor escito, cuando ni eres mas hermosa que muchas de las que has conocido, ni los hombres de hoy piensan de diferente modo que los de ayer, ni tienes otros principios que los que tubieron otras, y por consiguiente, no tendras otros fines. Conque

manejate de diverso modo si quieres lograr diversa suerte.

Yo no pretendo que no ames á ninguno: eso seria querer que fueras incensurable: nuestro corazon es de carne: somos racionales: capaces de pasiones y por lo mismo sujetas al amor; pero si nos hemos de enamorar de algun hombre, sea de uno, y este sea hombre de bien, y amemoslo con un fin noble, santo y seguro. Casate, hermana: casate con quien te ame de veras y puede hacerte feliz con permanencia. Piensa en esto, y cuando halles un hombre que te aprecie tanto como Modesto á mi, no dudes entregarle tu corazon y hacerlo tu marido.

¿Yo casarme, contestó Pomposa: ni pensarlo: tú estás recién casadita, aun comes el pan de la boda y por eso te parece tan bueno el estado del matrimonio; pero que pasen estos dias, que saque las uñas tu marido, que comienze á zelarte, á reñirte y á faltar á sus obligaciones, y entonces yo te preguntaré como te va. =

No tengo esperanzas de responderte que mal; porque antes de casarme lo pensé bien, examiné el caracter de mi

esposo y el mio, y conosco que jamas le daré lugar á que me zele ni me riña, y por lo mismo me pasará siempre buena vida. No te canses, Pomposa: las mugeres hacemos á los hombres buenos ó malos. Tenga la muger prudencia y consejo en la eleccion de marido: esperiementese mutuamente los dos: consulten á la experiencia de los padres y del confesor: (*) conoscance los genios y costumbres, aspiren á ser felices el uno con el otro toda la vida: dirijan sus fines no el interes, no la libertad, no el apetito; sino el buscar cada uno de los dos un compañero que lo alivie en las miserias de la vida, un otro corazon igual al suyo en que descanse con seguridad, y un amigo inseparable hasta el sepulcro, y entonces la muger no dará lugar á quejas, riñas ni zelos á su marido, ni este tendrá valor para maltratar ni abandonar á su muger. Los dos mutuamente se disculparán sus

(*) En la eleccion de confesor ó director espiritual, deve ponerse mucho cuidado por los padres de familia; pues de una mala eleccion de estas, han venido y vienen muy malas resultas.

imprudencias, toleraran gustosos la escasez, gozarán en paz de la abundancia, y libres de recelos, asegurados en su amor y tranquilos en la calma de la buena conciencia sobrellevarán del mismo modo las cargas y sinsabores del estado hasta que la muerte los separe, en cuyo caso el corazón del que viva se llenará de una amargura eterna que disipará difícilmente, pues la memoria del consorte llegará mas allá del sepulcro, como lo vemos, y esto no sucede nunca con los amantes del calibre de los que tienes: y así, hermana, si quieres ser feliz, examina á los hombres, y cuando halles uno bueno y fino, que es fortuna hallarlo breve en estos tiempos, casate y dejate de tonteras.

¿Yo casarme? repetía Pomposa: eso sí que no: ni pensarlo. Es verdad que me solicitan algunos para muger propia; pero mira tú quieres: un comerciante que tendrá cuarenta años: un oficial segundo de secretaria: un Hacendero payo: un minero viudo con una hija de seis años: un licenciado acabado de recibirse: un medico con tales cuales créditos, y un corredor del numero. ¿Que te parece? ¿no

son excelentes personajes para mí? ¿deberé yo pensar en rendir mi hermosura á semejantes muebles? ¿Sería feliz al lado de cualquiera de ellos? Que dices? pues estos son mis novios. =

En verdad, hermana, que si te aman de veras, cualquiera de los que dices es bastante para hacerte feliz con tal que no quieras salirte de tu esfera, pues en queriendo escisir de tu marido mas de lo que pueda darte, sin duda que será tu matrimonio desgraciado; porque si quieres contentar tus deseos á pura fuerza, ó eres infiel á tu marido ó lo exasperas y en ambos casos te labrarás tu ruina.

Por eso no me quiero casar con ningún hombre que no sea Título y mayordazgo, decía Pomposa: no: en todo caso que sea mi novio rico y con seguridad; pues, que sea, por lo menos, marques; y no de aquellos de quienes dice el refran que *á las veces en casa de los marqueses, mas suele ser el ruido que las nueces*. No: yo quiero que el marques que haya de ser mi marido sea rico, y que en su casa haya tantas nueces como ruido, tanto dinero como lujo y tanta seguridad co-

no gusto; si no, hija mia, para que es casarme? me quedaré asi para lavar corporales ó vestir imagenes; pues bien sabes, que la fruta bien vendida ó podrida en el huacál.

Pues yo temo que tu fruta se pudre, dijo Pudenciana; porque tú ya no eres muy rica, y los marqueces y mayoresgos no buscan, por lo ordinario, gracias ni hermosuras en las que elijen para esposas, sino dinero á todo para sostener su obtentoso lujo. Esta es una verdad dura; mas es una verdad que solo puede contradecirla un loco. Si tal no fuera no veriamos tantas marquesas feas, tantas y sin gracia, al mismo tiempo que vemos abandonadas innumerables muchachas bonitas y de recomendables circunstancias que no hallan un enlace regular.

Sea lo que fuere, ó me caso con marques rico ó con ninguno. Pues haz lo que quisieres.

En este punto quedò la amigable conferencia de Pudenciana y su prima. Cada una abrasò su sistéma y percibieron el fruto á proporcion, como verá el que lea lo que sigue.

En el que continua la juiciosa conducta de Pudenciana, y los despilfarros de Pomposa.

PUDENCIANA y Pomposa vivian muy contentas en sus casas: aquella amada y obsequiada de su marido, y esta cortejada y querida de sus muchos adoradores y pretendientes.

Pudenciana, instruida por su padre, y lo que es mas, enseñada por el buen ejemplo de su madre, se consagrò enteramente á darle gusto á su esposo en cuanto dependia de ella, y este, necesariamente, la amaba cada dia con mas ternura.

No se notaba nunca en sus semblantes la menor displicencia; porque los dos se amaban con verdad, y escusaban con prudencia toda porfia, toda disputa que pudiera turbar la tranquilidad de sus espiritus.

Pudenciana sabia muy bien manejar-se como muger amada, reconociendo al mismo tiempo la superioridad de su ma-

rido y la dependencia necesaria que le constituia su interior; y así jamás le preguntaba á donde iba ni de donde venia, tampoco investigaba sus secretos ni le tomaba cuenta del dinero que adquiria con sus arbitrios: mucho menos, se oponía á su grito para nada, ni disipaba en lujo ni en modas el sudor de su rostro: se contentaba con la decencia á que estaba acostumbrada en su casa, y cuando don Modesto queria hacerla una gala, solia ella decirle, que no la necesitaba: que tenia suficiente ropa: que no estaban seguros ninguno de los dos de enfermarse y en este caso mejor seria hallar en el baúl cien pesos que una mantilla de punto, ó cosa semejante.

Con este modo amarraba mas y mas á su marido, quien como hombre de bien nunca abusó de la docilidad ni prudencia de su esposa. Sabia que era su superior, no su tirano: que lo debia obedecer; pero no temblar en su presencia, pues era carne de su carne, una misma con él, y no su esclava.

Como los dos conocian cuales eran sus derechos y sus obligaciones, y tenian

el talento y la disposicion necesaria para no abusar de aquellos y cumplir con estas, se pasaban una vida harto feliz.

No cooperaban poco los padres de Pudenciana, que no eran de los suegros comunes. Siempre le inspiraban á su hija los nobles y cristianos sentimientos que debian: ella los observaba con su acostumbrada docilidad, y de este modo hacia la felicidad de su esposo la suya y la de su familia.

Don Modesto no era rico ni pobre: su comercio le daba lo necesario para mantenerse con una decente mediania, la que jamás faltó en su casa con el auxilio de una tan buena esposa, que no solo sabia ahorrarse de modas y de dijes superfluos, sino que sin tocar la raya de la miseria, economizaba todo lo posible, lo que encontraba don Modesto cuando la urgencia lo pedia.

Dentro del tiempo regular tuvieron un niño que dio á luz Pudenciana con el parto mas feliz. Desde entonces se consagraron los padres á su cuidado y los aguelos estaban encantados con el nietecito que era las delicias de toda aqu-

lla honrrada familia.

Entre tanto, Pomposita se pasaba una vida bien alegre, consentida por sus padres, mimada por las amigas, y lisongeada constantemente por una chusma de aduladores corrompidos.

Ella se complacia con los rendimientos que le habian, creyendolos sinceros y fiada en su hermosura y en sus gracias, solo trataba de acrecentar el numero de esclavos, que así llamaba á sus amantes. Su misma soberbia y vanidad la preservó por mucho tiempo de ser el juguete del amor.

Como no amaba á ninguno, y solo trataba de burlarse de los hombres, creyendo que no habia quien la mereciese, no se hacia cargo del merito particular de nadie; y así no estimaba á ninguno; aunque *estafaba* al que podía, pues no rehusaba admitir los obsequios que la solian hacer de cuando en cuando. Pobres de los tontos que se sacrifican por conquistar en dones el corazon de una loca presumida! Ellos pagan de contado su necedad; pero tambien pagan ellas su locura, y á mas precio.

Pomposa, á quien todos conocian por la *Quijotita*, apoyada con el consentimiento de su madre, no pensaba en otra cosa que en pasear, estrenar y perder el tiempo y el dinero.

El bueno de don Dionisio no sabia negarse á nada de lo que querian su muger y su hija. Como hombre debil y acobardado condescendia con todas las extravagancias de su familia, y se sacrificaba por complacerla en sus mas ridiculos antojos.

El tenia sus aficciones interiores, que no manifestaba por no disgustar á las señoras, y estas, pensando que sobraba para todo, no hacian sino pedir, gastar y divertirse; pero quanto mas nos engañan las felicidades de la vida si no vinieran siempre seguidas de la pena y de la desgracia! La tristeza llega tras la alegria, y el infortunio pisa la cauda del placer y del contento. Esto nos ha enseñado la verdad misma, y lo vemos todos los dias por la experiencia.

Si los hombres y las mugeres se aprovecharan de los consejos que leen en los libros, ó de los que les dan las gentes

timoratas y su propia experiencia, no se vieran tantas familias desventuradas en el mundo; pero, por desgracia, á la hora del placer nadie se acuerda, por mas que se lo digan, de que llegará muy en breve el rato de la pena y la congoja. Tal ves un gusto labra nuestra afliccion perpetua.

La familia de don Dionicio se dió tanta prisa en disipar, que no fueron bastantes sus bienes á cubrir por mas tiempo aquel grande desorden. Su caudal habia consistido en una tienda mestisa, y una Hacienda en jurisdiccion de Cuernavaca; pero con la despilfarrada conducta de aquellas gentes, vino á deudarse como en doce años los reditos de veinte y ocho mil pesos que reconocia la Hacienda, y la tienda ya solo se concerbava en fuerza de contraer todos los dias nuevos creditos, y como ni estos, ni otras cantidades que en lo particular habia pedido don Dionicio para satisfacer los caprichos de su muger ó hija, podia pagar, y lo agitaban ya por todas partes, á tiempo que estas no cesaban de sacrificarlo, temiendo descubrirse hasta con ellas por no caer en desprecio, tomó la resolucion de abandonarlo todo, y

para ello hizo realizar quinientos pesos de efectos con perdida considerable, y cambió treinta y seis onzas de oro, todo con el mayor secreto; y con el mismo, una madrugada hizo encillar su caballo, y sin mas que su manga sable, pistolas y sus treinta y seis onzas, salió á las quatro de su casa, sin decir al criado mas, sino que volviése á serrar el sahuano. ^{sup. el reb.} A las nueve de la mañana que se levantó Eufrosina, preguntó por el amo, y aunque diciendole el mozo la hora y modo como salió, lo mostráronle demaciado, como que nunca se habia dado igual caso, no sospechó lo sucedido, y fué á levantar á su hija con quien á las once se fué á misa, de allí á una vicita, y volvieron á las dos de la tarde. Despues de haber descansado, y avisadas de estar ya la mesa puesta, preguntó Eufrosina si habia vuelto don Dionicio, y como supo que nó, entró en algun cuidado lo mismo que Pomposita; sin embargo, como no sabian aun el horroroso abismo de desdichas en que estaban sumergidas, ocomieron con desahogo, durmieron su siesta, y á las cinco se fueron al paseo. Mas como á su

bueltas preguntaran por el señor Langaruto, y se les contestara que aun no parecia, ya no pudieron esperar mas, y para comunicarle el caso mandaron el coche á mi tutor suplicandole pasase inmediatamente, y como el page, sin embargo del encargo que le hicieron de que nada dijera, con palabras á medias dió á entender lo que habia, mi tutor me dijo lo acompañase, y entrados al coche en un momento estuvimos en la otra casa, donde encontramos á todos en la mayor confucion, pero mucho mas á doña Eufrosina que en medio de su desarregladísimo manejo amaba á su marido, aunque como con aquel amor puro y prudente que se deve á tener los consortes. Luego que ella vió á don Rodrigo, con la mayor agitacion le contó lo que pasaba, diciendole la hora y modo como se salió, por lo que este, teniendo en cuenta las costumbres de don Dionicio, y las muchas ocasiones que hay en los juegos y en los bailes, de que los hombres se desafien, infirió que algun duelo lo habria llebado á tal hora, solo y con armas, asi lo dijo á su concuina, añadiendole que en tales casos los

hombres solian dejar cartas para que sus familias, y amigos se instruyeran, y que por lo mismo era bueno registrar su despacho, para que si algo alucivo se hallava, con esas noticias proceder á buscarlo con algun acierto. Aprovechó doña Eufrosina, é inmediatamente nos dirijimos á el despacho, en donde esta suplicó al coronel buscasse, por que ella no tenia aliento, y con las piernas temblorosas no pudiendo mantenerse en pie se sentó en un sofá, mientras yo alumbraba á mi tutor, el buscaba, y Pomposita seguia con sus ojos llorosos, las manos de el coronel, hasta que encontró un ochavo de papel en que con mal formados caracteres aunque de mano de don Dionicio, decia á *Dias para siempre familia idolatrada: en mí escribana de jo escrita la resolucion que he tomado, y los motivos que me impulsaron á ella, á Dios, á Dios = Langaruto.*

No tubo animo mi tutor para leerlo en alta voz, sino que tomandome la bala fué á precentarlo á Eufrosina, como Pomposita corrió á ver que era, ambas se impucieron á un tiempo, y dando un terrible y doloroso grito cayeron desmayadas.

Llamamos inmediatamente á los criados, se encargó á la ama de llaves que cuidara á sus amas, y nosotros fuimos á la escribanía que tenia la llave pegada, y se abrió, á precencia de la beata doña Maria que habia hecho don Rodrigo quedase allí por precaucion, y muy encima de todos los papeles estaban dos cartas, con el sobre, la una *A mi esposa Eufrosina, é hija Pomposita,* y la otra, *A el Señor Coronel D. Rodrigo Linarte.* Mi tutor guardó la primera, rompiendo la suya, que decia asi,, *Mi estimadísimo hermano y el mejor de mis amigos: una carta que dejo a Eufrosina encargandola la enseñe á V. le instruirá de mi determinacion y las causas poderosas que me la hacen tomar. Yo que por una debilidad vergonzosa no tube la firmeza necesaria para hacerme respetar y obedecer de mi familia, ocasionado mi ruina y la suya; Ah, y si yo hubiese seguido el ejemplo de V. y sus lecciones! no me veria hoy perdido. No digo mas por que se á quien dirijo la palabra, y solo ruego á V. por la sangre preciosa de Jesu-cristo y por los dolores de su Santísima*

Madre á quien tanta devocion ha tenido, cuide de mi familia. Ya Eufrosina no tiene marido, ni Pomposita tiene padre. V. si, V. animado siempre de una caridad cristiana cuidará de ellas, y me las socorrerá cuando le sea posible. Si la Providencia divina me volviere algún día con mejor suerte al seno de mi familia, yo manifestaré un perpetuo agradecimiento; mas si asi no fuere, ese Dios grande remunerador, compensará á V. largamente sus buenas acciones = Cuando V. y mi amable hermana dirijan sus preces al eterno, no olviden á este infeliz, que ó vá á vivir en miserias á un pais desconocido, ó cuanto antes á desender al sepulcro — Dionicio Langarulo.

Puede considerarse cual quedaríamos al escuchar esta carta: yo no encontraba que decir: la beata, lloraba amargamente apretandose los dedos y clamando á toda la corte celestial; y mi tutor despues de un rato de silencio, y diciendo,, *es preciso que ella la rompa, para ella es el sobre?* se dirijio para la recamara donde estaban madre é hija, siguiendolo yo, y no la beata que hicimos que-

dara allí para que no fuera á aumentar la aflicción de aquellas señoras. Las encontramos ya en si, y anegadas en llanto. Procuró mi tutor serenarlas, diciéndolas que todo mortal sabe, á no poder dudar, que ha ofendido á su criador que es merecedor por lo mismo de sufrir en castigo, los contratiempos de esta vida miserable, y que muchas veces nos parecían estos mas crueles de lo que son en si: que acaso no podia dificultarse que volviesen á ver pronto á D. Dionicio de quien havia encontrado en la escrivania dos cartas, una para el, en que se remitía á la otra que era para doña Eufrosina, la misma que aunque hubiera querido guardar por algun tiempo para darsela otra ocacion menos angustiada, el deseo de ver si ella alumbraba para hacer algunas pesquisas de los designios y paradero de su autor, le estrechaban á ponerla como la ponía en sus manos para que la rompiera y leyera. Doña Eufrosina, no quiso tomarla, diciendo no tenia valor para abrirla, y suplicando á don Rodrigo se la leyese. Todos nos quedamos como estatuas, y mi tutor rompiendo la cubierta con mano trémula, le-

yó de la manera que sigue.

„Mi muy amada esposa Eufrosina: mi idolatrada hija Pomposa. = Yo he amado á W. con demasiada imprudencia, y satisfecho sus caprichos en tal manera, que ha llegado el caso, no solo de agotar mis propios haberes, sino de contraer cuantiosas deudas, que me es imposible pagar. La Hacienda está valuada en cuarenta y cinco mil pesos: reconoce veinte y ocho mil, y deviendo doce años de réditos que ascienden á diez y seis mil ochocientos, solo parecen míos allí doscientos pesos; mas como tengo tomados tres años adelantados de arrendamiento, nada es mio ya, y sí soy deudor del arrendatario. La tienda gira quince mil pesos, deve al comercio veinte y dos mil, y yo devo en lo particular de cinco á seis mil pesos, por todo lo que se ve, que devo una cantidad considerable que no tengo de donde sacar, y que urgiendo como me urgen ya bastante los acredores, que estan cansados de mis repetidos plazos con que he podido entretenerlos, van ciertamente á embargarme cuanto tengo, pues que ni con muebles

de esa coche &c. puedo cubrir mis responsabilidades. — No queda á W. cosa libre, mas que algunas alajas que la consideracion de los acredores quieran dejarles — Tú Eufrosina sí tienes derecho á quedarte con el hilo de perlas y aretes de lo mismo, que tragiste tuyos cuando nos casamos; y á que te paguen de preferencia los cuatrocientos pesos de los nombramientos de huérfana que cobré tuyos en la Archicofradia del Rosario, y cantidad que hoy debes, á el consejo que con tiempo me dió nuestro hermano D. Rodrigo, de otorgarte la carta de dote que queda adjunta = Hijas mías yo no puedo sufrir el dolor y vergüenza que esto me causa, ni podré soportar el desprecio del público, al ver mi suerte, se reirá con razon de mi necesidad que la ha causado; ni puedo ya ser útil á W. en tales circunstancias. Yo las dejo encomendadas á la Providencia divina, y encargadas á nuestro honrrado hermano y único amigo D. Rodrigo á quien encargo den á leer esta para que disponga lo que convenga. El las mirará y auxiliará como padre siempre que W. no lo desme-

resean: yo se lo pido en la carta que queda con esta, y que se le mandará al momento: el cumplirá, lo conosco, no lo dudo un momento. Sugetense W. á sus consejos en todo, y lograrán ser menos desgraciadas = Yo me voy sin direccion alguna, puesto en manos de Dios, y no volveré á veros jamás, si no pudiere algun dia aliviar las necesidades á que quedan reducidas; mi ánimo es acabar mis dias en algun pais desconosido y muy remoto, con otro nombre que no sea el mio = Ya la hora de mi marcha se llega... el momento se precipita... la amargura y el dolor no me dejan aliento... á Dios esposa mia adorada... á Dios amadísima hija mia, á Dios á Dios: ya no volveréis á ver á este infeliz, cuya conducta desarreglada á sumido para siempre á el y su familia, indiscreta tambien, en el abismo de la miseria... á Dios á Dios... El desgraciado Dionicio.”

Tan luego como se acabó de leer la carta volvieron á sus desmayos madre é hija, y duró tanto el de la primera que fué necesario llamar medico, y que yo

fuese en el coche á traer á doña Matilde, la que impuesta del caso todo se afligió mucho, pero sin desmayarse, por que acostumbrada ya como su marido á recibir esos golpes con resignacion, no hizo mas que dirigir á Dios su corazon, rogándole tubiese piedad de sus hermanos y sobrina. A los esfuerzos del facultativo volvió Eufrosina; pero ni ella ni su hija dejaban de llorar, nada casi cenaron, y despues de las cuatro de la mañana fué cuando se quedaron dormidas. Asi continuaron hasta las siete que despertó la madre llorando tan fuertemente que despertó á Pomposita: inmediatamente acudió mi tutor y doña Matilde que prodigandoles caricias les decian, que era necesario no afligirse tanto, por que el crítico estado de las cosas pedia mucha serenidad para meditar lo que se determinaba respecto de intereses, que ya por la persona de don Dionicio, el coronel habia en la madrugada ido á la posta, y despachado varios correos con señas de su persona, caballo, y vestuario, para que lo buscasen con toda diligencia, y cuando encontrado no pudieran reducirlo á que

se volviera, se valiesen de una autoridad para que con pretesto honesto lo detuviesen dando aviso en el momento. Sacaron á las dos de la recamara, y llevadas al comedor se les hizo tomar chocolate, se les dieron algunas ligeras esperanzas, que las aquietaron hasta la hora de almorzar, y luego que pasó un rato despues del almuerzo, tomó don Rodrigo de la mano á doña Eufrosina, y hechandola el otro brazo encima de los hombros con todo cariño, se la llevó á la sala y haciendola sentar la dijo con el mayor agrado, Hermana mia, á la hora de esta andan por los caminos como quince hombres eceptos en solicitud de mi hermano don Dionicio, por lo que no debemos desesperar de que vuelva; mas aunque esto sea como digo, el mismo ha manifestado á V. en su carta el terrible estado de sus intereses, y que los acredores estan muy cerca de hecharse sobre ellos, cuyo golpe acelerarán tan pronto como se evapore esta última ocurrencia, y este golpe si le coje á V. en esta casa les ha de ser muy sencible. Mi hermano al dar su último paso, me ha hecho el favor de

creerme digno de encargarme de la suerte de W. y yo agradeciendoselo mucho, quiero tener el placer de acreditar que he querido siempre serle útil; y en tal virtud hermana mia, vamos ahora mismo á que se lleben á casa las camas ropa, y aquellas cosas de W. que no puedan pertenecer á los acredores, y dejemos esta habitacion, supuesto que quanto en ella hay es ageno, y que ya con buena conciencia nada puede cojerse de lo que en si contiene. Vamos Hermanita, V. tiene luces bastantes para conocer estas cosas, y no necesito decirla mucho. Vamos, no llore V. pues en esto no hay mas que mudarse V. á su otra casa, como que así ha debido contar siempre la en que yo he vivido, como yo he contado esta por mia desde que V. la habita? ¡Ay hermano! contestó Eufrosina, y quanto me parte V. el corazon con lo que me está diciendo, yo todo lo conosco, veo que ello es fuerza, pues que no hay remedio aunque vuelva Langaruto; pero no tengo espíritu para resolverme tan de pronto, yo ruego á V. que me deje desahogar, que yo le prometo por lo que mas estimo que

no pasaran cuatro dias sin que nos unáramos. A este tiempo entró doña Matilde con Pomposa, é impuestas de lo que se trataba, instaron ambas á doña Eufrosina para que fuera todo luego luego, pero ni lo que estas le hicieron presente, ni otras reflexiones muy juiciosas y oportunas que le hizo mi tutor la hicieron variar de resolución, y solo ofreció de nuevo que cumpliria su primera oferta. A poco rato nos despedimos repitiendo el coronel á las señoras Langarutos, que le avisaran de cualquiera novedad, ó cosa que se les ofreciera, y de si habia alguna noticia de don Dionicio, prometiendo hacer lo mismo por su parte.

En la tarde y otros dos dias siguientes á mañana y noche estuvimos yendo á visitarlas, consolarlas, é instarlas por que se fueran á casa de mi tutor; mas doña Eufrosina no salia de lo dicho; y la mañana del dia cuarto que por haber amanecido indispuerto el coronel no fuimos, no metieron á las ocho de la mañana al juez, un escribano, algunos acredores y otro á quien habian nombrado depositario. Tomaron á doña Eufrosina, y á al-

gunos criados declaración jurada del día y modo como se había marchado don Dionicio, y en seguida fueron entregando todo por inventario al depositario, diciendo en seguida á doña Eufrosina que en el momento debía salir de la casa con su niña llevándose sus camas, ropa de uso, cofres de ella y unas imágenes que por favor le concedieron, manifestándole que lo hacían los acredores por generosos, y no por que ella lo merecía, pues que había causado en parte la dilapidación de los bienes.

La infeliz Eufrosina en situación tan triste, tubo que implorar el favor de Matilde y el coronel, que la admitieron en su casa como habían prometido con bastante amor y caridad. Se entiende que ni á ella ni á Pomposa les faltaba que comer ni estimación; pero si, los chiqueos y contemplaciones á que estaban acostumbradas. La falta del coche atormentaba á doña Eufrosina mas que la de su marido, y Pomposa extrañaba las tertulias y visitas de sus adoradores, aun mas que sus antiguas comodidades.

Apenas pasaron tres meses en que

fué disminuyendo el llanto y la tristeza, cuando las dos, dizque para disipar la melancolía comenzaron á recorrer las casas de las amigas y trataron de establecer una tertulia para entretenerse por las noches.

No le pareció bien al coronel semejante designio, y desde luego se opuso con firmeza. Doña Eufrosina, poco acostumbrada con su marido á semejantes oposiciones, se incomodó altamente, y desde ese día se turbó la paz que debía haber sido perdurable.

Esta acabó de romperse á causa de algunos señoritos que, perpetuos centinelas de Pomposa, todos los días, todas las noches y á todas horas rondaban la casa, acechando un descuido para entrar, seduciendo á los criados y haciendo las acostumbradas diligencias para hablarle dos palabras á la niña.

Luego que el coronel fué advertido por su esposa de los desordenes que había en el particular, llamó á solas á su sobrina y la reprendió seriamente por sus locuras. El resultado fué que Pomposa entró llorando al cuarto de su madre, se

quejó con ella del duro tratamiento de su tío, ponderando y mintiendo como le pareció, con lo que consiguió que Eufrosina se irritara con su cuñado, á quien le dijo: ¿que piensa V. hermano que mi hija es huérfana de padre y madre para que así me la maltrate? Si lo hace V. por el rincón y por el bocadito que nos dá, por cierto de ello: para nada necesito pan con cordónaso, y con mudarnos noamala está todo compuesto, que á bien que cuando Dios amanece, amanece para todos. Así es mamá: prosiguió Pomposa: V. no desconfie que Dios tiene mas que dar que nosotros que pedir: su providencia vela sobre la conservacion de sus criaturas, y no abandona ni á los pajarillos, ¿como nos ha de abandonar á nosotras que somos mejores que los pájaros, segun nos dice donde dice: *multis passeribus melioris estis vos?*

Vea V. señora, decia el coronel: aquí era buen lugar para hacerle ver la mala educacion que le ha dado á esta niña, y quanto ella ha sabido imitar los egemplos que ha visto, haciendose una ignorante, presumida y malcriada....

Poco á poco, señor don Rodrigo, po-

co á poco, decia Eufrosina = sírvase V. de no maltratar á mi hija y mucho menos en mi presencia; pero ya V. y yo no hemos de hacer migas: lo mejor será errar ó quitar el banco. Vistete, niña.

Ninguna persuacion del coronel ni de Matilde bastaron á contener aquel genio intrépido y resuelto. En aquella misma hora se salieron las dos sin despedida y á la tarde enviaren por sus camas y pocos trastes.

El coronel tenia resolucion; y así, aunque previó las consecuencias de la separacion de su cuñada, no se opuso. Dejó sacar los muebles, y solo se ocupó en tranquilizar á su muger y á su hija, que estaban muy apesadumbradas por el lance.

Doña Eufrosina no se fué á hospedar á parte alguna, sino á visita á casa de Carlota, donde habló del coronel y su familia mil primores. En esta conversacion salió á plaza la economia del gasto, el mal genio del cuñado, lo chismozo de Matilde, las monerías de Pudenciana, lo ridículo de su marido, las groserias de los criados, y quanto podia conducir á que Carlota,

formando mal concepto de aquellas, casas, se pusiera de parte de Eufrosina. ¿Que buena recompensa dió esta á unos deudos que siempre la habian estimado, y que la estaban actualmente favoreciendola! Pero son otros los agradecimientos que dan las gentes, por lo ordinario, de los beneficios que reciben? Comen, beben, pasean, se divierten, y cuando salen de las casas, se hacen lenguas para descreditar á los dueños en prueba de su noble gratitud. No en valde se resisten muchos para admitir huespedes, que les aumenten gastos, que se informen de sus interioridades y que despues salgan á pregonar por todas partes sus defectos y los de su familia.

Carlota, que como se ha dicho, era una dama muy juiciosa, y amaba de preferencia á Matilde, procuró cortar tan odiosa conversacion, preguntando á Eufrosina qual era su última resolucion, y esta pregunta la hizo con harto miedo, pues temia que aquellas buenas señoras quisieran encajarsele en su casa; pero Eufrosina calmó su temor, diciendole que le comprase ó le enviase á vender un hilo de perlas muy bueno que llevaba, mien-

tras ella iba á buscar casa, porque á la tarde se habia de mudar aunque se viniera el cielo abajo. Carlota ofreció hacer la diligencia con todo empeño, y Eufrosina marchó para la calle.

Cada una de las dos concluyò felizmente su negocio. Carlota vendió bien el hilo, y Eufrosina encontró aunque no casa sola como queria; pero si una buena vivienda principal en una casa de poca vecindad, pues abajo solo tenia dos cuartos y arriba dos viviendas de las que una estaba ocupada.

Con un cargador mandaron por comida á una fonda, é inmediatamente que comieron, envió Eufrosina por sus trastes, los puso en su casa; fué á una almoneda, compró otros varios muebles, y se habilitó de la primera criada que encontró. Luego que estuvo todo corriente volvió á casa de Carlota que le dió trescientos á cincuenta pesos que habian dado por el hilo, y despidiendose Eufrosina le dió las gracias por su empeño. Carlota que no creia su dicha de verse libre de semejantes huespedes, se despidió tambien con el mayor cariño, dandoles mil abrazos apretados.

No tuvo Eufrosina la atención de dar parte á su cuñado de casa nueva; pero por Welstér y Carlota supimos su método de vida, y algunas aventuras de Pomposa, dignas de que se lean en el capítulo que sigue, para veer el fruto de una mala educacion, y peor direccion de una madre sin juicio ni talento.

CAPITULO IX.

En el que se da razon de una estraña aventura que le sucedio á Pomposita.

NADIE debe estrañar que en lo que sigue de esta verdadera historia falten algunos personajes conocidos, y se presenten otros nuevos. Esto es general en el discurso de la vida: conocemos y tratamos á muchos sujetos en diversos tiempos y lugares; pero de estos, unos se enojan, otros se van, otros se mueren, y de unos sabemos su paradero, y de otros no; al tiempo que vamos adquiriendo nuevos conocimientos de personas que sustituyen el lugar de los ausentes. Con que si esto es general, el lector, por eos-

quillozo que sea, nos permitirá que continuemos la relacion de los sucesos de Pomposa y de su buena madre.

Esta era alegre y la hija no era triste. Resucitaron sus antiguas amistades, y convocaron otras. Las diversiones, tertulias, paseos y frascas eran continuas. Los trescientos cincuenta pesos que dieron por el hilo de perlas y ellas creian serian eternos, por que nunca habian conocido la economía, se liban disminuyendo por la posta; pero los cortejos se aumentaban. Era preciso obsequiarlos con café, chocolate, aguardiente, pulque y envueltitos segun la hora y el gusto de los caballeros. Doña Eufrosina siempre fué obsequiosa y liberal, y no quisiera parecer pobre ni por todo el oro del mundo.

Con tal franqueza no solo se acabó el dinerito, sino que fueron á visitar el montepio y las tiendas varias alajitas, tunicos y tapalos del uso necesario.

La necesidad con su cara de diablo ó de suegra que todo es uno, se iba acercando mucho, y tanto, que ya subia las escaleras de la casa. No es necesario ponderar la afliccion de estas buenas se-

horas: ella crecia á proporcion que las escaceses, y ya estabau para ahorcarse, quando una niña, amiga íntima de Pomposa, que habia aprendido con escritura el arte de la coqueteria, la salvó, aunque á caro precio, enseñandola unas máximas ciertamente dignas de las señóronas de su clase.

Quisiera omitir su relacion, pero se me hace escrúpulo porque puede ser muy útil á los hombres su noticia.

Reducianse las dichas máximas á veinte y eran estas.

1. Aprecia al que tenga dinero, sea quien fuere.
2. Al que tenga mas, hasle mas aprecio, de modo que tu estimacion se mida por el caudal de tu cortejo.
3. Escacee tus favores, y procura siempre venderlos caros.
4. Fingete zelosa unas veces, y otras simple, segun te convenga.
5. No desprecies ningún obsequio sea el que fuere.
6. A los mesquiños pideles sin vergüenza.
7. A los que no den nada, echalos de

tu casa; porque hacen mala obra sin provecho.

8. Engaña al que sea bobo y se deje.
9. Aprovechate del primer ímpetu del que te quiera.
10. No creas á ningún amante; aunque haga por tí los mayores sacrificios y finezas.
11. No te apasionen ni pienses en casarte con pobre: únete primero con un negro, un gálico ó un herege, pues todos estos y mayores defectos son disimulables con la plata.
12. Mirate al espejo quando te compares, y ensayate á hablar, despreciar, favorecer y dar esperanzas con los ojos.
13. Aprecia tu mérito mas que el de todo el mundo.
14. Sé desdeñosa unas veces y otras franca, segun las ocasiones y los sujetos con quienes trates.
15. Date á deseo y olerás á poleo e torongil y á rosa.
16. Recluta cuantos adoradores puedas, y procura sacar ventaja de todos.
17. Ofreceles á todos y no cumplas á ninguno.

18. Desconfía de todos. y guardate no por honor sino por necesidad.

19. Vístete con lujo aunque no comas.

20. En todas tus correrías amorosas ten por último fin el interés.

Tan bellas máximas no podían menos que agradar mucho á Pomposita. En efecto, las aprendió de memoria y las practicaba al pie de la letra. Dentro de pocos días comenzó á percibir el fruto de su aplicación.

Lo primero que hizo fué darles su retiro á los pobretes y mesquinos, como gente inútil y pesada. A todos los demás los pelaba con bastante sagacidad. Cuando veía un cintillito, un pañuelo ú otra cosita que le agradaba, comenzaba á alabarlo á su dueño delante de otros con tanta repetición que lo obligaba á decirles *servase V. de ello, señorita*, y entonces, despues de una ligera resistencia, lo tomaba, y con un *mil gracias* quedaba pagada la tal cosa.

Otras veces con un *si yo tubiera, así que tengar dias há que estoy deseando* y otras frasesillas semejantes les arrancaba á los mis señores lo que podía.

Tambien habia ensayado á su criada para que cuando fuesen ciertos y determinados señores, entrase ella á vender lo que le diera. La criada hacia el papel muy bien; porque entraba con un tapalo de seda, por ejemplo, de los que no le habian visto aquellos sujetos á Pomposa y decía: señorita: vea V. que chulo tapalo vende doña fulana, y tan barato. A esto se seguia ver el tapalo, alabarlo mucho y preguntar por el precio: entonces respondia la criada que seis ú ocho pesos pedian por él: es dado, decía Pomposa; pero no tengo dinero por ahora: si lo tubiera, no me quedara sin él, pues lo menos que valen esos tapalos son veinte y cinco pesos. Entonces no faltaba un garvoso que metiera mano á la bolsa, y diera el dinero de contado. De esta manera se vendia Pomposa sus friolerillas cuatro ó cinco veces.

Asi pasaron algunos meses muy alegres á costa de los hobones que se sacrificaban á competencia, deseando cada un ser el poseedor de aquella belleza encantadora.

Como el pleito que tuvieron no fué.

conmigo, jamás me negaron la entrada en su casa; antes les agradaba, porque juzgaban que yo daría noticia al coronel de sus bonanzas. Ello es que con este pasaporte yo tenía lugar para observar de cerca todas sus gracias.

Pomposa y Eufrosina, cada una por su parte, procuraban sostenerse. Aquella con sus ardidés y esta con el disimulo. Yo no he visto prudencia igual á la de la buena de Eufrosina. Por lo ordinario dejaba sola á su hija en el estrado charlando con sus enamorados, y ya se debe inferir que no hablarían de sermones ni jubileos. Otras veces los veía tan separados de su hija que entre los cortejantes y ella no cabía un alfiler, y otras, la veía retozar con los jovencitos con tanta familiaridad como si fueran sus maridos. A Eufrosina, sin embargo, nada la espantaba: de todo se reía, y cuando mucho, solía decir á su hija: sociégate, niña: no seas tan juguetona: ¿que dirán los señores? A este tiempo todos la disculpaban con su corta edad, y la señora quedaba muy contenta y satisfecha. ¡A que madres!

Yo me admiraba al ver como tan in-

tima familiaridad entre ellos y ella no producía algun desaguisado funesto para Pomposa; pero es cierto que unas pasiones destruyen ó enfienan atrás. Ella se defendía no por virtud sino por vanidad.

No faltaban entre los visitantes algunos hombres de bien y acomodados que propusieron ventajosos casamientos á Pomposa, más ella todos los despreció por que tenía firme vocacion de ser marquesa, y por entonces no la pasaba mal con su modito; pero que cosa es permanente en esta vida?

Al cabo de cinco ó seis meses de esta buena vida, fueron todos los cortejantes desengañándose de que Pomposa no pensaba sino en estafar ó ser marquesa; y enfadados de su locura y mala fé, se fueron despidiendo poco á poco hasta que no quedó en la casa mas visita que un triste meritorio de oficina.

Ya se deja enterder que luego que tocó retirada aquella tropa ausiliar, el ejército enemigo la cruel necesidad se fué acercando á marchas forzadas á la casa de Pomposa.

Se volvieron á empeñar las prede-

gitas á contraer drogas; á darle plazos y mas plazos al casero, y á experimentar-se las indigencias que al principio: y no hubiera sido esto tan fatal, si no hubiera sido mas; pero, por desgracia, el maldito meritorio, el mas zonzó, el mas pobrete y despreciable, como se quedó solo en la casa se hizo el objeto de todas las atenciones y confianzas de Eufrosina y Pomposita.

Él aparentaba un amor intenso y una compasion entrañable á una familia tan decente, honrada y digna de ser protegida por un principe. ¡Cuantas veces este picaron mezcló sus lágrimas con las de Pomposa al escuchar sus infortunios y desgracias! La simple muchacha creia sus fingimientos y le manifestaba su gratitud con espresion: él aprovechó estos funestos instantes y apretó el cerco hasta rendir aquella fortaleza.

La madre, tan engañada como la hija, y por otra parte, asegurada de su alto modo de pensar, jamas creyó lo que pudiera suceder, y así les permitia unas confianzas desmedidas y les proporcionaba mas lugar del que se había menester.

Cuando el tunante conoció que la debilidad de Pomposa, no podia dejar de descubrirse, hizo lo que acostumbraba sus semejantes: dió la vuelta y no le volvieron á ver la cara.

Eufrosina no sabia á qué atribuir aquel retiro que sentia verdaderamente, y mas cuando se informó y supó que ya no estaba en la oficina en donde habia comenzado su carrera. Pomposa bien presumia lo que podia ser; pero procuraba disimular su sentimiento lo posible.

No tubo igual prudencia la naturaleza. De dia en dia se esplicaba con mas claridad, causando ansias terribles á Pomposa. Esta no pudo ménos que descubrirse con una de sus buenas amigas, quien le dijo: no te apures, niña: para todo hay remedio: yo te traere una bebida con que te cures en un dia esa obstrucción.

La oferta no pudo ser mas estimable; pero Pomposa se amaba mucho: conoció quanto valia el honor de una mujer, después de haberlo perdido: quiso á lo ménos substraerse de la pública nota y ya que no tubo vergüenza para ser madre, la tubo para mostrarse tal. Allogó en él

corazon los sentimientos de la naturaleza, se hizo desentendida al terrible grito de su conciencia, y acumulando un delito á otro, bebió el infernal licor con mucho gusto. Mas fuerase por la robustez de su salud, ó por la eficacia de la bebida, no correspondió el éxito á su deseo, sino que le hizo buen provecho. Entonces ella ocurrió á su caritativa amiga, quien prometió sacarla del cuidado.

En efecto, á la mañana siguiente le llevó un frasquito y en él unas cuantas cucharadas no se de que berrage condenado. Mandó que tomase dos á las diez del dia, dos á las cuatro de la tarde y dos á las nueve de la noche, asegurándole que si al dia siguiente no estaba buena y sana era su última voluntad que la ahorcaran. Tan cierta estaba esta maldita consejera de la eficacia de su licor!

La inconsiderada Pomposa, deseando desembarazarse prontamente del mal que la afligia, se hizo cargo que si seis cucharadas repartidas habian de obrar en veinte y cuatro horas, tomadas juntas obrarian lo mismo en mucho menos tiempo: engañada con este falso argumento se bebió

casi todo el frasquito de una vez. Ignoraba la ilustradísima Pomposa que una misma droga, ó llamese medicamento de la botica, puede ser remedio ó veneno segun fuere la dosis en que se tome; pero esta ocasion lo esperimentó bien á su costa.

A la media hora comenzó á sentir unos retortijones terribles que procuró disimular; pero como se aumentaban por instantes, no pudo disimularlos con igual entereza. Los dolores terribles, la hemorragia, las nauseas, la convulsion y síncope fueron tales que pusieron á su madre en el mayor cuidado. Se llamó al médico, y este, que no era lerdo, conoció la causa y así se lo dijo á Pomposita en un descuido de su madre. Señorita, le decia: V me asegura que es doncella; pero los efectos que veo me aseguran que no lo es, y aun conozco la causa de su mal.

¡O Señor doctor! dijo Pomposa: V es el hombre feliz del P. Almeyda, pues conoce la causa de mi mal.

El médico se sorprendió con tan inesperada erudicion; pero deseando instruirse á fondo de todo cuanto le interesaba, trató de que Doña Eufrosina le die

ya lugar, y como no era tonto lo supo hacer con disimulo.

En estos intermedios le dijo á la enferma: V. ha querido sanar de una vez, y ha tomado algun veneno activo: digame qual es por que le importa.

Entonces ella sacó de debajo de la almohada el frasquito con lo poco que le habia quedado, y se lo dió al médico. Esto lo oíó lo probó, y falló que tomado en semejante dosis era un legitimo veneno que obraba como tal; aunque no con la prontitud del arsénico.

En fin, á fuerza de leche, vomitivos, emolientes y confortativos consiguió sacarla del peligro, sin poder impedir el efecto, y lo peor de todo fué que Doña Eufrosina lo advirti; porque como no habia muchas criadas, y Pomposa contaba ya cuatro meses de enferma, salió *el mal* y lo vió su madre.

En aquel instante disimuló; pero apenas se alivió Pomposa, cuando se lo dijo y la comenzó á tratar con la mayor dureza negando a su mesa, su conversacion y añadiendo á este trato los mayores denuestos é improperios. De tal y cual no

le bajaba un punto, y no satisfecha con aspereza semejante, dió en ponerle las manos con frecuencia

Pomposita no estaba acostumbrada á estos regalos y así, no teniendo mas abrigo que sus tíos se fué un dia á su casa: contó quanto le habia pasado: el coronel la escuchó con caritativa compasion y la acogió con lástima.

Eufrosina disimuló al principio la fuga de su hija sabiendo donde estaba; pero como le hacia falta, la estrañaba; por que hay muchas madres que se atienen á sus hijas para comer, y tratan de recogerlas aunque les quiten el bien que tienen, porque en no teniendo carne el anzuelo no cae el pez. Ellas son los anzuelos, sus hijas la carne, los peces los hombres que bobamente se dejan enganar.

Ello es que la buena madre fué á casa del Coronel para sacar á su hija. Ni esta queria irse ni aquel que se fuera; pero fueron tantos los retobos y necedades de Eufrosina que Don Rodrigo no pudiendolos sufrir consintió en que se la llebara; pero antes le dijo: que se vaya la

muchacha enhorabuena mas tenga V. entendido, que va à ser enteramente infeliz y V. antes que ella tiene la culpa. Ya la hizo desgraciada en lo privado con su mala educacion, perverso ejemplo, y criminal consentimiento; y ahora quiere servirse de ella como de un medio indigno y criminal para vivir..... ¡Pobre muchacha! Ella va à prostituirse al lado de su madre y à vivir como una mercenaria de su cuerpo ¡Cuántas fueran menos infelices si no tubieran semejantes madres!

No quiso aguantar mas Doña Eufrosina y así haciendo un dengue colérico. le respondió: hermano, yo no vine á que me prediquen, sino á llevarme á mi hija ¿que le importa á V. ella ni yo? ha de dar V. cuenta á Dios de nosotras? pues déjenos que nos lleve el diablo. Conque vist te muchacha y vamonos antes que me acabe de enfadar.

El coronel, sin hablar ótra palabra la dejó charlando: Pomposa se vistió, se entró á despedir de sus tíos y se fué con su buena madre.

Continúa la desarreglada conducta de Eufrosina y la Quijotita, desatinada imbercion que le dieron al último dinero que esperaban tener, y acabó en una noche en el juego. Discurso del coronel contra ese vicio detestable.

MIENTRAS que mi tutor, doña Matilde y yo lamentabamos la suerte infeliz que iba á correr Pomposita, la madre de ella no pensaba mas que en el modo de vivir sin volver á ver para nada la cara de su cuñado, ni á nadie de su familia, excepto yo, que como sabia hacer mi papel, por disposicion de mi tutor nunca tomé partido descubierto contra ella ni su hija, con objeto de comunicarles y estar al alcance de todo lo que ocurría en su casa por si se les ofreciese cosa en que servir las, y por que cuando podia percibir que la necesidad las estrechaba, avisaba á mi tutor segun me tenia encargado, y por su orden las dejaba con disimulo en las almohadillas ó canastas de costura algunos socorros que me daba para ese ob-

jeto, y con encargo especial de que nunca dijese nada á nadie.

Como desde los primeros dias de la separacion comenzaron á tener escases; porque ciertamente nada tenian seguro; y los contertulios no concurrían por que la casa de un pobre apestá á diablo rebolcado en caño de bodegón; doña Eufrosina hechando calculos se acordó de la carta de dote que le dejó don Dionicio por la cantidad que habia cojido de sus nombramientos de huérfana; y me encargó de su cobro, lo que con la direccion y resortes del coronel que tomó empeño bajo de secreto, se logró que el juez de el concurso de consentimiento de los acredores mandase librar la cantidad que me recibí el depositario, y yo llevé á doña Eufrosina.

No puede ponderarse el gusto con que doña Eufrosina y su hija tomaron el dinero del que empezaban á discurrir la mas célebre distribucion, en lo que les fui á la mano manifestandoles que nunca necesitaban de mas juicio que esa vez, por que esa cantidad era la última que pudieran haver, y no quedaba ya espe-

ranza alguna. Las aconsejé que buscasen con empeño una beleria, chocolateria ó viscocheria que traspasar, que se metiesen allí á cuidar de su capitalito, y que mientras se adiestraban en el giro yo les auxiliaria lo posible, principalmente para las compras de la calle. Hicieron buenos gestos cuando pensaban en esto de manejar el cebo, las panochitas, los cohetitos y demas menudencias que se espendeden en las belerias; mas por último demostrandoles yo, que peor que todo eso era el morir de hambre, mendigar ó prostituirse, se determinaron á tomar mi consejo, y quedaron resueltas á buscar desde el dia siguiente una casa que traspasar, y me encargaron la solisitase.

Me fui y conté á mi tutor la buena disposicion que tenian, de lo que doña Matilde se alegró mucho; pero el se sonrió, meneó la cabeza, y dijo „la cosa es muy buena en las circunstancias de esas santas, mas dudo que lo hagan, por que allí no hay cabezas” le repuse que yo creia que lo harian por que ya la fortuna les habia dado buenos golpes, yo les habia demostrado que no tenian ya otra esperanza, y

ellas convencidas de todo se habían resuelto á tomar ese nuevo modo de vivir para no esponerse á perecer otra vez, y el coronel contestò „todo está muy bueno. quiera Dios que tenga efecto, tan laudable proyecto.”

Al otro dia salí empeñado á buscar casa de comercio a proposito para que la traspasaran, y tubé la chiripa de encontrar con una viscocheria y chocolateria en la calle de la merced, que tenia su vista al oriente, una habitacion interior de dos piezas y su cosinita con uso del patio, que ganaba ocho pesos cada mes, vendia el dia que menos doce pesos, querian cien pesos de traspaso, y de existencia tendria trescientos. Créi no podia darse cosa mas análoga, y que allí asegurarían su subsistencia viviendo frugalmente, y muy contento con tales ideas me fui á avisarles á las cinco de la tarde, pero qual seria mi sorpresa y disgusto, al vér que ya habian empleado mucha parte del dinero en cortes de tunicos, tapales, medias, bretañas, canapes de móda, rinconeros, sillas, tocador, & &c. Les reclamé aquel despilfarro, y me contestaron que tenían ne-

cesidad de todo eso, por que no habiendose criado en la miseria, no podian privarse de cosas tan precisas, ni querian verse despreciadas de todos, pues que la gente pobre hiede á mula y zopilote muerto: y terminaron con decirme que no me apurara, por que aun les quedaban doscientos cincuenta pesos. Hiceles presente que habian cometido una gran locura, por que nada de aquello les urgia, y debieron primero asegurarse de una cosita que les diera el pan de cada dia, y de la que despues podrian ir sacando proporcionalmente para ropa y algunos muebles indispensables. Oyeron todo con mucho disgusto concluyendo con decir que el dinero que les quedaba ya no era bastante, para tomar la casa que yo les proponia, y que por lo mismo se resolvian á buscar otra de menos precio.

Acabamos nuestra contestacion, quando empezaron á entrar algunas de sus antiguas amistades, que habiendolas visto casualmente por la mañana en la compra de la ropa y demas cosas, calcularon, y muy bien, que era tiempo de volver á divertirse algunos dias á costa de aquellas

seleberrimas tontas. Cada uno á su vez preguntaba el origen de aquella *bolichada*, decian que se alegraban de tan buena suerte, daban sus consejos para la mejor inversion que debia darse á aquel *gran caudal* que les quedaba, y remataron con que para celebrar tan buena ventura, era necesaria una diversioncita aunque fuese casera, y quedó esta concertada para la noche del Domingo inmediato, encargandose cada uno de combidar á algunos conocidos, y doña Eufrosina de prevenirles una merienda, y buscar músicos que no fueran chambones.

A las oraciones me despedí y retiré de aquella casa de locos, lleno de tristeza por contemplar que Eufrosina y su hija iban á dar al trasto en pocos dias con aquel dinero, que aunque poco, pudo darles que comer por algun tiempo, si hubieran sido capaces de juicio. Luego que llegue á casa conté á Don Rodrigo y su esposa cuanto habia pasado, se desazonaron bastante y el coronel dijo: pero que quieren W. que hagan dos personas, que nunca han conocido la economía, que no han hecho mas que gastar sin

saber lo que gastaban, y que jamás hubo quien les dijera en el mejor tiempo, el modo de manejarse para no cometer tantos desatinos como han cometido y que han ocasionado su ruina. Es preciso decir y repetir muchas veces para gobierno y aprovechamiento de las Sras. mugeres, y particularmente las casadas, que sin virtudes domésticas no podrán nunca ser felices, ni hacer dichosos á sus maridos é hijos; pues las virtudes domésticas, no son mas que la práctica de las acciones útiles á la familia que vive reunida en una casa. Estas virtudes son la economía, el amor paterno, el amor conyugal, el amor filial, el amor fraternal y el cumplimiento de los deberes de amo y criado. La economía es la buena administracion de todo lo que concierne á la existencia de la familia ó de la casa; y como la subsistencia tiene en ella el primer lugar, se ha contrahido especialmente la palabra economía al empleo del dinero en los objetos de las primeras necesidades de la vida. La economía es una virtud, por que el que no hace ningun gasto inútil, se encuentra siempre con un sobrante que es lo que

constituye la verdadera riqueza, y por este medio se proporciona, y á su familia todo lo que es verdaderamente comodo y útil; sin contar que por este medio se aseguran algunos recursos contra las pérdidas accidentales é imprevistas, de suerte que cuantos de él se rodean viven en una dulce comodidad que es la base de la felicidad humana. Por el contrario la persona que cae en los vicios de disipacion y prodigalidad, viene á verse privado de lo necesario, cae en la pobreza, la miseria y el abatimiento; y sus amigos mismos temen verse obligados á restituirle lo que ha gastado con ellos ó por ellos, le huyen como el deudor huye de su acreedor, y queda abonado de todo el mundo. el amor paterno se esplica en el cuidado continuo que tienen los padres, de hacer contraher á sus hijos el hábito de todas las acciones útiles á ellos y á la sociedad. Los hijos con tales hábitos se proporcionan durante su vida unos gozes honestos, y auxilios que se hacen sentir á cada instante, y que aseguran á su vejez los apoyos y consuelos oportunos contra las necesidades y las miserias de

todo genero que agovian esta edad. Pero por desgracia muchos padres se estrañan en esta parte, no aman á sus hijos, sino que les acarician, les satisfacen todos sus caprichos, y los echan a perder. Esta fué la conducta de mi desgraciado hermano Don Dionicio, y este el origen de que esas pobres mugeres no tengan hoy cabeza para nada útil, y solo piensan en despilfarros.

Habiendo callado mi tutor, le dijo Doña Matilde todo es una verdad muy sensible para mí, porque veo que ya no tiene remedio la última ruina de mi hermana y sobrina, pues solo Dios, como se lo pido, puede hacerlas entrar en acuerdo y mantenerse honradamente, y sin las congojas que consigo trae ese modo de vivir tan desarreglado.

El domingo inmediato estube á las oraciones de la noche en casa de doña Eufrosina, en donde ya encontré una concurrencia que no esperaba, con una música regular, y á las señoras de la casa con todos los atavíos del gran tono. A poco comenzó el bayle que rompieron Pomposita y un oficial que estaba allí ha-

siendo el primer papel, siendo acreedor tambien del primer lugar en islas Marianas, por sus notorias costumbres pues pertenecia á una pacotilla de léperos de casaquita y fraquesito, que llamaban *el manojito*, y vivian á espensas de los tontos que los admitian en sus casas para sus diversiones, en las que por modo de broma y *asi pega* se embolzaban las cucharas y tenedores, cambiaban sus repelos de sombrero con los buenos que llevaban los hombres decentes, dejavan sus otates y se llevaban buenas cañas y paraguas, y á ese modo hacian otras travesuras de ingenio, con que se abilitaban para sus necesidades de burdel &c. &c. De esa partidita habia en la divereion de las Langarutos, unos cinco ó seis, que todos á su vez bailavan, cantaban y brincaban, comian y bebian sin tino y sin taza, antes de la merienda, en la merienda, y despues de la merienda. Esta fué muy carera pues doña Eufrosina ni su hija querian heder á pobres, sino quedar bien en su fiesta aunque el dia siguiente fuera necesario empeñar algo para comer. Yo aunque al principio me incomodé con todo aquel desbarato, con-

veneciendome de que no tenia remedio, me hise el ánimo de divertirme bailando y contradanzas, que es lo que me agrada por lo que aprovecha el ejercicio.

Al concluir una de ellas fui á sentarme, y observé entre la concurrencia una señora de ochenta años, otra de sesenta, y otra de cuarenta, con una sobrina suya de veinte á veinte y dos. Cierta insinúo hizo que me arriniasse á esta última, la cual me dijo al oido: ¿qué le parece á V. de mi tia, que con su edad quiere tener cortejos, y hacer la nifita? No tiene razon, le dije, que eso en quiea es bien es en V. Poco despues me puse junto á la tia, y me dijo esta: ¿no ve V. esa vieja que cuando menos, ha cumplido los sesenta, y ha gastado hoy mas de una hora en tocarse? Pues pierde su tiempo, le respondí, menester sería que tubiera el mérito que V. para pensar así. Arriníome á la desventurada sesentona, doliendome en el alma de su suerte, y me dice al oido: ¿hase visto cosa mas risible? vea V. ese carcaman, con mas de ochenta años poniendose pintitas encarnadas, y haciendole la criaturita, y se sale con ello, por que

se ha vuelto á la edad de los niños. ¡Ay Dios mío! dije para mí, ¿no veremos nunca mas extravagancias que las del prójimo? Acaso es dicha, añadi luego, que nos consolamos con las flaquezas ajenas. Como estaba de buen humor, dije: bastante hemos subido, bajemos ahora y empecemos por la mas vieja que está en el testero del estrado. Señora se parece V. tanto á esta otra dama con quien acabo de hablar, que yo me habia figurado que era su hermana, y creo que son W. de una misma edad con corta diferencia. Es cierto, caballero, me dijo, que cuando se muera una de las dos, mala se la mando á la otra; por que presumo que no hay dos dias de diferencia entre ambas. Oida esta decrepita, me llevo á la de sesenta, y le digo: es menester señora, que falle V. una apuesta que acabo de hacer, por que he apostado que V. y aquella señora (señalando la de los cuarenta años) tenían la misma edad. A fé mia, me respondió, que creo que no hay medio año de diferencia. Bien va; continuemos. Fui mas abajo, y acercandome á la de los cuarenta, hagame V. favor, señorita, de decirme si se chan-

sea cuando llama sobrina aquella señorita que está allí. Fan niña es V. como ella, y aun tiene ella en la cara un no se que aviejado que no hay en la de V. luego esas megillas color de escarlata tan vivo, ese... Ohiga V. me respondió, de veras que soy su tia; pero su madre tenia veinte y cinco años largos mas que yo, por que no eramos de la misma edad, y he oido decir á mi hermana que habia nacido su hija el mismo año que yo. Bien lo decia yo, señora, y no sin razon estrañaba tanto el parentesco. Esta ocurrencia me hizo entender que las mugeres que se ven morir poco á poco perdiendo su hermosura, querrian retroceder asia su juventud. ¡Ha! ¿pues como no han de anelar por enganar á los otros, cuando se afanan por enganarse asi propias, y safarse de la mas triste de todas las ideas, que es para ellas, la de afearse y enviejarse?

En estas reflexiones estaba yo distraido, cuando me llamaron la atencion infinidad de palmoteos que daban *los del manojito* gritando desde la puerta que entraba á la pieza donde habiamos merendado, ¿señores, y señoritas, aqui hay

otra diversion para los aficionados; Morales ha puesto el montecito con cincuenta pesos. En el momento se metieron á dicha pieza y los siguieron algunos concurrentes picados de la araña, y á poco doña Eufrosina fué tambien diciendo que iba á ver si sacaba los costos de la diversion. Lo que debia temerse de que jugara una señora que no entendia mucho de eso, y que se iba á poner con los maestros de Virjan como tahures y fulleros de profesion, me hizo seguirla y aconsejarla no hiciera tal disparate, mas nada fué bastante á contenerla, y fué el resultado que aturdida con las primeras perdidas se cegó y poniendo paradas de consideracion, antes de hora y media, no le quedó ni medio, ni mas recurso para pagar á los músicos, que empeñar al dia siguiente alguna ropa, por que hasta las alajitas habian ganado ó robado ya los picaros del manojito que todos hacian mala á su compañero el montero, cometiéndole cuantas faltas y grocerias les eran peculiares, negando á doña Eufrosina algunos pedidos que hacia para seguir jugando, y contestandole que solo presta-

ban sobre Pomposita.

Esto desazonó enteramente á madre é hija, y los concurrentes que lo adberbian se fueron saliendo, así como los señores del manojito, que á mas de su mala ganancia se llevaban ya algunas servilletas y pañuelos en la bolza, segun lo tenian de constumbre; y yo que vi en mi relox que ya eran las once largas, aflijido por que me habia distraido tanto, y por que se habria incomodado justamente mi tutor, me despedi y fui con violencia á casa, donde solo me aguardaba el portero para abrir el sahan, que serrado á mi satisfaccion, me fui á acostar, y dormi hasta las nueve del siguiente dia, por no estar acostumbrado á desvelarme.

CAPITULO XI.

Noticia de donde esta D. Dionicio, y su nueva fortuna. su llegada á Méjico, nueva conducta que entablo. Por su muger é hija cae en una cama, y muere. Ingratisimo modo de obrar de Eufrosina en ese lance..

COMO me levanté tarde no pude ó tu-

be ocasion de decir nada hasta el medio dia en la mesa á que casualmente asistieron ese dia Pudenciana y su marido. é impuestos todos de cuanto desorden habia visto en casa de doña Eufrosina el dia anterior. se lamentaron todos de las desgracias que eran consigüientes á esa conducta, y mi tutor tomando oportunamente la palabra dijo: toda la conducta de esas miserables, me parte el alma, y mas por que veo que no tiene remedio; pero ya que me dan ocasion, diré á ustedes lo que he observado muchas veces con respecto á la odiosa, y criminal pasion del juego. A instancias de algun concurrente se permite por una sola vez y después de muchas instancias un rato de monte. Este rato se prolonga mucho mas de lo que se creyó al principio, y ya está hecho el daño, y abierto el camino á uno de los mayores azotes que pueden sobrevénir á una familia. Un solo hecho de esta especie basta para contraer una afición, que crece con los años, nunca se estringue, y que conduce al crimen, á la ighorancia, á la pérdida del reposo, y á un fin trágico y deplorable. Si se hubiera trata-

do de inventar el medio mas eficaz de despojar á la muger de sus gracias naturales, no hubiera podido hallarse uno mas á propósito que el juego. La muger que le cobra afición está en un frenesí habitual, en la mas anciosa inquietud, en un anelo continuo que la priva para siempre de la aptitud de ocupaciones serias y útiles. Ni siquiera le queda el derecho de escijir las consideraciones y preferencias que se disfrutau en toda sociedad á las señoras, por que el juego requiere una completa igualdad, y los jugadores de profesion la miran como su víctima si pierde, como su enemiga si gana y en todos casos como su complice. Cuando esta perversa propension se ha echo dominante. no se como se pueda poner esto á la inmoralidad y al desorden, ni creo que pueda haber sombra de estabilidad en las relaciones públicas y privadas. Las inclinaciones mas depravadas, el embrutecimiento, la chocarrería, las libertades mas grosoras é indecentes, deben ser y siempre son las compañeras inseparables del juego. La degradacion que imprime á el alma, aletarga sus facult-

tades. la condena á ejercitar su comprensión en la mas despreciable de las futilidades, y dandole el convencimiento de su propia bajeza, le quita los medios, y el deseo de salir de ella, y de emprender la menor reforma. Se me figura que este vicio es propio y el más eficaz instrumento para ejercer sobre el hombre el mas absoluto despotismo, por que interesado este en convertir á el hombre en máquina puede inventarse un medio mas seguro que el que lo reduce á fijar toda su atención en las vicisitudes del azar, y en los movimientos de unos cartones pintados. Hablo solo con mi familia, y creo ninguno de ella es capaz de venderme, por decir con franqueza mis sentimientos, y con tal seguro dire, que en mi juventud, vi que el juego llegó á ser una de las horribles calamidades con que los agentes de la tiranía habian inficionado mi patria; pero esta, si no en la presente lucha, aunque mas tarde, hade ser libre á costa de cualquiera sacrificio, y esta consideracion solo es bastante para imprimir el sello de la proscripcion, y de la ignominia á un pasatiempo mas destruc-

tor que la guerra mas desoladora; y dejarnos el tiempo espedito para educar á nuestras familias y formar buenos ciudadanos que ya serán nuestros hijos, y muy particularmente las mugeres, que son las encargadas de hacer las primeras impresiones á la infancia.

Asi discurrió el coronel sobre el maldito juego, y seguimos hablando del estado de angustia en que estarian las señoras Langarutos, cuando al terminar la mesa metieron á D. Rodrigo dos cartas que conducia el cartero, y vió una grande que venia de Chihuahua y tan abultada que su porte eran cinco reales, y la otra de Puebla por el porte de dos reales; pagó ambos y llamandole la atención la primera por lo abultado y por ser de un punto en donde no tenia ninguna relacion, la rompió, y con admiracion dió un grito de sorpresa, „D. Dionicio, D. Dionicio“ todos nos sorprendimos é interesamos en saber cual era la suerte de aquel hombre, y el coronel apartando una carta que venia para doña Eufrosina, otra para Pomposita y otra para un comerciante, leyó la que á el se dirijia y decia asi.

„Señor Coronel D. Rodrigo Linarte
 = Chihuahua &c. = Mi muy amado her-
 mano y mejor amigo: cuando la triste si-
 tuacion á que me redujeron mis pasados
 desordenes, me hicieron separar de mi
 casa y familia, el volver á ella era de lo
 que menos esperanza tenia: el despecho
 me conducia errante y sin destino, y era
 inevitable perderme; pero la providencia
 divina que ha escuchado seguramente las
 oraciones de V. mi hermana y sobrinos, me
 preparó el remedio de mis males. Yo con
 el caracter de soltero y con el nombre de
 Pedro Murguia me destiné en Durango
 en un tienda por el mezquino sueldo de
 cien pesos anuales, con el que sufrí un año,
 y concluido me subió mi amo cincuenta
 pesos mas; pero habiendole escrito un co-
 merciante de Chihuahua que un amigo su-
 yo necesitaba un cajero de confianza y
 que daría 250 pesos, me lo propuso y yo
 que deseaba a cjar me todo lo mas posible,
 acepté, y marché á los tres dias. Llegué
 á mi destino y me encontré con que mi
 nuevo amo era un español solteron, viejo
 de 60. años, que tenia una tienda con co-
 sa de ocho mil pesos, una casa propia, y

una haciendita que valia treinta y cinco
 mil; pero me enfrie cuando oí que se lla-
 maba Don Ambrocio de Langaruto, sin
 embargo resuelto á ocultar mi nombre
 comenzé mis trabajos como hombre que
 no desconoce los negocios, de que resultó
 que á pocos meses me dijera mi amo „D.
 Pedro, yo estoy viejo, no tengo aqui pa-
 riente alguno que vea por mi, y V. ha
 simpatizado conmigo, á mas que le veo
 amor al trabajo; desde hoy se encarga V.
 del cuidado y administracion de todos mis
 intereses; veame V. como un amigo, que
 yo quiero serlo de V. y no le ha de pesar”
 Yo le ofrecí cuanto me esijia, y desde
 entonces comensé á manejarlo todo con la
 esactitud y fidelidad que debia. En las
 conversaciones familiares que despues tu-
 bimos, descubri que mi amo era herma-
 no menor de mi padre, que vinieron jun-
 tos de España, y que por una riña que
 tuvieron, se separaron, mi padre quedó
 en esa Ciudad y D. Ambrosio se vino á
 esta, sin que jamas volvieran á comunicar
 se, de ningun modo. = Consiva V. como
 quedaria con tal noticia, y la incertidum-
 bre en que entré de si me descubria, ó no;

pero me resolví á lo segundo, y así me mantube hasta ahora hace dos meses, que mirando que ni amo se agrabaya de sus achaques avituales, y concibiendo alguna esperanza, me determiné á descubrirme, valiendome de poner con disimulo encima de su papelera, mi partida de bautismo que tube cuidado de traerme en mi fuga, para que en caso de morir ella dijese quien yo era y avisaran á mi familia. Tan pronto como la ley, comencé á gritar *Dionicio, Dionicio*, y yo temblando y anegado en llanto acudí á verlo; ya lo encontré parado y que iba á buscarme, me heché á sus pies, se los besé por que veia en el la imagen de mi padre, me alzó, nos abrazamos, y cuando estuvimos desahogados le conté mi historia: el me prebino dispusiera mardar por mi familia á toda costa, y así lo abria yo hecho, si no mi tio cayera gravemente malo á los tres dias, se fué poniendo peor cada dia, hizo su testamento en que me dejó de su único y universal heredero, y murió hace mes y ocho dias = Hice sus funerales como correspondia lo mismo que sus honrras: y determinado luego á volver

al seno de mi familia, he traspasado la tienda, de lo que mando á V. la adjunta libranza de tres mil pesos que me hará favor de poner en manos de mi Eufrosina, para que ella y mi hija lo reciban como una prueba de mi amor, y de la mejora de nuestra suerte = Solo aguardo á que me den el valor de la casa y Hacienda en el mes que he dado de plazo, é inmediatamente salgo para esa, en donde tendré el gusto de acabar de pagar á mis acredores, y de abrazar á V. á mi hermana y sobrinos, y manifestarles de mil modos mi reconocimiento y cariño; y entretanto mande V. como gusté á su apasionado y agradecido hermano que ancia por verlo y atento b. s. m. = Dionicio Langarutó?

Todos nos llenamos de alegría, y mi tutor me mandó que inmediatamente lo llebase á casa de doña Eufrosina y Pomposita, á quienes encontramos llorando por que no tenian ya esperanzas algunas para remediar sus necesidades: luego que vieron á D. Rodrigo, procuraron disimular su estado lo mejor posible, y despues de saludarle entre humillacion y orgullo que disimulé el coroneel les dijo que ya estaba

Instruido de la situación en que se hallaban, y que para ellas, era conductor de un gran consuelo que les enviaba la providencia como lo verian por las cartas que les entregaba, así como les entregaria al dia siguiente tres mil pesos que esperaba le darian de la libranza por que era para buena casa.

En el momento que leyeron sus cartas comenzaron las alaracas y privaciones &c. se les auxilió lo necesario, y dejandoles mi tutor veinte pesos nos retiramos despues de recibir muchos agradecimientos y abrazos. Al dia siguiente se cobró la libranza, y yo fui comisionado para entregarles el dinero que recibieron con quanto gusto se puede imaginar, é inmediatamente mandaron por un coche y me estrecharon á que las acompañase metiendo al coche dos mil pesos. Yo les preguntaba que que iban á hacer, que er menester meditar cualquiera cosa, y se fueran con tiento en gastar por que no sabiamos si la providencia dispodria que fuera el último socorro. A todo contestaron con que siendo otra vez ricas, no les correspondia la casa que tenían ni lo

no lo demas, y marchamos previniendo ellas al cochero fuera á andar por las calles principales y que donde viera cédulas de casa vacía allí parase. Por mas que yo les decia en el camino nada bastó á disuadir las antes me dijeron que era un nécio, que habia formadome por las ranciedades de mi tutor á quien le atribuian ser un miserable. Quise distinguirles la miseria y mezquindad, de la economia que usaba mi tutor, que justamente huía de la prodigalidad y despi farro. Todo lo escuchaban como quien oye llover y no tiene á que salir, y en estas y las otras paró el coche en la calle de Vergara y entramos á una casa que estaba de traspaso porque la familia que la ocupaba se iba fuera, por cuya razon tambien vendian algunos muebles de lujo. En dos por tres aquellas cabezas volcánicas ajustaron el traspaso de la casa en cuatrocientos pesos, y en ochocientos los muebles, y me encargaron hiciese al cochero subir el dinero, del se pago lo tratado, se recojió recibo, se convinieron que al dia siguiente recogian todo, y hasta el portero de la misma casa quedó ajustado de cuenta de las Langa-

tutos, y nos volvimos al coche con los ochocientos pesos restantes que se quedaron dentro de hora y media, en distintos cajones de ropa de que fué el coche bien habilitado.

Tal principio tubo la buena fortuna de aquella familia. Al otro dia fueron á recibir la casa y se mudaron en el momento, mandaron imprimir papeletas y las repartieron á todas las personas particulares de sus antiguas relaciones y amistades. De que resultó que el sindico del concurso de D. Dionicio tan luego como supo todo esto solicitó se embargase lo que tenia la familia, y fueron al efecto á la Calle de Vergara, por que Eufrosina queriendo ó no mandó llamar á mi tutor, quien fué á ver al sindico y manifestandole la carta del deudor le persuadió que dentro de poco estaria aquí y pagaria lo que restaba pues que no lo habia olvidado. con esto se contubo el embargo; y como este servicio del coronel obligaba las consideraciones de Eufrosina y Pomposita esa tarde mandaron por un coche y fueron á visitarlos lo mismo que á Pudenciana y su marido. En am-

bas casas recibieron los mejores consejos para su posterior conducta; mas ellas era lo menos en que fijaban la atención. Al siguiente dia mi tutor donña Matilde don Modesto y Pudenciana fueron á pagar la visita, aunque con repugnancia del primero pero venciendo se por que no Don Dionicio los encontrase desaveidos y entendiese todo lo ocurrido con su familia, pues que ésto seria un gran pesar para un pobre hombre que venia de nuevo á comenzar su vida después de algunos padecimientos. Con aquella visita quedaron ya corrientes en su amistad.

Al mes y medio llegó D. Dionicio Langaruto, parandó en la casa de mi tutor de donde pasó á la de Pudenciana y rogó que lo acompañásemos todos á la suya y montauo en el mismo coche de camino en que el habia venido solo. obsequiamos su voluntad. Pomposita que estaba en el balcon, luego que vió parar el coche, gritó á su mamá y ambas bajaron hasta el patio donde ya nos encontraron. Madre é hija sin hablar palabra y bañadas en llanto se abrazaron de don Dionicio que quedó echo una estatua, y sus ojos

rompieron en deliciosas lágrimas, gozando todos la mas placentera felicidad en aquel momento, que creian el mas dichoso de su vida. Mi tutor, su esposa, don Modesto y Pudenciana con ojos humedecidos y con la ternura que inspiraba la escena, los hicieron caminar y subir á la sala donde poco a poco fueron respirando, y repitieron los abrazos y las mejores palabras de amor y sensibilidad. Los criados que trahia don Dionicio tan pronto como descargaron el coche, de cuya comision me encargué, y que colocaron este y las mulas en su lugar, sabieron á ofrecerse á sus amas á quienes los recomendó Langaruto diciendo que habian muchos años servido á su tio con fidelidad, y reconocido se los habia trahido en su compañía.

Comimos allí aquel dia y nos retiramos hasta las nueve de la noche con repeticiones de abrazos, lágrimas y ofertas. Al dia siguiente á la hora de almorzar llegó d. Dionicio, y á poco avisaron que estaban allí sus criados con unos caballos y al momento nos suplicó bajasemos á nosotros, y ya en el patio dijo á el coronel que

no creeria que lo amaba como hermano y amigo si no recibia aquella pequeña demostracion de su voluntad y reconocimiento, que un caballo retinto, que allí estaba era para mi tutor, y tordillo redondo para don Modesto, un Rosillo para doña Matilde, un colorado saino para Pudenciana, y un moro para mi. Todos resistimos lo posible este obsequio, aunque á mi se me iban los ojos tras el moro que era de la mejor estampa, aunque parecia el inferior entre los cinco, y por último á las instancias, los recibimos dando muy expresivas gracias.

Subimos á almorzar para lo que se convidó á Pudenciana y su marido, y en la mesa contó quanto le habia pasado desde que se separó de su casa, y con el lyó dando gracias á Dios por todo, y diciendo, „la experiencia me ha dado á conocer quanto mal me manéjé en la primera época de mi fortuna, y hoy estoy resuelto á llevar nueva conducta segun me lo aconsejó y encargó en los últimos momentos de su vida mi tio y bien hechor; pero para celebrar mi nueva fortuna, quiero tengamos un dia de campo, entre los de nuestra fa-

milia y al que no concurrirán mas estranos que dos amigos de toda confianza. Hoy mismo he pasado á ver al sindico del concurso de mis bienes y mirando la cuenta que tiene bien formada, vi que entre lo que se adendaba á los acreedores, y lo que se ha pagado de costas debia yo once mil y pico de pesos que en el acto le pague en buenas libranzas que aceptó luego á presencia del escribano que fué á dar cuenta de todo al juez, para que de por concluido el concurso y se archive segun pedimos en un escrito el sindico y yo. Todos lo felicitamos por su ventura y quedamos de asistir al dia de campo, que tubimos en una casa de la orilla, con mucho placer, pues vimos que don Dionicio era completamente otro hombre.

En la siguiente semana á su llegada, traspasó D. Dionicio una tienda de ropa en el parian, cerca de una que ya tenia D. Modesto con buen capital á que habia subido por su continuo afan y cuidado y economia de Pudenciana, que no olvidando las lecciones de su padre y ejemplo de Matilde, hacia la felicidad de su mari-

do, al mismo tiempo que cuidaba atentamente de la educacion de dos niños y una niña que ya tenian, y cuyas primeras impresiones estaba haciendo por sí, decidida á no mandarlos á las migas á donde mas bien van á corromperse los niños que á aprender, por que las maestras no son capaces de nada, y todo se les va en regañar, gritar, arremedar, coscorronear, azotar, y nada de enseñar, por que ó á ellas no las enseñaron, ó no tienen genio, método ni empeño para el lleno de sus deberes.

Abierto el cajon de D. Dionicio, que ya, si bien trataba con amor á su familia, no la permitia los anteriores despijarros, presentaba las mejores esperanzas; pero fué el caso, que alli mismo no faltaron imprudentes que só color de amistad, le fueron imponiendo de la conducta toda que durante su ausencia observaron su muger é hija, lo que no dejó de dezasarlo. é indisponiéndose mas por las impertinentes solicitudes de una y otra que anelaban por sus antiguas tertulias, teatro &c. &c. á los tres meses de venido, por un baile que emprendieron ellas, y á

que no quiso acceder, riñeron. marido y mujer de tal modo, y dijo ella tantos insultos á él, que le ocasionó una gran cólera se le derramó la bñis, y en seguida le dió una fiebre que se le agravó en momentos. Siete dias estuvo en una terrible insertidumbre con la mayor asistencia de doña Matilde y Pudenciana que acudieron á ese efecto y para el que ayudó nuestra Quijotita, como un hija que ya conocia cuanta falta le hacia su padre. No así Eufrosina que en los primeros dias apenas entró alguna vez á la recámara, y no cuidó de verle mas. Estaba sentada con una aparente melancolia; pero jamas le vieron hechar una lágrima: se le dijo que su marido daba señales de conocimiento, y se determinó á verle: le dijo dos palabras, saliose luego dando algunos suspiros y nada mas. El coronel aprovechando los momentos hizo llamar un escribano, y D. Dionicio hizo su testamento en que nombraba de heredera á su hija, mandó que el quinto de sus bienes se emplease en misas por su alma y la de su tio y bien hechor D. Ambrosio Langaruto, y aunque mi tutor lo resistió bas-

tante quedó nombrado Alvacea, con el mayor sentimiento suyo, de su familia y mio, por que veiamos las incomodidades que esto le traerian.

Finalmente, D. Dionicio volvió á agravarse, y despues de sacramentado, rodeado de sus amigos parientes é hija espiró. La ingrata Eufrosina no pasó de la pieza inmediata; y mas presto fué engaño, que verdadero dolor, alguna lágrima que salió de sus ojos: asistió con entereza á todo cuanto pudo ocurrir para los funerales; y luego que estuvo enterrado, se dedicó con el mayor escrúpulo á cuanto podia constituir mas culto y perfecto su duelo. Toda la conducta de esa vil muger, estaba demostrando que nunca tubo á su marido mas que un amor interesado: que el gusto de su regreso fué por que esperaba volver con desahogo á su antigua vida, y que como esto se le alejó por que el colmo de la desgracia habia hecho cuerdo á su marido, le aborreció, y acaso deseó su muerte para gozar á sus anchuras de aquel caudal.

Concurrieron á dar el pesame los parientes y amigos; y á la verdad, que al-

principio cada uno procuraba espresarse con tiento para no renovar una herida tan dolorosa; pero quedaban sorprendidos al ver la indiferencia de la viuda, y que ella misma subministraba argumentos consolatorios. *Me consuelo, decia, que aun no soy muy vieja.* No tenia más que cincuenta y un años. De allí á poco decia: *Me consueta que quedo con alguna cosa en el mundo.* Despues de algun momento añadia: *Me consuelo con tener algunos parientes y amigos.* No mucho despues replicaba: *Me consueta, que no tengo mas de una hija, ya grande, y no fea, ni sin gracias.* Luego sucesivamente: *Me consueta, que no tengo que estar sujeta á voluntad ajena; soy libre y sin sujecion, podré hacer lo que quiera.*

En suma, ella por si misma andaba buscando y eligiendo motivos de consuelo, sin que alguno se fatigase en enjugar sus lagrimas, pues que no derramó alguna; su amor era un amor interesado. Las mugeres de esta clase por su comodidad aman al marido. Cuando llegan á perderle, lloran su pérdida propia, sobre la que reflexionan; pero no la pérdida de

un fiel compañero. Esto sucedio á Edrosina: la pérdida del marido no le quitó las comodidades y abundancias, antes bien se las aumentó, por que quedaba absoluta é independiente; y por lo mismo en su imaginacion no halló motivo de llorar, y de lamentarse. Y asi dijo con bastante energia una de sus amigas que fué á visitarla: *Esta señora tiene tantos consuelos, que se puede decir parece ha logrado muchas satisfacciones.*

No se conducia asi nuestra Quijotita, que aunque malamente educada, tenia una alma algo sensible, y no las tenia muy cabales cuando recordaba todo lo que le pasó en la ausencia de su padre. Ella huyendo de la concurrencia, se iba á alguna pieza apartada á llorar con doña Matilde y Pudenciana que estubieron allí los nueve dias del duelo, lo mismo que mi tutor y D. Modesto que solo salian á cosas precisas, y volvian á la casa mortuoria, mientras yo solo iba á ratos y volvía á cuidar de las otras dos casas que me habian encargado.

CAPÍTULO XII.

El coronel cumple pronta y fielmente su encargo de Alvacea. Eufrosina y Quijotita continúan sus desbaratos. Pudenciana y su marido con esta constante buena conducta van progresando. El coronel cuenta la historia de una viuda.

LUEGO que pasaron los nueve dias del duelo de D. Dionicio, mi tutor consultó con Eufrosina y Pomposita si querian que los inventarios fuesen estrajudiciales, ya por que entre dos solo interesadas y de su clase no debian esperarse diferencias, y ya para economizar el enorme gasto de las costas que importarian un dinero, pues siempre los primeros herederos del que muere, son el juez, el acesor, el escribano y todos los arlequines de estos, que aparentando á los herederos el sentimiento de su desgracia, procuran alargar los dias, comen en ellos medio lado, y luego el tazador de costas interesado en el tanto por ciento del importe de las costas las hace subir inmensamente. Algo resistieron la viuda é hija,

esa opinion, por que querian las muy necias entrar en relaciones con esas gentes, y que viera el mundo que todo se hacia con lujo y ostentacion; pero por último cedieron á las prudentes persuaciones del coronel, que inmediatamente pasó á ver á un abogado que conocia de j. i. i. o, é hizo y presentó un escrito á el Alcalde ordinario de primer voto, pidiendole licencia para hacer los inventarios estrajudicialmente, que se notificase á Pomposita nombrara curador adlitem por que solo tenia veinte y tres años larguitos de edad, y que hecho por ella este nombramiento, se sirviera discernirlo en forma previa la fianza de la ley. El juez proveyó como lo pide, y notificada Pomposita salió con la quijotada de nombrar por su curador á el Conde de..... y aunque mi tutor le manifestó que esa clase de sujetos por su rango se escusaban de hacer esos servicios, que cuando los aceptaban era por cumplimiento, y nunca llenaban su deber, ella y la madre, insistieron en su nombramiento diciendo que á una señorita de su representacion no le correspondia nombrar á un cualesquiera, y que en el momento iban á

ver á el conde, como fueron de facto, y volvieron asegurando que estaba pronto á aceptar, por lo que acentadas las diligencias necesarias quedó discernido el cargo de curador á el S. Conde.

Inmediatamente se procedió á todo lo demas pedido en el escrito, y los inventarios á que nunca asistió el señor curador, quedaron concluidos en cinco dias: en seguida mi tutor los presentó con un escrito pidiendo que los ratificasen los peritos con juramento y que si hecho saber á las partes no contradecian, se aprobasen y elevasen á la esfera de inventarios jurídicos, obligando á las partes á estar y pasar por ellos en todo tiempo: asi se hizo todo previa la deferencia de la viuda y del curador de la Quijotita, mas quijote que ella, y quien de nada tenia menos cuidado que de la pupila y sus intereses. En este estado se pidió el nombramiento de contador que recayó de acuerdo de los interesados en el lic. Tercerañocasta, que aceptó y recibidos los autos formó la cuenta divisoria que presenté y fué aprobada de consentimiento de las partes de ella, deducido el quinto, de que se reba-

jaron los gastos de entierro, y mandas forzosas, distribuido el resto en limosnas de misas, la cuarta parte como debese ser, en la parroquia á que correspondió el curador, y las demás en S. Cosme, S. Fernando, S. Diego, y á algunos clérigos de buena conducta y necesitados que mi tutor buscó, todas segun intencion de Don Dionicio, y recojiendo recibos de todo; resultó por último que no habiendo de ganancias en el poco tiempo que á su vuelta sobrevivió D. Dionicio, mas que dos mil cien pesos, toca á la viuda Eufrosina la gran cantidad de un mil cincuenta, y á Pomposita por su total herencia, la de treinta y siete mil y cincuenta pesos.

No puede ponderarse, la pesadumbre que recibió Eufrosina al verse tan pobre, quando se imaginaba dueña absoluta de todo el caudal; y el orgullo que adquirió nuestra Quijotita, que mirandose dueña de todo, reconoció toda la superioridad que hiba á tener sobre su madre.

Hasta aqui no habian ido tan mal las cosas del alvaceasgo; pero como mi tutor tenia obligacion de asegurar el interés de

la menor, y no dejar el libre manejo de esos bienes á dos locas, propuso para el efecto los medios mas prudentes, que no admitian, por que para ellas todo era bueno menos el sujetarse á que otro ordenadamente les manejase y distribuyese aquello, pues lo que querian era libertad para disponer á su arbitrio, y de esto resultó que se indispusiera mi tutor, hasta que la viuda le dijo que mientras pensaba lo que debía hacerse, se suspendiese aquello como se suspendió, sin que restara otra cosa de parte del alvacea, que en mes y medio habia hecho todo. ¡Ojala y hubiera muchos alvaceas como este! Pero apenas se haya uno en cada cien mil.

Entretanto Eufrosina y su digna hija comenzaron á disipar su dolor con algunos paseos y dias de campo entre sus amistades antiguas y mas análogas á sus ideas, pues aunque mi tutor les iba á la mano, nada conseguia, ni logró quitarles de la cabeza que pusieran coche. Aunque este les instaba sobre que se resolviera lo que debía hacerse con los bienes de la menor por que queria terminar eso, no le contestaban mas de que habian consul-

tado y esperaban la respuesta.

La consulta la habian hecho de facto, pero á personas tan fatuas y tan calaberas como ellas, y el consejo que acordaron en una concurrencia tenida para ello, fué que se determinara Pomposita á casarse, que no faltaria hombre de su gusto y de franqueza, y entonces podrian quitarse ya de la fiscalizacion é intervencion de un alvacea tan miserable y mentecato, y he aqui, ya á nuestra Quijotita fija en casarse y en buscar para ello un marqués ó conde como tenia de antigua manía.

Al mismo tiempo que Eufrosina y Pomposa continuaban labrando el edificio que las habia de embolver en su ruina, D. Modesto y Pudenciana iban progresando á gran prisa, de manera que haciendo su balance en aquellos dias se encontraron con un capital de sesenta mil pesos, que no se hechaba de ver por el grande arreglo que habia en los gastos. La casa que tenia las piezas necesarias sin ninguna de sobra, les ganaba veinte pesos, no habia mas criados que el portero, cocinera, costurera, y una joven pobre de familia desente y religiosa con muy buenas cons-

tumbres, que ayudaba á Pudenciana en el cuidado y educacion de los niños.

En esta circunstancia se anunció en la Gazeta el remate de una casa en la Calle de el Relox, y por consejo de mi tutor que manifestó á sus hijos, (como llamaba á ambos) las ventajas de tener una casa sin esperar á el casero todos los meses, y con la libertad de ponerlos segun que le conviniera ó fuera de su gusto, D. Modesto se determinó á hacerle postura, pero con la condicion que el y Pudenciana cesijeron de sus padres, de que se hirian á vivire en ellos, á lo que condescendieron, en fuerza de instancias y ruegos, y tambien por que no podian sufrir su corazon el separarse algo de tan buenos hijos.

Llegó el dia del remate á el que se presentó D. Modesto con papel de abono de el Conde de Agreda y ribalizando con moderacion, con otros dos postóres, fincó en él el remate de la casa, en cantidad de treinta y dos mil pesos dando al contado dies y ocho y reconociendo catorce de unas capellanias que reportaba la finca, con libertad de redimir cada año

el capital que le fuera conveniente.

Tan luego como recibieron la casa, le hicieron las composturas necesarias, y se mudaron padres, hijos y nietos que desde entonces formaron una familia la mas armoniosa y llena de placer, pues que á todo cooperaba la dulzura de aquellos genios y su muy buena educacion, añadiendose á esta felicidad la de que el coronel para tener una ocupacion útil á la familia, se encargó de la educacion de sus nietos los barones que lo amaban tiernamente, y observaban como inviolables preceptos los consejos que les daba.

Un dia que D. Rodrigo habló de lo inquieto que estaba por no acabar de asegurar los bienes de Pomposita, á causa de las entretengas de ella y de la madre, se promovio conversacion entre todos, sobre la suerte de aquellas señoras, y del modo como podria evitarse el mal que por si debian hacerse. Cada uno propuso lo que creyó combeniente, y D. Modesto espuso que creía útil que Pomposita casara con un hombre de juicio y madurez que supiera sujetarla, pues que ya en ese estado, la madre que por si nada te-

nia easi, se veria estrechada á estar quieta.

Oido este, mi tutor tomó la palabra y dijo: „La cosa, señores, era muy buena; pero es menester no pensar en lo que no ha de poder verificarse. Esas señoras no se comunican con personas donde puedan proporcionarse un hombre de los tamaños y cualidades que necesitan para hacerlas entrar al orden, ni ellas son las que han de presentar una transformacion milagrosa, por que ya estan mai habituada á causa de D. Dionicio (e. q. d.) no supo arreglar su casa, ni mi padre político (q. d. d. g.) habia dado á sus hijas mas educacion que tenerlas absolutamente encerradas, rezando, sin tratar con nadie, sin salir mas que á misa, á confesarse y comulgar, y sin proporcionaries conocimientos para saberse conducir en el mundo, y con estos principios y el otro extremo en que cayó la casa de D. Dionicio, es imposible esperar ya nada bueno. Todo extremo es vicioso y mucho mas en la educacion, que debe darse con mucha discrecion para que no tenga con el tiempo funestos resultados”

„Algo biene al caso una historia que se de personas conosidas, y que me parece útil contar por si mi Matilde ó mi Pudenciana enviudaren, que por mi no es muy difícil por que ya estoy muy cerca del sepulcro” No pudo proseguir por que todos nos enternecemos, y doña Matilde y Pudenciana bañadas en lagrimas corrieron á abrazarlo, sin quererlo dejar hasta que el las persuadió, las alagó, y se las sentó una á cada lado, diciendolas: „Hijas mias, la muerte debe ser esperada con tranquilidad. Obremos como verdaderos cristianos y no la temámos, que acaso Dios la manda para dar descanso á el hombre, y premiarle las pocas buenas obras que haya hecho; pero dejémos eso por ahora y vamos á mi historia”

„En una Ciudad no muy distante de esta Capital, hobo un padre de familias, que le habria estado mejor ser donado de mandero de algun convento, pues que no supo educar á los hijos que tenia, y crió siempre en un *santo ensierro* y una *virtuosissima* ignorancia, de que resultó que á la muerte de aquel necio, ninguno de su familia supiera manejar lo que dejó, y

que al mismo tiempo que no se ocupaban más que de rezar, se acabara el capital. Dejémos la suerte de los otros hijos, y hablemos solo de la que hace el papel principal de la historia que he anunciado. Esta infeliz jóven después de algunas escaseces que padeció al lado de su madre, tubo la chiripa de casar con un hombre de bien muy trabajador; pero de edad ya algo avanzada y de ideas rancias imprudentes, de manera que continuó nuestra joven la misma vida que cuando existía su padre. Asi vivieron cosa de seis años, á cuyo tiempo murió el marido, y quedó nuestra viuda con cuatro hijos; pero en la edad de veinte y dos años, con no malos vigotes, y con cosa de sesenta mil pesos. En estas circunstancias se le presenta un militar de el alma más negra que se puede imaginar, y de una verbosidad muy propia para enredar á aquella honradísima bestia: le hace setenta mil ofrecimientos, le promete una proteccion decidida, y por último se encarga de todos los negocios de la casa, ocultando maliciosamente el que era casado: se hizo ostender un poder amplísimo que nuestra

viuda firmó como quien firma en barba, y ya desde entonces quedó constituida una pupila de aquel malvado, que poco á poco fué ganando el corazon de aquella miserable, que en breve le hizo dueño de su honor y de cuanto poseia. Ese perverso para cubrir las esterioridades hizo se formalisase la testamentaria, y quiso que no, como el curador de los menores no era como el, aseguraron las legítimas de esos pupilos, y nuestro militar fué tomando en pesos fuertes y floridos el haber de la viuda, con lo que satisfacía sus vicios y muy particularmente el del juego, que es capaz de acabar con el caudal de Ferreros y mil Bordas; y marchaba tan de prisa en su dilapidacion, y de un modo tan público, que no faltó quien por caridad hablase á la viuda para que se resolviera á arrojar de si y de su casa á aquel lagarto. La viuda que á pesar de su tontera no dejaba de conocer lo mal que sus cosas caminaban, que ya se veia con mas hijos, que ya estaba desengañada de que aquel pérfido era casado, y que ya estaba ostigada del trato altanero, grosero y cruel que la daba, se resolvió

á librarse del, le intimó la separacion de su casa, y se encuentra con que aquel malvado á pocos dias le presenta una cuenta en que hace parecer le debe cantidad considerable, demandandola ejecutivamente y jurandole habia de procurar su ruina por cuantos medios alcanzara. Asi fué, que sucesivamente se le fueron presentando á la viuda varios acreedores con documentos otorgados por el tal militar, con el caracter de su apoderado y obligando sus bienes. La viuda en tal congoja, escoge por direccion de la persona que la habia despertado, un abogado hombre de bien, y se entablan los pleitos con todos aquellos supuestos acreedores que eran otros tantos sanganos coludidos con el sangano principal para sacar aquel dinero á la viuda y arruinarla. Los pleitos siguieron con orden y aunque los ganó la viuda hasta con costas, como los que figuraban de acreedores, eran unos taures desnudos de bienes, ella lo perdió todo; y como lo poco que le quedò no lo supo manejar por su suma tontera é ignorancia, á poco tiempo se vió reducida para todos sus gastos á solo los réditos de los capita-

les de sus hijos, quienes ya crecidos, por el ejemplo pésimo que habian mamado, se prostituyeron, trataron á la madre con desprecio y tan mal, que se separó con sus desgraciados segundos hijos, se redujo á el extremo de mendigar con estos el pan por las calles, y acabó su vida en la mas espantosa miseria.”

„Hé contado la historia de la viuda; y como de estas escenas que el mundo nos presenta á cada paso, debemos sacar fruto, te encargo Pudenciana, que no olvidando la viuda y huyendo de su suerte, aproveches esa prudente franqueza de mi hijo Modesto, que quiere siempre estés impuesta de todos los negocios de tu casa, para que si le sobrevives, no tengas la infeliz necesidad de ponerte en manos de un perverso que te arruine, sino que puedas manejarte sola, y hacer la felicidad de tus hijos.



238
CAPITULO XIII.

Violento y desastrado casamiento de Pomposa: ruina de su casa: prision de su marido: desengano de quien era este: prostitucion de madre è hija: Muerte del coronel.

COMO D. Rodrigo instaba con urgencia á Eufrosina y Pomposita para que dieran su opinion sobre el modo de asegurar los bienes de la segunda; y como la primera ya tenia pedido y gastado la mayor parte de su haber ellas se volvieron á determinar que se casara Pomposita con el primero que se presentara aunque no fuera título; pero como esto lo contaban á todo el mundo, por que no conocian lo que es prudencia ni discrecion, sus muy dignos contertulios apoyaron tan juicioso pensamiento, y se combinieron entre si y con reserva, buscar un hombre de tales tamaños que no se parara en pintas, y que tubiera para divertirse y gastar toda la franqueza que ellos apetecian para devorar aquel capital, y no tardaron mucho en lograr todo lo que deseaban.

239
A pocos dias llegó á casa de Eufrosina el consabido oficial del manojito, diciendo á esta y su hija que en la persona que le acompañaba, tenia el honor de presentarles al S. D. Raymundo Dedórvora Marqués de Peña hermosa, que acabava de llegar de España con comision reservada del Rey, y que sabedor del raro mérito de Pomposita y su inimitable habilidad en e peano canto &c. habia tenido empeño en venir á ponerse á sus ordenes. Aquí fué lo de todos los ofrecimientos de etiqueta, á poco se despidió el Señor Marqués por que segun dijo tenia presicion de estar aquella hora con S. E. el Virrey, haciendo en medio de la sala setenta piruetas, y dirijiendo á nuestra Quijotita una mirada centellante, que ella correspondio con otra muy dulce y expresiva.

Tan pronto como quedaron solas, Eufrosina dijo á Pomposa, que el S. Marqués era muy apreciable, pues sobre ser título, tenia las buenas circunstancias de ser español, de buena edad pues que no pasaria de treinta años, de recomendable figura, y de muy finos modales, y con-

testando la hija muy conforme en todo. Eufrosina prosiguió diciendo que un hombre como aquel era lo que deseaba para yerno, á que respondió Pomposita „¿qué sabemos, mamá, lo que Dios dispone: él ha venido por casualidad á buen tiempo, el puede que no sea casado, el me ha mirado con interés, y yo luego le he tomado afición”

Al dia siguiente á las doce, ya estaba de visita el S. Marqués que fué muy bien recibido, y como la madre *por ... prudencia y sus ocupaciones* dejó á la hija sola con su señoría ambos tubieron la conversacion siguiente = Señor Marqués, ¿que parece á V. el reino de Mejico y su Capital = Señorita lo poco que he visto es muy bueno = V. solo ó con su familia = Solo, por que no tengo mas familia que mi mama muy al borde del sepulcro, y un hermano que quedó encargado de los negocios de casa = Con que V. es soltero = Se deja entender. = El marquezado de V. en que provincia está vinculado = Parte de las haciendas están en Estremadura, otras en Andalucia, y porción de casas en la misma corte de

Madrid, de las que tengo una muy hermosa de mi ordinaria habitacion á una cuadra distante del real palacio. y otra de campo, en el gran paseo que llaman el Prado = Y V. babrá dejado por allá pendientes sus amorsillos = No señorita, no he sabido lo que es amor hasta en esta ciudad — ¡Ola! y de cuando acá está V. enamorado — De ayer acá = Y de quien S. Marqués ¿que muger feliz ha podido mover tan pronto ese corazon que nunca ha amado = Señorita... V. si, V. es la que ha avasallado mi pecho inspirandome una pasion tan violenta que no podré ya vivir si V. no me hace dichozo -- Pero, señor, V. tendra que irse á España -- Y tan pronto como dentro de un mes -- Pues entonces ¿como...? -- Muy bien vida mia, todo es que V. se resuelva á irse conmigo y en compañía de su mamá á quien nunca dejaria yo, á la corte donde en medio de la abundancia, disfrutarán ambas las satisfacciones y placeres que no ofrece Mejico -- Tenga V. la bondad de permitir llame á mi mamá -- Con mucho gusto señorita y V, no me suplique, sino mandeme con imperio.

Salió Pomposita y volvió luego con su madre que haciendose repetir el coloquio manifestó indecible contento, y entrando á tratar de las aujento quedó acordado en el acto mismo, en estos términos, que como el S. Marqués por sus empeños en la corte necesitaba licencia del Rey, para no sufrir esa demora, y no esponerse, se casarian por vanas lo mas reservado posible, y ocultando su título para que no llamase la atención; y que como su comision terminaba pronto y segun las ordenes de S. M. debia regresar luego á la corte, realizarian pronto lo que perteneciese á Pomposita, y se marcharian antes de un mes para España. Todo quedó aprobado por aquellas locas y tontas, que tambien convinieron en no decir nada á mi tutor por que no viera al Virrey y embarazara el casamiento á pretesto de la falta de la real licencia, para no dejar como ellas decian el manejo de la testamentaria.

Tan pronto, como quedó esto acordado, salió nuestro D. Raymundo, después de mil requiebros y abrazos prodigados á madre ó hija, é inmediatamente

con testigos falzos bien convinados, que nunca faltan para esos casos, practicó todas las diligencias, y á los seis dias de haberse conocido estaban casados la Quijotita y su Marqués.

En el mismo dia, Eufrosina mandó llamar á el coronel, y previo un recibimiento seco y de proteccion, le dijo que su hija estaba casada con aquel caballero que le presentaba, y que por lo mismo procediese á entregarle los bienes. Don Rodrigo sin alterarse contestó que el caballero se presentase al juez de la testamentaria con certificacion del casamiento, y pidiendo la entrega de los bienes, que tan pronto como se le mandase haria efectiva. En el acto se hizo el escrito, se presentó, se proveyó, y en los dos dias siguientes quedó hecha la entrega de todo, y mi tutor suficientemente documentado de quedar ya libre de toda responsabilidad, por la pureza de sus manejos y exactitud y claridad de sus cuentas, que no merecieron niagun reparo.

En el momento se buscó traspasador para el cajon y casa, diciendo el marqués que para quince dias que estaria ya en

Mejico en qualquiera posada estaban bien, á lo que nada repugnaron aquellas béstias que solo pensaban en irse á España, y *tener la dicha de conocer y besar la mano al Rey* ser damas de la Reyna, y otra multitud de sandeces con que estaban aturridas. Se traspasó cajon y casa, y el S. Marqués dijo que iba á reducir el dinero á letras pagaderas en la corte, con cuyo pretexto no lo introdujo á una casucha que habian tomado dizque provicionalmente entretanto se marchaban.

Toda esta burla debia llamar la atencion, y fijarla muy particularmente en D. Raymundo, hasta que el Comandante de la ronda de capa que tenia orden del Virrey para prender á un gachupin que habian encargado de Madrid, y cuya filiacion, tenia hacia mas de año, dió en conocer á nuestro S. Marqués, y advirtiéndole en el toda la filiacion, á los veinte dias del casamiento, en la noche, despues de las doce, á cuya hora llegaba él diciéndole que venia de dejar al Virrey, me lo atraparon al tocar su casa y lo llevaron á la real carcel de corte, dando parte inmediatamente al Virrey, que haciendo-

lo comparecer á su presencia, al siguiente dia despues de llamar y examinar á Eufrosina y Pomposita, se descubrió que el S. D. Raymundo Dedórvora Marquez de Peñahermosa, era un impostór muy picaro, que era un famoso fullero y contrabandista en Cadiz, de cuya carcel se habia fugado por que estaba próximo á decapitarse por muchos delitos, y entre ellos por tres homicidios y dos robos en que habia sido complice su muger legitima que estaba presa: que su verdadero nombre era Timoteo Pantoja, y que el dinero del traspaso del cajon y casa de Pomposa, lo habian perdido en el juego entre el y otros amigos suyos á quienes se buscaron y no pudieron parecer, y solo si el oficial del manojito que lo llebó á la casa, quien se llamó á engañado, y el reo para salvarlo, así lo confesó. Se formó un proceso sobre los nuevos delitos de Pantoja, y se mandó á Cádiz donde despues fué ajusticiado lo mismo que su muger. *De estos señores gachupines* nos vienen en docenas: unos se descubren y pagan, y otros pasan por fatiga y hacen entre nosotros grandes papeles.

Se deja conocer como quedarían Eufrosina y la infeliz Pomposita, con tal pesadumbre y tan avergonzadas, que se hicieron el animo de no volver á ver par nada á el coronel, ni á nadie de su familia, y como el tal Señor Marqués las dejó tan sin blanca como sin recursos, la fonta y bribona madre facilmente se sometió á vivir á espensas de el honor y conciencia de su hija, que despechada y sin esperanza alguna de casarse por lo público que habia sido el chasco, se constituyó en nuera que al principio vendia con alguna ventaja sus deilucuentes favores; pero despues con la edad que aumentaba, y la enfermedad consiguiente á ese ejercicio, se fué poniendo en un estado tan despreciable, que tubo por necesario concurrir á lo lupanares, descendiendo á proporcion hasta que fué á los mas miserables y asquerosos, dando de pilon lo mismo que Eufrosina en embriagarse, y en toda clase de prostitucion, en cuyo estado ya se nos ocultaron absolutamente; y ni mi tutor, ni nadie de su familia, ni yo hicimos ya mas que encomendarlas á Dios.

El coronel desde las incomodidades

que tubo con Eufrosina y su hija Pomposita, comenzó á enfermarse del estomago, que no le dejaba tranquilo arriba de uno ó dos dias para bolver á molestarlo: el último suceso desgraciadísimo de aquellas mugeres y su posterior conducta, que llegó a saber y sintio muchisimo, le fué poniendo peor, á pesar de que ya no volvió á mentar ni sus nombres, y todos teniamos ya cuidado de no recordarle nada. Asi pasó dos años, aceptando por instancias y ruegos de su familia algunas medicinas, pues decia que su verdadera é inbencible enfermedad eran los setenta años que llevaba á cuestras.

Apenas entró el mes de marzo de 821. cuando el cambio de estacion hizo en D. Rodrigo la mayor impresion, y aunque el por no aflijir á su amable familia acababa fuerzas de flaqueza, la naturaleza ya no le ayudó y el dia dos ya no se pudo levantar: en el estomago nada le paraba, el pecho y las flemas le fatigaban demasiado. Cada uno de la familia propuso un médico: de todos se escogieron los tres mejores, y entre estos señaló mi tutor el que le inclinó mas, pues como en toda su vida no ha-

bia padecido enfermedad de cama, sino cosas ligeras que con remedios caseros se quitaba, nunca habia tenido necesidad de médico que se encargara de su naturaleza.

Toda la familia entró en el mayor cuidado y afliccion, y mucho mas el dia seis que estando todos rodeados de su cama, dijo que convencido de que el hombre no debe esperar á los últimos momentos de su vida para disponer de sus cosas, tenia hecho ya su testamento que quedaba en la gaveta de su mesa: que en el declaraba como era justo, que cuando caso no tenia mas que el rancho en precio muy bajo, y que todo el aumento que tenia por la mejora de la casa, por la reunion de tierras que habia comprado, y agua que le habia metido, era todo gananciales durante su matrimonio, lo mismo que cantidad de onzas que tenia en unos secretos del estante de sus libros: que la mitad de todas los gananciales eran de doña Matilde: que del quinto, separades lo derechos del entierro, y mandas forzosas, se hiciese una particion entre sus criados, y sirvientes del rancho, á proporcion de sus familias y necesidades, muy particularmente

á su honradísimo viejo y antiguo mayordomo Pascual, en justa remuneracion de su fidelidad y buenos servicios: que ya dejaba ordenado, y nuevamente encargaba á sus albaceas que lo eran mancomunados doña Matilde y D. Modesto, que su entierro fuera en el camposanto de Santa Maria sin pompa ninguna, y sobre lo que estrechaba la conciencia á ellos, y su universal heredera Pudencianita: que no dejaba mandado se dijese misas, por que persuadido de que mas le aprovecharian en vida, siempre habia procurado buscar eclesiasticos pobres que las dýgeran por su intencion y la de su familia: y que á la piedad y amor de esta, dejaba los sufragios que quisieran hacer por su alma.

Esta manifestacion, nos hizo á todos derramar abundantes lágrimas, y cada uno sin articular palabra se llegó á abrazarlo. Todos nos distribuimos las horas del dia y de la noche para asistirlo, y como hasta los chiquitos de Pudenciana rogaron con lágrimas les diesen parte en el cuidado de su amado papá grande, como siempre le decian, se les señaló una hora por la mañana y otra en la tarde las que desempe-

ñaban con tal amor, empeño y caridad que á todos nos enternecian, y aun á el enfermo que razados de agua sus ojos, los acariciaba, besaba, y llenaba de bendiciones. La distribucion de horas fué inútil, por que aunque el que estaba de turno se estaba allí, todos iban con frecuencia á ver que se le ofrecia y estarse largo tiempo, y particularmente las muy ejemplares Matilde y Pudenciana que á porfia se esmeraban en cumplir con su deber, y que no siendo bastantes nuestras persuaciones para que fueran á acostarse, no se conseguia hasta que el coronel se los mandaba, y entonces apenas salian á la pieza inmediata, y se recostaban á dormir en un colchon que tenían allí con el objeto de no alejarse de su querido enfermo.

Era un asombro ver llegar á visitar al enfermo y su familia, multitud de personas distinguidas por su religiosidad, singularizandose el Coronel D. J. Y. O. que entonces era Alcalde 1º que á pesar de sus ocupaciones iba con frecuencia, y todos ofrecian sus servicios. De varios conventos y casas particulares le llevaron porcion de santos que mandó se le pusie-

ran en una mesa frente de su cama, pero mas le llebaron el dia doce, y como tambien le mandaron á S. Vicente Ferrer una parienta que tenia religiosa en la Concepcion, cuando meti la imagen como me quede allí un rato, me dijo como sonriendo-se „querido Joaquin, esto esta malo” yo sobresaltado le pregunté por que y el con mucha calma respondió „por que ya sabes hijo mío, que dia de todos santos es víspera de muertos” ese dia por disposicion del facultativo se sacramentó con la mayor devocion.

Al siguiente que era en el que cabalmente cumplia los setenta años de edad, amanecio muy entero, y en la mañana nos hizo concebir las mejores esperanzas; pero dadas las doce se fué poniendo mas malo de manera que entramos en el mayor cuidado, y tanto que D. Modesto mandó serrar el cajon y que se fueran á casa los cajeros. Todos acudimos, y mientras venia el médico que ya se habia mandado llamar, preveníamos para aliviarlo los remedios que allí estaban de la reseta de la mañana; pero nuestro enfermo decia „Ningunos remedios hay contra la senec-

tud, queridas prendas de mi alma: cuando la naturaleza aniquilada apuró todas sus fuerzas, el arte viene á ser inútil: ella lo puede todo sin el, y el nada puede sin ella. El hielo de la vejez ocupa ya muchas partes de mi débil cuerpo, y es fuerza que se comunique hasta el corazón dentro de poco." Bien conocio esta verdad D. Modesto, y por lo mismo envió á llamar al Dr. R que era intimo de la casa, para que viniese como vino al momento á tributar á su amigo el postrer obsequio. La amable esposa Matilde, y la tierna hija Pudenciana, mezclaban sus lágrimas, suministrando al enfermo cuantos remedios pedia su deplorable estado, con tanta solicitud y desvelo que el moribundo viejo, exclamó ,, ¡Oh, y que contento muero! al verme rodeado de tantos verdaderos amigos, en los brazos de la mejor y mas ejemplar de las esposas, y de los mas amantes hijos. A todos los bendigo de corazón en nombre de Dios. Y me voy con el consuelo de que por la virtud de mis hijos, no hago falta á mi adorada Matilde, é á Dios amados míos, resignaos siempre en la voluntad de la providencia di-

vina, y esperad la muerte con tranquilidad, que ella os unirá á mi en la gloria que espero de la divina misericordia. Asi hablava el virtuoso anciano en el momento de pasar á la eternidad. Hasta su postrer instante habló á todos los que rodeaban su lecho, con la mayor presencia de ánimo; y aunque su voz iba debilitandose por grado, no le faltó enteramente hasta el último suspiro, que cesó en punto de las tres de la tarde, dia martes.

Entonces se manifestó en un grito horrible el dolor agudo que el silencio habia sofocado en el fondo de los corazones. Todos llorabamos con profucion negandonos á todo consuelo. Pero cuando D. Modesto y yo algo desahogamos, por su orden se dispuso el entierro, segun lo dejó prevenido el difunto, y se hizo el dia siguiente sin faltar á su voluntad mas para pagar el debido tributo á el amor y á la virtud, se le levantó sobre el sepulcro una tumba, sobre la cual en una loza se gravó el siguiente.

EPITAFIO.

En la inerte ceniza que reserva
 El breve hueco de esta loza helada,
 De un volcan de piedad acrisolada
 El pábulo dichoso se conserva.
 Aunque su llama por la furia acerba
 De la parca, parece sofocada,
 Alla en el firmamento colocada,
 Esta burlando su intencion proterba.
 Muevan, espectador, tu triste llanto,
 Un sol de caridad en rdecida
 Un héroe de virtud acreditada:
 Un varon justo, religioso y santo,
 Un modelo ejemplar de buena vida,
 Un todo de piedad que ya hoy es nada.

CAPITULO ULTIMO.

*Duelo de la familia del coronel, y gran
 trato de su viuda. Noticia de Pompo-
 sita y su muerte.*

COMO mi tutor fué tan bueno,
 al tanto lo sintieron todos, particu-
 larmente y con justicia su familia. Esta
 lo lloró largo tiempo haciendo en sufragio
 de su alma y por su memoria, muchas

obras de caridad cristiana. D. Modesto
 Pudenciana y sus hijos, redoblaron su
 amor y cuidado hasta doña Matilde, y re-
 civia esta tantas demostraciones de todos,
 que decia á sus amigas „Ya no tengo
 fuerzas para soportar y agradecer, el cú-
 mulo de bienes que hacen llóver sobre
 mi, mis hijos. ¡Ojalá estuviera en su po-
 der resucitarme á mi amadisimo esposo!”
 D. Modesto trató de llevar su deber de
 albacea, solo por cumplir, y nunca por
 pensar en la divicion; pero doña Matilde
 no quiso que hiciera inventario de los
 bienes, sino que todo lo dejó en manos
 de sus hijos, diciendoles que eran dueños
 de todo: estos la cuidaban y contempla-
 ban al pensamiento, sin dejarle decaer na-
 da ni un momento, y haciendo que todo
 el mundo la tratara y respetara como la
 madre y cabeza de toda la familia.

De este modo habia vivido largos
 cuatro años aquella virtuosa familia, llena
 de felicidad, solo suspirando por Don
 Rodrigo, y decaendo saber de Eufrosina
 y Pomposita, de quienes no habia la mas
 ligera noticia: cuando una mañana que
 estaban almorzando, el criado avisò que

afuera estaba una que decía llevaba un fardo importante, y diciendole que entrase, vieron una muger vieja, cuyo semblante, andrajoso y sucio vestido, representaba la misma miseria; y sin detenerse dijo „Señoritas, las vengo avisar, ayancasa asi ocho dias que esta muy mala, y yo como probe no tengo para los remedios, nomas tantito atole le doy á fia Tontosita” No acabaron de oír este disparate, sin conocer que se trataba de Pomposa, y conciviendo el estado infeliz en que estaria, en el momento se dejó lo que faltaba del almuerzo, y parándose D Modesto como distraído gritó „que saquen el coche, y vamos por mi hermana Pomposita” Las señoras preguntaron á la muger si estaba tambien con ella la madre de la enferma, y ella contestó „conque croque dicen que yá se murió” Salido el coche montamos á el D. Modesto, las dos señoras y yo, pues aunque se hizo instancia á la muger para que subiera, no se pudo conseguir, y se fué á pie guiando al cochero por que no sabia dar las señas de su casa, y nos condojó á una accesoria del callejon de la chiquihuitera, en donde sin mas ajuar

que el trecuil le y tres tepalcates, encontramos á la desventurada Pomposita, en una cama que formaban dos petates de tule rotos, en el suelo, cubierta con asquerosísimos andrajos, y echa un esqueleto, de manera que no la habríamos conocido, si ella no hubiera rompido en un fuerte llanto luego que nos vió, llamando con voz dolorida y penurante á todos y cada uno, pidiendo por amor de Dios que olvidasemos su conducta y le tubiesemos compacion. Doña Matilde y Pudenciana sin asco á su deplorable estado, ni temor a la enfermedad, se arrojaron á aquel miserable lecho, y llenandola de abrazos, le manifestaron que nunca podian olvidar lo que las pertenecia, y que procurarian tratarla segun su deber, y que de su conducta no se acordase mas que para arrepentirse de ella, y pedirle á Dios perdon.

Mirando que por lo que parecia, no estaba en disposicion de moverla, se mandó al cochero fuera violentamente por el doctor G.... y como entretanto, deceosos de saber de Eufrosina, preguntaran por ella á la enferma, dando esta un profundo suspiro, y como ahogandose en su

pecho un acervo dolor, exclamó „¡Ah, mi madre infeliz, causa primaria de nuestros males, ya no existe! ¡Ella ha dado cuenta de sus días y de los míos, en el tremendo tribunal de la divina justicia! murió hace dos meses en el hospital de San Andrés'... Todos estábamos anegados en llanto, y cuando algo nos serenábamos, Pomposa prosiguió. ..Aunque W. no pueden apreciar la historia de nuestros últimos días; y sin embargo de que ella no es horrosa ni agradable, para que sirva de ejemplo y escarmiento, á los padres de familia sin prudencia ni juicio, y á las jóvenes que con tiempo no aprovechan lo poco bueno que se les enseña, y las lecciones que da el mundo, pido á Dios me dé aliento para poderla relatar aunque en breve, y á W. sufrimiento para escuchar procederes lamentables y vergonzosos. Ya saben hasta el casamiento que mi considerada ligereza, y vil interés de mi madre, me hicieron celebrar con el perverso que hizo toda mi ruina; pues pasado esto, como nos encontramos sin recurso, abandonadas de los buenos amigos, notoria y enormemente infamadas, ya no dimos nia-

gun lugar á la reflexión, y despechadas, yo me prostituí con el apoyo de mi madre, y si los primeros días pudimos vivir por medio tan inicuo y criminal, bien pronto fué menos útil por que yo desmerecia diariamente, y atacadas de hambre, nos relacionamos con públicas rameras, con quienes concurrí á toda clase de lupanares descendiendo á proporcion hasta los mas miserables: en uno de estos me comuniqué y trabé ilícita amistad con un soldado de Guanajuato, que desertó á poco tiempo con la mira de que nos fuéramos á su tierra, segun el decia; pero antes de esto combinado con un tal M. R. y otros tan malvados como el hicieron un robo de consideracion, que mi madre y yo ocultabamos en la parte que tocaba á el desertor; y como no tardara en descubrirse, nos prendieron y llebaron á la carcel de corte, donde negamos nuestros nombres poniendonos otros. Mi madre sobre su edad y anteriores padecimientos, ya no pudo sufrir, como yo, en la prision las hambres, miserias, hediondez, y demas plagas de la carcel; ya no pudo resistir y cayendo á los seis meses muy mala de fie-

bre, tube el dolor de verla salir para el hospital, y saber despues que habia muerto. Yo continué en la prision, donde me fui enfermado mas de lo que estaba, hasta habrá quince dias que me mandaron poner en libertad dandome por conpurgada de la conplicidad en el robo. Yo sali sin saber á donde iba, hechando menos la compañia de mi madre, cuya falta me hizo conocer mas lo horrible de mi situacion, y sin discurrir el modo de remediarla, por no tener ni á quien volver mis ojos, pues que la verguenza no me dejaba buscar á W. ni queria bolver á la prostitucion, y andaado maquinalmente, al pasar por esta casa vi en la puerta á su dueña, é inspirandome alguna confianza su exterior, la rogué me diera posada que con generosidad me franqueo al momento; y como por esta franqueza, y caridad con que en medio de su pobreza me socorria con algun alimento se hiciera acreedora á mi confianza le conté algo de mi vida, la muerte de mi madre, y la familia á que pertenecia, pero rogandole guardase secreto, pues que moriria de verguenza á la vista de W. mas ella que

me ha visto mas enferma cada dia á resulta de mi conducta y padecimientos, habria solicitado á W. y avisadoles por caridad. Dios sabe como y por que ordena todos los acontecimientos del mundo. A mi no me toca mas que pedir á su Magestad me perdone mis innumerables culpas, y á W. los disgustos y pesares que les he dado.... ¡O muerte! ¡Que terrible es tu aspecto para quien acibaró su vida con las vanidades é indigestos placeres del mundo, y que jamas lebató sinceramente el corazon á su criador! ¡Oh si mis dias....”

Desvaneciose á estas palabras. Cayé privada, y quedó inmovil por algunos instantes y sin sentido alguno. Volvio á poco, pero la calentura se le habia agravado notablemente, y comenzaba á delirar, á tiempo que lleg el médico, y reconociendola dijo que era traerle la muerte mas violenta, el sacarla de alli como queria su familia: que sobre un gálico irremediable como lo decian bien claro las úlceras de boca y nariz, las llagas de las piernas, tenia una fiebre vorás de que no podia escapar: que era necesario se asistiese alli, y que luego que serénara un

poco se dispusiera y sacramentara. Resetó, y por dispocision de la familia repitió durante la tarde y la noche otras cuatro visitas.

Tan luego como D. Modesto y Pudenciana se enteraron del estado de gravedad de la enferma, montaron en el coche, quedandonos allí para lo que se ofreciera doña Matilde y yo, fueron á casa, y á poco volyieron trayendo en el mismo coche, colchon, ropa de cama, y camisas para la enferma, y los trastes necesarios para su asistencia y servicio, y á poco rato llegó el mozo con cargadores que traian, mesa, sillas, bancos de cama, y lo que se creyó preciso. Todo el dia y la noche lo pasamos allí, menos doña Matilde que por instancias de sus hijos que querian librarla de un contagio, á pretexto de que les hiciera favor de ir á cuidar de la casa y los niños, la hicieron irse en la noche, y volvió al dia siguiente temprano. La enferma amaneció mejor, y aprovechando el tiempo se dispuso lo mas posible y se sacramentó y oió: pero apenas acabava de recibir los auxilios espirituales, cuando se fué empeorando, y á las ocho de la noche, en medio de los mas



vehementes dolores, y agitación, auxiliada por los padres camilos que se habian llamado, entregó su alma al Criador, dejando un patético y sencible ejemplo y escarmiento, á las mugeres sin juicio que siguen las mismas ideas y conducta de la infeliz Pomposa.

Esa noche, dejando allí dos personas de confianza, fuimos todos á dormir á casa, y al dia siguiente se dispuso el entierro como de una persona de la familia, al que asistió un capitán que nunca se pudo saber quien era, pues solo concurrió, y se fué sin despedida, y muy triste. Se mandaron decir por su alma porcion de misas, y se sepultó en el panteon de S. Pablo, y en su sepulcro se puso el siguiente.

EPITAFIO.

Detente y mira, viagero,
Esta cenisa asquerosa
Que formaba de Pomposa
El atractibo hechicero.

Por él, formó ella el sendero
Que la llevó al precipicio,
Desplomando un edificio
Que mas hubiera durado
Si no lo hubiera abreviado



Su poco talento y juicio.

Don Modesto, de acuerdo con madre y esposa, para compensar su caridad á la pobre vieja que habia recojido y socorrido á Pomposa, le regalaron la cama y cuanto habian llebado para su asistencia, le dieron alguna ropa y la señalaron un socorro de doce pesos cada mes. Asi obraba esta ejemplar familia, que con los muy buenos principios que tubieron y supieron aprovechar, y sus naturales generosos sentimientos, hicieron su felicidad asi como la de todas las personas que los rodeaban.

A pocos dias de la muerte de Pomposa me encontré casualmente con dos de los colegiales que le pusieron el sobrenombre de Quijotita, que eran cabalmente Sanson Carrasco que ya era eclesiástico y cura de T... y el Zorro que estaba recibido de abogado, é impuestos del fin triste de Pomposa, y lo que lo habia ocasionado, con aquel su humor alegre y bufón que no habian perdido, le conpuerion un epitafio que decia asi.

Quijota ¿de que sirvieron
tus monadas y enbelesos.

si al fin reducida a huesos
todas tus gracias, se vieron,
y en polvo se conbirtieron
tus formas tan esquivitas?

Desengaño mugersitas,
pensad con mas maduréz.

en lograr buena vejéz,

negada á las Quijotitas.

El Lic. Narices, que habia continuado conmigo su comunicacion, haciendole una visita è informandole de la lastimosa muerte de nuestra Quijotita, la hizo tambien un epitafio, que si mal no me acuerdo, decia así.

Nihil aliud est vita nisi fumus.

Yaces, muger, reducida

En este sepulcro frio,

Sin valerte ni tu brio

Ni tu hermosura mentida.

En esto para una vida

Inmortal, desarreglada,

Que temprano fué enviada

Por caprichosos contentos,

En que olvidò los momentos

De reducirse á la nada.

He dado fin á la historia de la célebre Quijotita, de las que por desgracia hay muchas en todas partes. Ojalá que

lo que he dicho sea bastante para que reformen su conducta, para que hagan su felicidad, la de sus esposos y familia, y pareciendome útil al intento, regalo á las señoras con unas máximas, que de puño y letra de mi fiado tutor el S. Coronel D. Rodrigo Linarte, se encontraron entre sus papeles, y son las siguientes.

La muger que obedece á su marido, esa le manda.

Cuando la muger asiste á su oficio, el marido la ama, la familia anda en concierto, aprenden virtud los hijos, reina la paz doméstica, y la hacienda crece.

Una muger puede estar segura del corazón de su marido, en tanto que ella lo esté de su paciencia.

En los negocios de su familia, y no en los del estado, es donde una muger debe manifestar su talento y su prudencia.

Muger, no quieras parecerte al hombre. Los dos secos no deben tener nada de comun en si.

La muger casada guarda tal moderacion y compostura, que solo en su cintura se conozca que ya no es virgen.

No aspire á dominar á tu marido. Contentate con tener una dulce influencia

sobre su corazón. Sé para ella aquella tierra luz, aquella pacífica claridad que luce en los campos eliseos.

Muger recién casada, no abuces del ascendiente de tu sexo y edad sobre tu joven esposo: tarde ó temprano él volverá á tomar su carácter, y teme que al cesar de ver en ti su querida, no te alle ni aun digna de ser su compañera.

Si quieres que tu marido permanezca siempre á tu lado. Haz de modo que no encuentre en otra parte tantas gracias, modestia, dulzura y ternura como en tu casa.

Joven casada, si deces vivir en paz, evita el querer tener siempre razon con tu marido.

Sea la esposa, la hermana de su marido enfermo.

Esposa ofendida, no seas vengativa: el perdón de una injuria embellece á la misma Venus.

Yo que habia visto en la familia de Pomposa tan sencibles desengaños de lo que es el mundo, no queriendo experimentarlo mas, me di por muerto.

FIN DE LA OBRA.

INDICE.

DE LO CONTENIDO EN ESTE CUARTO Y ULTIMO TOMO.

	Página.
Capítulo I. <i>En el que continúa el coronel instruyendo á su hija á cerca del matrimonio.</i>	1.
Capítulo. II. <i>En el que sigue la disputa que el coronel tubo con la beata.</i>	37.
Capítulo. III. <i>En el que se refiere la conversacion de las dos niñas y se descubren los formidables espectros que asustaron á la tímida Quijotita.</i>	57.
Cap. IV. <i>En el que se refiere la peligrosa aventura en que se vió nuestra Quijotita por su fervorosa é imprudente virtud.</i>	90.
Cap. V. <i>En el que sigue la santidad de Pomposa, y su heroica resolucion de ser hermitaña.</i>	113.
Cap. VI. <i>Hallazgo de la hermitaña Quijotita y peregrino desenlace de su santidad</i>	126.
Cap. VII. <i>Juiciosa conducta del novio que se presentó á Pudenciana, y cordura con que esta y sus pa-</i>	

<i>dres se manejaron hasta verificar el casamiento.</i>	134.
Cap. VIII. <i>En el que continúa la juiciosa conducta de Pudenciana, y los despilfarros de Pomposita.</i>	149.
Cap. IX. <i>En el que se dá rozon de una estraña aventura que le sucedió á Pomposita.</i>	174.
Cap. X. <i>Continúa la desarreglada conducta de Eufrosina y la Quijotita, desatinada inversión que le dieron al último dinero que esperaban tener, y acabó en una noche en el juego. Discurso del coronel contra ese vicio detestable.</i>	189.
Cap. XI. <i>Noticia de donde está Don Dionisio, y su nueva fortuna, su llegada á Méjico, nueva conducta que entabló. Por su muger é hija, cae en una cama, y muere, Ingratísimo modo de obrar de Eufrosina en este lance.</i>	203.
Cap. XII. <i>El coronel cumple pronta y fielmente su encargo de albacea. Eufrosina y Quijotita continuan sus desbaratos. Pudenciana y su marido con esta constante buena conducta van progresando. El co-</i>	

ronel cuenta la historia de una
viuda.

224.

Cap. XIII. *Violento y desastrado
casamiento de Pomposa: ruina de
su casa: prision de su marido:
desengaño de quien era este: pros-
titucion de madre é hija. Muer-
te del coronel.*

228.

Cap. último. *Duelo de la familia del
coronel, y gran trato de su viuda.
Noticia de Pomposita y su muer-
te.*

254.

FIN.



PQ7297

18854

.F37

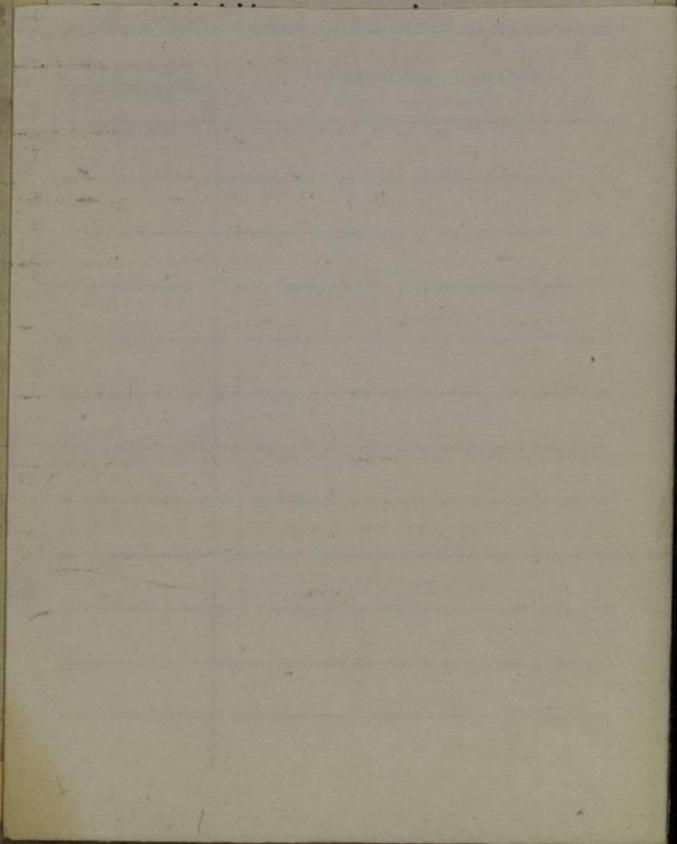
Q8

CAP.

V. 4OR

FERNANDEZ DE LIZARDI, José Joaquin

TITULO



BIBLIOTECA CENTRAL
U. A. N. L.

Esta publicación deberá ser devuelta
antes de la última fecha abajo indi-
cada.

PQ7297

18854

.F37

Q8

CAP.

V. 4OR

FERNANDEZ DE LIZARDI, José Joaquin

TITULO

